JOHN STEINBECK

Tortilla Flat

En las colinas de Monterrey, en medio de los bosques de pinos, se asientan las cabañas de madera de Tortilla Flat. Allí viven los «paisanos», mezcla de indios, hispanos y diversas razas caucásicas, un grupo de hombres y mujeres ajenos a los vaivenes mercantilistas y a las normas de la sociedad más respetable. Danny y sus amigos, pícaros modernos capaces de todas las trapacerías, pero dispuestos siempre a ayudar a los demás, pasan su existencia entre borracheras, peleas y vagabundeos hasta que la inesperada herencia de una casa viene a poner un poco de orden en su salvaje libertad de paisanos. La casa de Danny habrá de convertirse en depositaria de un talismán que no es otro que la camaradería y, con ella, un ideal de caballeresca generosidad. Divertida y tierna, llena de situaciones cómicas e impregnada de un hondo lirismo, esta novela, publicada en 1935, fue el primer gran éxito literario de John Steinbeck. Al igual que otros relatos de este autor, fue llevado al cine en 1942, bajo la dirección de Victor Fleming.

John Steinbeck

Tortilla Flat

ePub r1.1
Titivillus 30.10.2018

Título original: *Tortilla Flat*
John Steinbeck, 1935
Traducción: José Luis Piquero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Índice de contenido

Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Sobre el autor

A Susan Gregory,
de Monterrey.

Prefacio

Esta es la historia de Danny, de sus amigos y de su casa. Es la historia de cómo las tres cosas llegaron a convertirse en una sola, de modo que si en Tortilla Flat uno habla de la casa de Danny no se refiere a una construcción de madera con una capa de vieja cal desconchada, cubierta por un antiguo rosal de Castilla sin podar. No, cuando hablamos de la casa de Danny se supone que nos referimos a una unidad cuyas partes componentes son hombres que despiden dulzura y júbilo, filantropía y, en último término, una tristeza mística. La casa no se diferencia de la Mesa Redonda, y los amigos de Danny son similares a sus caballeros. Y esta es la historia de cómo el grupo nació, floreció y creció hasta ser una organización sabia y hermosa. La historia trata de las aventuras de los amigos de Danny, del bien que hicieron, de sus pensamientos y sus esfuerzos. Al final, la historia cuenta cómo el talismán se perdió y el grupo se deshizo.

En Monterrey, vieja ciudad de la costa de California, estas cosas, que son bien conocidas, se repiten y en ocasiones se detallan. Conviene que este ciclo se ponga por escrito para que los estudiosos, al oír las leyendas, no digan en tiempos futuros lo que dicen de Arturo, Rolando o Robin Hood: «No existió Danny, ni su grupo de amigos ni la casa común. Danny es un dios de la naturaleza y sus amigos son símbolos primitivos del viento, el cielo, el sol». Esta historia pretende evitar ahora y siempre que los labios de amargados eruditos dibujen una sonrisa burlona.

Monterrey se asienta en la ladera de una colina, con una bahía azul a sus pies y un bosque de altos, oscuros pinos a su espalda.

Pescadores y envasadores de pescado estadounidenses e italianos pueblan la parte baja de la ciudad. Pero en la colina, donde el bosque y la urbe se entremezclan, donde las calles carecen de asfalto y las esquinas no tienen faroles, los antiguos habitantes de Monterrey viven sitiados como los antiguos britanos en Gales. Son los paisanos:

Viven en viejas casas de madera ubicadas en patios cubiertos de maleza, y los pinos del bosque circundan sus viviendas. Los paisanos no practican el comercio ni participan del complicado sistema económico de los Estados Unidos de América, que no les ha agredido muy enérgicamente porque no poseen nada que pueda ser robado, explotado o hipotecado.

¿Qué es un paisano? Una mezcla de español, indio, mexicano y diversas sangres caucasianas. Sus antepasados vivieron en California desde hace cien o doscientos años. Habla inglés y español con acento igualmente paisano. Si se le interroga acerca de su raza, alega indignado que posee pura sangre española, y se remanga para mostrar que la blanda cara interna de su brazo es casi blanca. Atribuye a los rayos del sol el color de su piel, bien tostado como el de una pipa de espuma de mar. Es un paisano, y reside en ese barrio empinado que domina la ciudad de Monterrey y es conocido como Tortilla Flat, aunque no es un llano en absoluto.

Danny era un paisano, creció en Tortilla Flat y todo el mundo le apreciaba, pero no descolló especialmente entre los demás niños estruendosos de la localidad. Por vínculos de sangre o por virtud de idilios, estaba emparentado con casi todo el mundo. Su abuelo era un hombre importante, dueño de dos pequeñas casas en Tortilla Flat y respetado por su riqueza. Si Danny, al ir creciendo, prefería dormir en el bosque, trabajar en los ranchos y arrancar de un mundo hostil su vino y su alimento, no era por falta de parientes influyentes. Era pequeño, moreno y resuelto. A los veinticinco años, sus piernas torcidas reflejaban exactamente la curva de los flancos de un caballo.

Y cuando tenía veinticinco años estalló la guerra con Alemania. Danny y su amigo Pilón (Pilón, por cierto, es algo que se añade cuando se concierta un trato: un suplemento) tenían delante dos galones de vino cuando les llegó la noticia de la guerra. Big Joe Portagee vio el brillo de las botellas entre los pinos y se reunió con ellos.

A medida que vaciaban las botellas, el patriotismo despertaba en el ánimo de los tres hombres. Y al acabarse el vino, bajaron la colina cogidos del brazo por camaradería y seguridad, y entraron en Monterrey. Delante del puesto de alistamiento vitorearon ruidosamente a los Estados Unidos y desafiaron a Alemania a hacer todo el daño que pudiera. Aullaron amenazas contra el Imperio germano hasta despertar al sargento encargado del reclutamiento, que se puso el uniforme y salió a la calle para hacerlos callar. De paso aprovechó para alistarlos.

Les formó en fila delante de su despacho. Superaron todas las pruebas excepto la de sobriedad, y después el sargento comenzó a hacer preguntas a Pilón.

—¿A qué cuerpo quieres incorporarte?

—Me importa un rábano —respondió Pilón, con desenvoltura.

—Creo que necesitamos hombres como tú en infantería.

Y Pilón fue inscrito en el ejército.

Le llegó el turno a Big Joe, que ya estaba más sobrio.

—¿A dónde quieres ir?

—Quiero irme a casa —dijo Big Joe, deplorablemente.

El sargento le inscribió en infantería. Por último abordó a Danny, que dormitaba de pie.

—¿Dónde quieres ir tú?

—¿Eh?

—A qué cuerpo, digo.

—¿Qué quiere decir con eso de «cuerpo»?

—¿Qué sabes hacer?

—¿Yo? Yo sé hacer de todo.

—¿A qué te dedicas?

—¿Yo? Despellejo mulas.

—¿Ah, sí? ¿Cuántas mulas eres capaz de controlar?

Danny se inclinó, con aire indeciso y profesional.

—¿Cuántas tiene usted?

—Unas treinta mil.

Danny hizo un gesto con la mano.

—¡Átemelas todas! —dijo.

Y así Danny fue a Texas y domó mulas durante toda la guerra. Pilón hizo una marcha hasta Oregón con la infantería, y Big Joe, como se verá más tarde, fue a la cárcel.

1

De cómo Danny, al regreso de la guerra, se vio convertido en heredero, y de cómo juró proteger a los desvalidos.

Cuando Danny abandonó el ejército y volvió a casa, supo que había heredado y era propietario de bienes. El *viejo*, es decir, su abuelo, había muerto y le había dejado dos pequeñas casas en Tortilla Flat.

Danny, al saberlo, quedó un poco abrumado por su responsabilidad de propietario. Antes de ir a ver su propiedad, compró un galón de vino tinto y lo bebió casi todo. Entonces le abandonó el peso de la responsabilidad y salió a flote lo peor de su naturaleza. Vociferó; rompió unas cuantas sillas en un salón de billar de Alvarado Street; libró dos breves pero gloriosas peleas. Nadie le prestó mucha atención. Por fin sus vacilantes piernas zambas le llevaron al embarcadero, al cual bajaban, a aquella temprana hora de la mañana, los pescadores italianos con sus botas de goma para hacerse a la mar.

La antipatía racial prevaleció sobre el buen juicio de Danny. Amenazó a los pescadores. «Sicilianos bastardos», les llamó, y «escoria salida de la prisión de la isla», y «perros de perros de perros». Gritó: «Chinga tu madre, Piojo». Les hizo burla con el pulgar en la nariz y esbozó gestos obscenos por debajo de su cintura. Los pescadores se limitaron a sonreír burlonamente; movieron sus remos y le dijeron:

—Hola, Danny. ¿Cuándo vuelves a casa? Date una vuelta esta noche. Tenemos vino nuevo.

Danny estaba ofendido.

—Pon un condo a la cabeza —berreó.

—Adiós, Danny —le contestaron ellos—. Hasta la noche.

Subieron a sus botes, remaron hasta las lanchas de jábega, pusieron el motor en marcha y se alejaron.

Danny se sentía ultrajado. Volvió a subir Alvarado Street, rompiendo ventanas a su paso, y en la segunda manzana un policía le echó mano. El gran respeto que a Danny le inspiraba la ley le movió a andar con tiento. De no haber sido porque acababan de licenciarle del ejército tras la victoria sobre Alemania, le hubieran condenado a seis meses. Teniéndolo en cuenta, el juez sólo le impuso treinta días.

Y de este modo, Danny permaneció sentado un mes sobre su catre en la prisión municipal de Monterrey. A veces dibujaba imágenes obscenas en las paredes y a veces meditaba sobre su carrera en el ejército. El tiempo transcurría lentamente en aquella celda de la prisión municipal. De vez en cuando llevaban a un borracho a pasar la noche, pero en general el crimen no florecía en Monterrey, y Danny estaba solo. Al principio los chinches le incomodaban un poco, pero a medida que se acostumbraron al sabor de su carne y él se fue habituando a sus mordiscos, empezaron a convivir pacíficamente.

Puso en práctica un juego satírico. Atrapó un chinche, lo aplastó contra la pared, trazó un círculo en torno con un lápiz y lo denominó «Alcalde Clough». Luego capturó otros y los bautizó con nombres de miembros del ayuntamiento. Al poco tiempo había decorado toda una pared con chinches muertos a los que daba nombres de autoridades locales. Les dibujaba orejas y rabos, les pintaba narizotas y bigotes enormes. Tito Ralph, el carcelero, estaba escandalizado; pero no se quejó porque Danny no había incluido ni al juez de paz que le había sentenciado ni a ninguna fuerza policial. Sentía un inmenso respeto por la ley.

Una noche en que la cárcel estaba vacía, Tito Ralph entró en la celda de Danny con dos botellas de vino. Una hora después salió a buscar más vino, y Danny salió con él. La prisión era melancólica. Se quedaron en casa de Torrelli, donde compraron el vino, hasta que Torrelli les echó fuera. Después Danny se internó entre los pinos y se quedó dormido, mientras Tito Ralph se tambaleaba y denunciaba su fuga.

Hacia el mediodía, cuando un sol brillante le despertó, Danny decidió esconderse todo el día para burlar su búsqueda. Corrió y se ocultó detrás de unos arbustos. Atisbaba a través de la maleza como un zorro acosado. Ya de noche, habiendo cumplido el expediente, salió de su escondrijo y se ocupó de sus asuntos.

Iba directamente al grano. Fue a la puerta de atrás de un restaurante.

—¿Le queda pan duro para mi perro? —preguntó al cocinero.

Y mientras aquel hombre crédulo le envolvía las sobras, Danny robó dos lonchas de jamón, cuatro huevos, una chuleta de cordero y un matamoscas.

—Le pagaré un día de estos.

—No tiene que pagar las sobras. Si no se las llevase las hubiera tirado.

Entonces a Danny le pesó menos el robo. Si los cocineros pensaban así, en apariencia él era inocente. Volvió a casa de Torrelli, trocó los cuatro huevos, la chuleta de cordero y el matamoscas por un vaso de grappa y se retiró a los bosques a cocinarse la cena.

La noche era oscura y húmeda. La niebla gravitaba como gasa fláccida sobre los negros pinos que marcaban la frontera terrestre de Monterrey. Danny agachó la cabeza y corrió a procurarse el refugio de los bosques. Delante de él vislumbró otra silueta apresurada; al ir acortando distancias reconoció el paso vivo de su viejo amigo Pilón. Danny era un hombre generoso, pero recordó que había vendido toda su comida salvo las dos lonchas de jamón y el saco de pan duro.

—Pasaré de largo —se dijo—. Pilón camina como un hombre que acaba de zamparse un pavo asado o algo por el estilo.

De repente Danny notó que su amigo se palpaba amorosamente el abrigo a la altura del pecho.

—¡Qué hay, Pilón, amigo! —exclamó Danny.

Pilón aceleró el paso. Danny inició un trote.

—¡Pilón, amigo mío! ¿Dónde vas tan aprisa?

Pilón se resignó a lo inevitable y le esperó. Danny se aproximó con cautela, pero hablaba con entusiasmo.

—Te buscaba, a ti que eres el más querido de mis angélicos amigos, porque, mira, tengo aquí dos grandes filetes de un divino puerco y un saco de delicioso pan blanco. Comparte estos manjares, Pilón, gordito.

Pilón se encogió de hombros.

—Como quieras —musitó hoscamente. Caminaron juntos hacia el bosque. Pilón estaba perplejo. Al final se detuvo y volvió el rostro a su amigo.

—Danny —inquirió tristemente—. ¿Cómo sabías que tenía una botella de coñac debajo del abrigo?

—¿Coñac? —exclamó Danny—. ¿Tienes coñac? Tal vez se lo llevas a una abuelita enferma —dijo ingenuamente—. Quizá lo guardas para cuando Nuestro Señor Jesucristo vuelva a la tierra de nuevo. ¿Quién soy yo, tu amigo, para juzgar el empleo de ese licor? Ni siquiera estoy seguro de que sea verdad lo que dices. Además, no tengo sed. No probaré ese coñac. Bienvenido seas a compartir este gran trozo de puerco que llevo conmigo, pero el coñac es solamente tuyo.

Pilón le respondió sombríamente:

—Danny, no me importa compartir la botella contigo, mitad y mitad.

—Mi deber consiste en que no te la bebas entera.

Entonces Danny dejó de hablar del tema.

—Ahí en ese claro yo preparo el puerco y tú tuestas los pastelillos de azúcar que hay en este saco. Mete aquí el coñac,

Pilón. Mejor ponerlo aquí, donde podamos verlo y vernos uno a otro.

Prendieron una hoguera, asaron el jamón y comieron el pan duro. El contenido de la botella bajaba rápidamente. Al terminar de comer se acurrucaron junto al fuego y con delicadeza sorbieron de la botella como abejas que liban improductivamente. La niebla cayó sobre ellos y empapó de humedad sus abrigos. El viento suspiraba tristemente en los pinos del entorno.

Y al cabo de un rato les invadió la soledad. Danny pensaba en sus amigos perdidos.

—¿Dónde está Arthur Morales? —preguntó Danny, poniendo las palmas boca arriba y lanzando los brazos hacia adelante—. Muerto en Francia. —Se respondió él mismo, volviendo las palmas boca abajo y dejando caer los brazos, con gesto desesperado—. Muerto por su patria. Muerto en un país extranjero. Pasará junto a su tumba gente extraña y no sabrán que Arthur Morales yace en ella. —Alzó las palmas de nuevo—. ¿Dónde está Pablo, aquel buen hombre?

—En la cárcel —dijo Pilón—. Pablo robó un ganso y lo escondió en la maleza. El ganso mordió a Pablo, Pablo gritó y lo atraparon. Ahora cumple condena de seis meses.

Danny suspiró y cambió de tema, porque se dio cuenta de que había agotado todos sus conocimientos sobre las maneras adecuadas para el ejercicio de la oratoria. Pero la soledad seguía asiéndole y exigía un desahogo.

—Aquí estamos sentados… —empezó por fin.

—… con el corazón roto —añadió Pilón, rítmicamente.

—No, no es así el poema —dijo Danny—. Aquí estamos sentados, sin hogar. Ofrendamos la vida por nuestra patria, y ahora nos quedamos sin techo sobre la cabeza.

—Nunca lo tuvimos —agregó Pilón, con ánimo de ayudar.

Danny bebió soñadoramente hasta que el otro le tocó un codo y le quitó la botella.

—Eso me recuerda —dijo Danny— la historia de un hombre que tenía dos casas de putas. —La boca se le abrió de par en par—.

¡Pilón! —gritó—. ¡Pilón!, mi patito gordo, mi amigo infantil. ¡Lo había olvidado! ¡Soy un heredero! Soy dueño de dos casas.

—¿Casas de putas? —preguntó Pilón, esperanzado—. Eres un borracho mentiroso —declaró.

—No, Pilón. Te digo la verdad. El *viejo* murió. Soy su heredero. Yo, su nieto favorito.

—Eres su único nieto —dijo el realista Pilón—. ¿Dónde están esas casas?

—¿Conoces la casa del *viejo* en Tortilla Flat?

—¿Aquí, en Monterrey?

—Sí, en Tortilla Flat.

—¿Son buenas esas casas?

Danny se hundió de nuevo, agotado por la emoción.

—No lo sé. Olvidé que eran mías.

Pilón se quedó silencioso y absorto. Su cara adquirió una expresión triste. Arrojó al fuego un puñado de agujas de pino, contempló las llamas que ascendían frenéticamente hasta extinguirse. Miró un largo tiempo la cara de Danny con honda inquietud, luego suspiró ruidosamente y volvió a suspirar.

—Ahora se acabó —dijo con tristeza—. Ahora se acabaron los buenos tiempos. Tus amigos se afligirán, pero su aflicción no servirá de nada.

Danny terminó la botella, Pilón la cogió y la puso en su regazo.

—¿Qué se ha acabado? —Preguntó Danny—. ¿Qué quieres decir?

—No es la primera vez —prosiguió Pilón—. Cuando uno es pobre piensa: «Si tuviera dinero lo compartiría con los buenos amigos». Pero llega el dinero y la caridad desaparece. Así ocurre contigo, ex amigo. Te has puesto por encima de tus amistades. Eres propietario. Olvidarás a los amigos que lo compartieron todo contigo, incluso el coñac.

Sus palabras disgustaron a Danny.

—Yo no —protestó—. Yo nunca te olvidaré, Pilón.

—Eso crees ahora —dijo Pilón fríamente—. Pero ya veremos cuando tengas dos casas donde dormir. Pilón será un pobre paisano mientras tú almuerzas con el alcalde.

Danny se levantó, inestablemente, y se mantuvo erguido con ayuda de un árbol.

—Pilón, te lo juro, lo que es mío es tuyo. Mientras tenga una casa tú tendrás una casa. Dame un trago.

—Tengo que verlo para creerlo —dijo Pilón, con voz desalentada —. Sería un milagro si fuera como dices. Vendrían hombres a verlo desde una distancia de mil millas. Y además la botella está vacía.

2

De cómo Pilón, cegado por la codicia, renunció a la hospitalidad de Danny.

El abogado les dejó a la puerta de la segunda casa, subió a su Ford y bajó traqueteando la colina hacia Monterrey.

Danny y Pilón, parados delante de la valla de estacas sin pintar, miraron con admiración la propiedad, una casa baja veteada de cal vieja y ventanas sin cortinas, vacías y falsas. Pero en el pórtico había un gran rosal rosado de Castilla, y los geranios del abuelo crecían entre las malezas del patio delantero.

—Es la mejor de las dos —dijo Pilón—. Es más grande que la otra.

Danny sostenía en la mano una llave maestra nueva. Recorrió de puntillas el pórtico desvencijado y abrió la puerta delantera. La habitación principal estaba como en la época en que el viejo la habitaba: el calendario de un rojo rosáceo del año 1906, la bandera de seda en la pared, con *Fighting* Bob Evans examinando las superestructuras de un acorazado, el ramillete de rosas de papel rojo y atado con tachuelas, las polvorientas ristras de ajos y pimientos rojos, la estufa impecable, las estropeadas mecedoras.

Pilón miró desde la puerta.

—Tres habitaciones —dijo sin aliento—, una cama, una estufa. Vamos a ser felices aquí, Danny.

Danny entró en la casa cautelosamente. Sus recuerdos del viejo eran amargos. Pilón se le adelantó y entró en la cocina.

—Un fregadero con grifo —exclamó. Giró la llave—. No hay agua. Danny, tienes que decir a la compañía que te pongan agua.

Se quedaron dentro y se sonrieron mutuamente. Pilón advirtió que la preocupación de quien es propietario embargaba el rostro de Danny. Ya nunca se vería libre de inquietudes. Ahora que tenía ventanas propias que romper, Danny nunca volvería a romper ventanas. Pilón tenía razón: se había elevado por encima de sus amigos. Sus hombros se habían robustecido para soportar la complejidad de la vida. Pero un grito de dolor se le escapó a Danny antes de abandonar para siempre su antigua y simple existencia.

—Pilón —dijo tristemente—, ojalá tú fueras el dueño y yo viniera a vivir contigo.

Mientras Danny iba a Monterrey para pedir que le pusieran el agua, Pilón vagabundeó por el enmarañado patio trasero. Había árboles frutales, esqueléticos y negros a causa de la edad, nudosos y rotos por culpa de la incuria. Semejantes a tiendas de campaña, entre las malezas se veían unos cuantos gallineros. Una pila de herrumbrosos aros de barril, un montón de cenizas y un colchón empapado. Pilón se asomó a la valla y vio el corral de la señora Morales, y tras un momento de cavilación abrió en la cerca unos agujeritos para las gallinas. «Les gustará hacer sus nidos en las hierbas altas», pensó amablemente. Se puso a pensar también en la forma de hacer una trampa de cuatro lados por si acaso los gallos entraban a fastidiar a las gallinas y les impedían quedarse en sus nidos. «Seremos felices», se dijo de nuevo.

Danny regresó indignado de Monterrey.

—Esa compañía quiere un depósito —dijo.

—¿Depósito?

—Sí. Piden tres dólares por poner el agua.

—Tres dólares —dijo Pilón gravemente— son tres galones de vino. Y cuando se nos acabe, pediremos prestado un cubo de agua a la señora Morales, en la puerta de al lado.

—Pero no tenemos tres dólares para comprar vino.

—Ya sé —dijo Pilón—. Quizá podamos pedir prestado un poco de vino a la señora Morales.

Transcurrió la tarde.

—Mañana nos instalaremos —anunció Danny—. Mañana limpiamos y fregamos. Y tú, Pilón, cortarás la maleza y tirarás la basura por el barranco.

—¿La maleza? —respondió el otro, horrorizado—. No esa maleza.

Explicó su teoría acerca de las gallinas del corral vecino.

Danny convino inmediatamente.

—Amigo mío —le dijo—, me alegro de que hayas venido a vivir conmigo. Ahora, mientras recojo un poco de leña, tienes que conseguir algo para la cena.

Pilón, recordando su coñac, consideró que era injusto.

«Voy a contraer una deuda con él», pensó amargamente. «Perderé mi libertad. Pronto seré un esclavo por culpa de la casa de este judío». Pero salió fuera a buscar comida.

Dos manzanas más lejos, cerca del lindero del bosque de pinos, se encontró con un gallo del tamaño mediano que escarbaba en el camino. El animal había alcanzado esa edad adolescente en que su voz desafina y lleva al desnudo las patas, el cuello y la pechuga. Tal vez porque había estado pensando con espíritu caritativo en las gallinas de la señora Morales, el gallito despertó la simpatía de Pilón. Caminó despacio hacia los bosques de oscuros pinos y el gallo corrió delante de él.

Pilón meditó: «Pobre y desnudo animalito. Qué frío debes de pasar por la mañana temprano, cuando cae el rocío y el alba enfría el aire. El buen Dios no siempre es tan bueno con las pequeñas criaturas». Y siguió pensando: «Aquí estás, gallito, jugando en la calle. Un día va a atropellarte un automóvil; y lo mejor que te puede ocurrir es que te mate. Porque si te quiebra una pata o un ala, entonces toda tu vida será desgraciada. La vida es demasiado dura para ti, avecilla».

Se movió despacio y cautamente. De vez en cuando el gallo intentaba retroceder, pero Pilón siempre le atajaba el paso. Por último desapareció en el bosque de pinos, y Pilón fue tras él.

Para gloria de su alma es preciso decir que ni un solo grito de dolor salió del matorral. El gallo, a quien había profetizado una existencia penosa, murió apaciblemente, o al menos en silencio; lo que no es parco homenaje a la técnica de Pilón.

Diez minutos después surgió del bosque y se encaminó hacia la casa de Danny. Sin plumas y desmembrado, el gallito viajaba en sus bolsillos. Entre las normas que regían la conducta de Pilón, sin duda la más sólida era la siguiente: nunca, en ninguna circunstancia, llevar a casa las plumas, la cabeza o las patas, pues sin ellas no es posible identificar a un gallo.

Por la noche encendieron un fuego de piñas en la estufa. Las llamas crujían en la hoguera. Danny y Pilón, bien comidos, calentitos y contentos, estaban sentados en las mecedoras y se columpiaban suavemente de un lado para otro. Para cenar habían prendido un cabo de vela, pero ahora la luz que despedían las rendijas de la estufa disipaba la oscuridad de la habitación. Para que todo resultase perfecto, la lluvia empezó a tamborilear en el tejado. Sólo se filtraban unas pocas gotas, pero caían en sitios donde nadie se hubiera sentado.

—Esto es agradable —dijo Pilón—. Piensa en nuestras noches a la intemperie. Esto sí que es vida.

—Sí, y es curioso —dijo Danny—. Durante años no he tenido casa. Ahora tengo dos. No puedo dormir en dos casas.

Pilón detestaba el despilfarro.

—Eso mismo me estaba preocupando. ¿Por qué no alquilas la otra? —sugirió.

Los pies de Danny golpearon el suelo.

—Pilón —dijo—, ¿cómo no he pensado en ello? —La idea se le hizo más y más familiar—. Pero ¿quién la alquilaría?

—Yo la alquilaré —dijo Pilón—. Pagaré al mes diez dólares de renta.

—Quince —insistió Danny—. Es una buena casa. Vale quince dólares.

Pilón accedió, refunfuñando. Pero hubiese aceptado un precio más alto, pues sabía que vivir en casa propia enaltece a un hombre, anhelaba vivir esa experiencia.

—Entonces queda acordado —concluyó Danny—. Alquilarás mi casa. Oh, seré un buen casero, Pilón. No te molestaré.

Aparte del año que pasó en el ejército, Pilón no había tenido quince dólares en toda su vida. De todos modos —pensó— tenía que pasar un mes para pagar la renta, y nadie sabe lo que puede suceder en el curso de treinta días.

Se mecían satisfechos junto al fuego. Al rato Danny salió un momento y volvió con manzanas.

—En definitiva, la lluvia las habría estropeado —pretextó.

Para no ser menos, Pilón se levantó y encendió la vela; fue al dormitorio y al cabo de un rato regresó con una palangana y una jarra, dos floreros de cristal rojo y un ramillete de plumas de avestruz.

—No es bueno tener en casa tantas cosas frágiles —dijo—. Cuando se rompen uno se entristece. Es mucho mejor no haberlas tenido nunca.

Cogió de la pared las rosas de papel.

—Un detalle para la señora Torrelli —explicó cuando salía por la puerta.

Volvió poco después mojado por la lluvia pero con gesto triunfante, pues traía en la mano un galón de vino tinto en una jarra.

Después discutieron agriamente, pero a ninguno le importó saber quién había vencido, porque las emociones del día les habían agotado. El vino les puso soñolientos y se acostaron en el suelo. El fuego se extinguió; la estufa crujía al enfriarse. La vela se volcó y se apagó en su propia cera, expirando con leves llamaradas azules de protesta. La casa quedó oscura, en paz y en silencio.

3

De cómo el veneno de la posesión emponzoñó a Pilón, y de cómo la maldad triunfó temporalmente en él.

Al día siguiente Pilón fue a vivir a la otra casa. Era exactamente como la de Danny, pero más pequeña. Tenía en el pórtico su rosáceo rosal de Castilla, su patio cubierto de malezas, sus frutales estériles y viejos, sus geranios rojos… y en la puerta contigua el gallinero de la señora Soto.

Al tener una casa que alquilar, Danny se convirtió en un hombre importante, y Pilón trepó por la escala social al ser inquilino de una vivienda.

Es imposible decir si Danny esperaba algún pago o si Pilón planeaba abonárselo. Si así lo esperaban, ambos se vieron defraudados, Danny nunca lo exigió ni el otro lo ofreció jamás.

Los dos amigos estaban juntos con frecuencia. Si Pilón conseguía una jarra de vino o un pedazo de carne, era seguro que Danny se dejaría caer por su casa de visita. Y si Danny era igualmente afortunado o astuto, Pilón pasaba una tumultuosa noche en su compañía. El pobre Pilón hubiera pagado a su amigo de haber tenido dinero, pero nunca lo tuvo… por lo menos el tiempo suficiente para localizar a Danny. Pilón era un hombre honrado. A veces le preocupaba pensar en la bondad de Danny y en su propia pobreza.

Una noche obtuvo un dólar de un modo tan asombroso que intentó olvidarlo de inmediato por miedo a que el recuerdo pudiese

volverle loco. Delante del hotel San Carlos, un hombre le puso un dólar en la mano y le dijo: «Corre, vete a comprar cuatro botellas de ginger ale. En el hotel ya no quedan». Pilón pensó que aquellas cosas eran casi milagros. Había que tener fe en ellas, no darles vueltas y ponerlas en duda. Subió la carretera con el dólar en la mano para dárselo a Danny, pero en el camino compró un galón de vino, y con el vino atrajo a su casa a dos rollizas muchachas.

Al pasar por allí, Danny oyó el ruido y entró alegremente. Pilón se arrojó en sus brazos y lo puso todo a disposición de su amigo. Y más tarde, una vez que Danny le ayudó a disponer de una de las chicas y de la mitad del vino, hubo una pelea, realmente magnífica. Danny perdió un diente y Pilón acabó con la camisa desgarrada. Las chicas presenciaron la riña gritando, y dieron de puntapiés al adversario que por azar estaba en el suelo. Por último Danny se incorporó y embistió con la cabeza el estómago de una de las dos muchachas, que se desplomó croando como una rana. La otra birló dos ollas y siguió a su compañera.

Danny y Pilón se lamentaron un rato de la perfidia femenina.

—No sabes lo perras que son las mujeres —dijo sabiamente Danny.

—Ya lo sé.

—No lo sabes.

—Sí lo sé.

—Mentiroso.

Hubo otra pelea, pero no tan buena como la anterior.

Después de la cual, Pilón se sintió menos culpable por no haber pagado el alquiler. ¿Acaso no había sido anfitrión de su casero?

Pasaron unos cuantos meses. Pilón empezó de nuevo a preocuparse por lo de la renta. Y conforme pasaba el tiempo su inquietud se volvió intolerable. Al final, desesperado, trabajó un día entero limpiando calamares para Chin Kee y ganó dos dólares. Esa noche se ató al cuello su pañuelo rojo, se caló el venerado sombrero de su padre e inició la ascensión de la colina para pagar a Danny los dos dólares a cuenta.

Pero en el trayecto compró dos botellas de vino.

«Es mejor así —se dijo—. Si le doy dinero a secas, eso no expresa el afecto que siento por mi amigo. Pero un regalo es distinto. Y le diré que los dos galones me han costado cinco dólares».

La idea era tonta y Pilón lo sabía, pero se perdonó a sí mismo el haberla concebido. Nadie en Monterrey sabía mejor que Danny el precio del vino.

Pilón seguía felizmente su camino. Estaba decidido; su nariz apuntaba derecho hacia la casa de Danny. Sus pies avanzaban regularmente, ya que no a toda prisa, en la dirección correcta. Bajo cada brazo llevaba una bolsa de papel y en cada una de ellas había un galón de vino.

El crepúsculo era púrpura, y llegaba la hora en que el sueño del día ha concluido y todavía no ha comenzado la noche de placer y conversación. Los pinos recortaban contra el cielo su intensa negrura, y la oscuridad velaba todos los objetos de la tierra; pero el firmamento estaba tan lúgubremente radiante como la memoria. Las gaviotas volaban perezosamente a su hogar en las rocas marinas tras la visita del día a las fábricas de conserva de Monterrey.

Pilón era un amante de la belleza y la mística. Alzó el rostro al cielo y el alma se le abismó en el resplandor crepuscular. El Pilón no tan perfecto, el peleón e intrigante, el borracho y malhablado, proseguía lentamente su camino; pero otro Pilón melancólico y radiante seguía con la mirada el punto en donde las gaviotas bañaban en el ocaso sus sensibles alas. Este Pilón era hermoso, y ni el egoísmo ni la lujuria contaminaban su espíritu. Sus pensamientos son dignos de conocerse.

«Nuestro Padre está en el atardecer», meditaba. «Esas aves cruzan en su vuelo la frente del Señor. Amados pájaros, queridas gaviotas, cuánto os amo a todas. Vuestras lentas alas acarician mi espíritu como la mano de un amable amo acaricia el estómago lleno de un perro dormido, como la mano de Cristo la cabeza de los niños. Queridas aves», pensó, «volad hasta Nuestra Señora de las

Dulces Tristezas con mi corazón abierto». Y después pronunció las palabras más hermosas que conocía: «Ave María, *gratia plena*…».

Los pies del Pilón malvado habían dejado de moverse. En verdad, el Pilón malo había dejado de existir por el momento. (¡Escucha esto, ángel que tomas nota!). No ha habido, ni hay, ni habrá jamás un alma más pura que la de Pilón en aquel instante. El bulldog fiero de Gálvez se acercó a las piernas deshabitadas de Pilón, que permanecía solo en la oscuridad. Y el bulldog malo de Gálvez olisqueó las piernas y se alejó sin morderlas.

Un alma limpia y salvada corre un doble peligro, pues todo en el universo conspira contra ella. «Incluso la paja bajo mis rodillas», dice San Agustín, «grita para distraerme de mis rezos».

El alma de Pilón ni siquiera estaba a salvo de su propia memoria, pues, mientras miraba a los pájaros, recordó que la señora Pastano solía usar gaviotas para sus tamales, y aquel recuerdo le despertó el hambre, y el hambre apartó a su espíritu de la contemplación del firmamento. Se puso en marcha, convertido una vez más en una taimada mezcla de hombre bueno y malvado. El perro fiero de Gálvez se dio la vuelta gruñendo y se alejó de nuevo, compungido por haber desperdiciado una ocasión tan perfecta de hincar el diente a Pilón.

Encorvó los brazos para aliviar el peso de las botellas.

Es un hecho comprobado y escrito en numerosas historias que el alma capaz de la mayor bondad es asimismo capaz de la perversidad más grande. ¿Qué hay más impío que un sacerdote apóstata? ¿Qué es más sensual que una virgen reciente? Ello, no obstante, tal vez no sea más que una cuestión de apariencias.

Recién vuelto del Cielo, Pilón era sin saberlo singularmente receptivo a todo viento acerbo, a toda mala influencia que le rondase en la noche. Sus pies, en efecto, seguían avanzando hacia la casa de Danny, pero ya no había en ellos ni convicción ni propósito. Esperaban la más mínima ocasión de desviarse. Ya estaba pensando en la estupenda borrachera que podría atrapar

con dos galones de vino, y no sólo eso, sino en todo el tiempo que podría estar borracho.

Ya casi había oscurecido. La sucia carretera ya no era visible, ni las zanjas que había a ambos lados. No extraigamos ninguna conclusión moral del hecho de que en aquel instante en que los impulsos de Pilón se balanceaban tan precariamente como una pluma al viento, en que el paisano se debatía entre la generosidad y el egoísmo, en aquel preciso instante sucedió que Pablo Sánchez se hallaba sentado en una zanja a un lado del camino, pensando en que ojalá tuviese un cigarrillo y una botella de vino.

Pablo primero oyó pisadas, después vio una borrosa silueta y por fin reconoció a Pilón.

—Eh, amigo —le llamó con entusiasmo—. ¿Qué es ese paquete grande que llevas en los brazos?

Pilón se detuvo en seco y miró a la zanja.

—Creí que estabas en la cárcel —dijo con severidad—. Me contaron lo del ganso.

—Y estaba, Pilón, estaba —dijo Pablo jovialmente—. Pero no me recibieron bien. El juez dijo que la sentencia no me sirvió de nada, y el policía dijo que comía más que tres hombres juntos. Así que —concluyó orgullosamente—… estoy en libertad bajo fianza.

Pilón estaba salvado de incurrir en egoísmo. Es cierto que no llevó el vino a casa de Danny, pero invitó a Pablo a compartirlo con él en la casa alquilada. Si dos generosas sendas arrancaran de la carretera de la vida y sólo fuese posible seguir una, ¿quién podrá juzgar cuál de las dos es la mejor?

Entraron alegremente en la casita. Pilón encendió una vela y sacó dos tarros de fruta a guisa de vasos.

—¡Salud! —dijo Pablo.

—¡Salud! —dijo Pilón.

Y al cabo de un momento, «¡Salud!», repitió Pablo.

—¡Barro en tu ojo! —dijo Pilón.

Descansaron un poco. «Su servidor», dijo Pilón.

—¡Abajo la ratonera! —dijo Pablo.

Dos galones son mucho vino, incluso para dos paisanos. Por sus efectos anímicos, las jarras pueden graduarse así: justo por debajo del cuello de la primera botella, conversación seria y concentrada. Dos dedos más abajo, recuerdos dulcemente tristes. Tres dedos más, memorias de antiguos y agradables amores. Un dedo más abajo, evocación de antiguos y amargos amores. Al llegar al culo de la primera jarra, una tristeza general e indirecta. Al trasegar el cuello de la segunda, negro, infernal desaliento. Dos dedos más abajo, una canción de muerte o añoranza. Un pulgar más, otra canción cualquiera que uno conozca. La graduación se detiene en este punto, pues las sendas se bifurcan y ya no hay certeza. A partir de este momento puede pasar cualquier cosa.

Pero retrocedamos a la primera marca: conversación seria y concentrada, pues fue entonces cuando Pilón inició su sondeo.

—Pablo —dijo—, ¿nunca te has cansado de dormir en las zanjas, mojado y solo, sin hogar y sin amigos?

—No —dijo Pablo.

Pilón dulcificó la voz, persuasivamente.

—Lo mismo pensaba yo, amigo mío, cuando era un sucio perro callejero. Yo también estaba contento porque no sabía lo dulce que es poseer un hogar, un techo y un jardín. Ah, Pablo, eso sí que es vivir.

—Es muy bonito —concedió Pablo.

Pilón fue al grano.

—Oye, Pablo, ¿qué te parecería alquilar una parte de mi casa? Nunca más dormirías en un suelo frío. Ni se te meterían en los zapatos los cangrejos que hay en la arena dura debajo del embarcadero. ¿Qué te parecería vivir aquí conmigo?

—Bien —dijo Pablo.

—Mira, ¡sólo pagarías quince dólares al mes! Y puedes usar toda la casa menos mi cama, y todo el jardín. ¡Piénsalo, Pablo! Y si alguien te escribe una carta, tendrá un lugar donde enviártela.

—Bien —dijo Pablo—. Estupendo.

Pilón dio un suspiro de alivio. El otro no se había dado cuenta de que la deuda con Danny recaía sobre sus hombros. El hecho de que estuviese completamente seguro de que Pablo jamás pagaría un céntimo no empañó su triunfo. Si alguna vez Danny le pedía el dinero, Pilón le diría: «Pagaré cuando me pague Pablo».

Luego pasaron a la segunda fase anímica, y Pilón recordó lo feliz que había sido de niño.

—No tenía problemas, Pablo. No conocía el pecado. Era muy feliz.

—Desde entonces no hemos vuelto a ser felices —declaró Pablo tristemente.

4

De cómo Jesús María Corcoran, un buen hombre, se convirtió en instrumento involuntario del mal.

La vida transcurría apaciblemente para Pilón y Pablo. Por la mañana, cuando el sol diáfano se alzaba sobre los pinos y la bahía azul se ondulaba y relucía allí abajo, a los pies de los árboles, se levantaban sin prisas y pensativamente de la cama.

Las mañanas soleadas son momento de silencioso gozo. Cuando el brillante rocío empaña las malvas, cada hoja contiene una joya, que es bella, aunque no valiosa. No es hora de prisas o bullicio. Por la mañana los pensamientos son lentos, profundos y dorados.

Con sus camisas y tejanos azules, Pablo y Pilón bajaban como camaradas al barranco que había detrás de la casa y al poco rato volvían a sentarse al sol en el pórtico delantero, a escuchar las bocinas que anuncian el pescado en las calles de Monterrey y a conversar en tono incoherente y soñoliento sobre las actividades de Tortilla Flat, pues en este lugar hay mil clímax diferentes cada día que el universo da una vuelta.

Estaban en paz en el pórtico. Sólo se movían los dedos de sus pies sobre las cálidas tablas cuando las moscas aterrizaban en ellos.

—Si las gotas de rocío fueran diamantes —dijo Pablo—, seríamos muy ricos. Estaríamos borrachos toda la vida.

Pero Pilón, sobre quien pesaba incómodamente la maldición del realismo, replicó:

—Entonces todo el mundo tendría cantidades de diamantes. No valdrían nada, pero el vino siempre cuesta dinero. Si, en cambio, lloviese vino un día entero y tuviésemos un tanque para recogerlo…

—Pero buen vino —precisó Pablo—, no esa bazofia de matarratas que trajiste la última vez.

—No lo compré —dijo Pilón—. Alguien lo escondió en la hierba al lado del salón de baile. ¿Qué se puede esperar del vino que te encuentras?

Agitaron las manos apáticamente para espantar a las moscas.

—Cornelia Ruiz rajó ayer al negro mexicano —comentó Pilón.

Pablo alzó la mirada con escaso interés.

—¿Una pelea? —inquirió.

—Oh, no, el negro no sabía que Cornelia estaba ayer con otro hombre e intentó entrar. Entonces Cornelia le rajó.

—Tenía que haberlo sabido —dijo Pablo virtuosamente.

—Bueno, el negro estaba abajo en la ciudad cuando Cornelia se lió con el otro. El negro quiso colarse por la ventana cuando ella le cerró la puerta.

—Ese negro es imbécil —dijo Pablo—. ¿Está muerto?

—Oh, no. Sólo le hizo un corte en los brazos. Cornelia no estaba furiosa. Simplemente no quería que el negro entrase.

—Cornelia no es una mujer muy fiel —dijo Pablo—. Pero sigue encargando misas para su padre, que murió hace diez años.

—Las necesita —observó Pilón—. Era un hombre malo y nunca fue a la cárcel, y ni siquiera se confesó nunca. Cuando el viejo Ruiz agonizaba, el sacerdote fue a reconfortarle, y Ruiz se confesó. Cornelia dice que el cura estaba más blanco que el ante cuando salió de la habitación del moribundo. Pero más tarde aquel cura dijo que no se creía ni la mitad de lo que Ruiz había confesado.

Con un zarpazo de gato, Pablo mató a una mosca que se había posado en su rodilla.

—Ruiz siempre fue un embustero —dijo—. Su alma necesita cantidad de misas. Pero ¿tú crees que una misa tiene efecto cuando el dinero que cuesta sale del bolsillo de los hombres que duermen el vino en casa de Cornelia?

—Una misa es una misa —dijo Pilón—. Al hombre que te vende un vaso de vino no le interesa de dónde has sacado los cuartos. Y a Dios no le interesa de dónde sale el dinero de una misa. Simplemente le gustan, lo mismo que a ti te gusta el vino. El padre Murphy solía pasarse la vida pescando, y durante meses el Santísimo Sacramento sabía a caballa, pero no por eso era menos sagrado. Es asunto de los curas explicar esas cosas. A nosotros no tiene por qué preocuparnos. Me pregunto dónde podremos conseguir unos huevos para la comida. Me apetecería comerme un huevo ahora.

Pablo ladeó el sombrero hasta cubrirse los ojos para que el sol no le molestase.

—Charlie Meeler me ha dicho que Danny está con Rosa Martin, esa chica *portagee*.

Pilón se irguió, alarmado.

—A lo mejor esa chica quiere casarse con él. Esas *portagees* siempre quieren casarse, y adoran el dinero. Quizá cuando se casen Danny va a incordiarnos para que le paguemos. Esa Rosa querrá vestidos nuevos. Todas las mujeres quieren. Las conozco.

También Pablo parecía disgustado.

—¿Y si fuéramos y habláramos con Danny…? —sugirió.

—Quizá tenga algunos huevos —dijo Pilón—. Las gallinas de la señora Morales son buenas ponedoras.

Se calzaron los zapatos y fueron andando lentamente hacia la casa de Danny.

Pilón se agachó, recogió la chapa de una botella de cerveza, maldijo y la tiró.

—Algún malvado la ha dejado aquí para engañar a la gente —dijo.

—A mí me pasó lo mismo ayer por la noche —dijo Pablo. Miró a un patio donde el maíz verde ya estaba maduro y tomó nota mentalmente del detalle.

Encontraron a Danny sentado en el pórtico, detrás del rosal, y moviendo los dedos de los pies para espantar a las moscas.

—Hola, amigos —les saludó, indiferente.

Se sentaron a su lado y se quitaron los sombreros y zapatos. Danny sacó una bolsa de tabaco y algunos papeles y se los pasó a Pilón. Éste parecía levemente asombrado, pero no hizo comentarios.

—Cornelia Ruiz rajó al negro mexicano —dijo.

—Me lo han contado —dijo Danny.

Pablo dijo ácidamente:

—Esas mujeres ya no son nada virtuosas.

—Es peligroso acostarse con ellas —dijo Pilón—. He oído decir que aquí en Flat hay una chica *portagee* que es capaz de hacer que un hombre se acuerde para siempre de ella si le da algún motivo.

Pablo produjo con la lengua unos chasquidos de desaprobación. Extendió las manos ante él.

—¿Qué puede hacer un hombre? —preguntó—. ¿No hay nadie en quien se pueda confiar?

Observaron el rostro de Danny; ningún signo de alarma apareció en él.

—La chica se llama Rosa —dijo Pilón—. No diré su apellido.

—Oh, te refieres a Rosa Martin —declaró Danny con muy poco interés—. Bueno, ¿qué se puede esperar de una *portagee*?

Pablo y Pilón dieron un suspiro de alivio.

—¿Cómo siguen las gallinas de la señora Morales? —preguntó Pilón con tono indiferente.

Danny movió la cabeza tristemente.

—Se han muerto todas. La señora Morales puso judías verdes en tarros, y los tarros reventaron, y ella dio las judías a las gallinas, y todas murieron, no quedó ni una.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Pablo.

Danny agitó dos dedos para atrás y adelante en signo de negación.

—Alguien le dijo a la señora Morales que no comiera las gallinas porque se pondría enferma, pero limpiamos bien las entrañas y las vendimos al carnicero.

—¿Y ha muerto alguien? —inquirió Pablo.

—No. Creo que esas gallinas hubieran estado muy buenas.

—Y a lo mejor compraste un poco de vino con el dinero que os dio el carnicero, ¿no? —quiso saber Pilón.

Danny le sonrió cínicamente.

—Lo compró la señora Morales, y yo fui a su casa ayer por la noche. En ciertos aspectos es una mujer bonita, y tampoco es tan vieja.

La alarma resucitó en Pablo y Pilón.

—Mi primo Willie dice que tiene cincuenta años —dijo Pilón, excitado.

Danny extendió las manos.

—¿Qué significa su edad en años? —sentenció filosóficamente —. Es una mujer muy alegre. Es dueña de una casa y tiene doscientos dólares en el banco. —Entonces Danny se puso algo violento—. Me gustaría hacerle un regalo.

Pilón y Pablo se miraron los pies e intentaron, mediante un intenso esfuerzo mental, evitar lo que se avecinaba. Pero su esfuerzo no sirvió de nada.

—Si tuviera un poco de dinero —prosiguió Danny—, le compraría una gran caja de bombones. —Miró significativamente a sus arrendatarios, pero ninguno de los dos le contestó—. Sólo necesitaría un dólar o dos.

—Chin Kee está secando calamares —dijo Pilón—. Quizá podrías trabajar medio día en su casa.

Danny señaló mordazmente:

—No estaría bien que un hombre que tiene dos casas corte calamares. Pero si le pagaran algo de la renta…

Pilón se incorporó, furioso.

—¡Siempre hablando de la renta! —exclamó—. Vas a obligarnos a volver a la calle, a las cunetas, mientras tú duermes en tu cama blanda. Vamos, Pablo —dijo, enfadado—, conseguiremos dinero para este judío, este tacaño.

Los dos amigos se marcharon airados.

—¿Dónde vamos a conseguir dinero? —preguntó Pablo.

—No lo sé. Quizá no vuelva a pedirlo. —Pero la inhumana exigencia había dañado seriamente su paz mental—. Le llamaremos «viejo judío» cuando le veamos —dijo Pilón—. Hemos sido amigos suyos durante años. Cuando pasó necesidad, le alimentamos. Cuando tuvo frío, le abrigamos.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Bueno, lo habríamos hecho en caso de que necesitase algo y nosotros lo tuviéramos. Es la clase de amigos que éramos para él. Y ahora pisotea nuestra amistad por una caja de bombones que regalar a esa vieja gorda.

—El azúcar no es bueno para la salud —dijo Pablo.

Tanta emoción había extenuado a Pilón. Se sentó en la zanja junto a la carretera, colocó las manos bajo la barbilla, desconsolado.

Pablo se sentó también, pero sólo lo hizo para descansar, pues su amistad con Danny no era tan hermosa ni tan antigua como la de Pilón.

El fondo de la zanja estaba cubierto de hierba seca y arbustos. Pilón, que miraba hacia abajo rumiando su tristeza y su rencor, vio un brazo humano que sobresalía de un montón de maleza. Y a continuación, al lado del brazo, distinguió una botella de galón medio llena. Agarró del brazo a Pablo y se la enseñó. Pablo miró fijamente.

—Quizá está muerto, Pilón.

Pilón había recobrado el aliento y su vista penetrante.

—Si está muerto, el vino no le sirve de nada. No pueden enterrarle con esa botella.

El brazo removió, retiró las matas y reveló la cara sucia y la incipiente barba rojiza de Jesús María Corcoran.

—¿Qué hay, Pilón? ¿Qué hay, Pablo? —dijo con voz achispada —. ¿Qué tomas?

Pilón saltó al fondo de la zanja y se colocó a su lado.

—¡Jesús María, amigo! ¡Tú no estás bien!

Jesús María sonrió dulcemente.

—Borracho, nada más —murmuró. Se arrodilló—. Tomad un trago, amigos míos. Un buen trago. Tengo mucho más.

Pilón inclinó la botella por encima del codo. Dio cuatro sorbos y tragó más de una pinta. Luego Pablo le quitó la botella y jugó con el envase como un gato juega con una pluma. Se limpió la boca con la manga. Olfateó el vino. Dio tres o cuatro sorbos preliminares y dejó que unas gotas resbalasen por su boca, para atormentarse. Por último, dijo: «Madre de Dios, ¡qué vino!». Alzó la botella y el tinto se despeñó alegremente por su garganta.

Pilón estiró la mano mucho antes de que Pablo tuviese que coger aliento. Pilón se volvió a su amigo Jesús María con una expresión admirativa e indulgente.

—¿Has descubierto un tesoro en los bosques? —preguntó—. ¿Ha muerto un gran hombre y se ha acordado de ti en su testamento, amiguito? —Jesús María era un hombre humanitario, y siempre había amabilidad en él. Se aclaró la garganta y escupió.

—Pasa la botella —dijo—. Tengo la garganta seca. Te contaré cómo ha sido.

Bebía soñadoramente, como un hombre que posee tanto vino que puede bebérselo sin apurarse e incluso verter un poco sin remordimiento.

—Estuve durmiendo en la playa hace dos noches —dijo—. En esa playa cerca de Seaside. De noche las olas llevaron a la orilla un bote de remos. Oh, un bote precioso, y los remos estaban dentro. Subí y remé hasta Monterrey. Valía por lo menos veinte dólares, pero la venta llevaba tiempo y sólo saqué siete.

—¿Te sobró algo de dinero? —preguntó Pilón, excitado.

—Te estoy diciendo lo que pasó —dijo Jesús María con cierta dignidad—. Compré dos galones de vino y los traje aquí a los

bosques, y luego fui a pasear con Arabella Gross. Le compré un par de bragas de seda en Monterrey. Le gustaron: eran tan rosas, tan suaves. Y luego le compré una pinta de *whisky*, y después, al cabo de un rato, nos encontramos con unos soldados y ella se marchó con ellos.

—¡Oh, robar el dinero de un buen hombre! —exclamó Pilón, horrorizado.

—No —dijo soñadoramente Jesús María—. De todas formas, era ya la hora de que se fuese. Y luego vine aquí y me quedé dormido.

—Entonces ¿no te ha sobrado dinero?

—No lo sé —dijo Jesús María—. Voy a ver. —Hurgó en su bolsillo y sacó tres billetes de a dólar arrugados y una moneda de diez centavos—. Esta noche —dijo— voy a comprarle a Arabella una de esas cositas que se atan ahí arriba.

—¿Te refieres a esas copitas de seda unidas por una cuerda?

—Sí —dijo Jesús María—, y no son tan pequeñas como quizá crees.

Tosió para aclararse la garganta. Pilón se mostró al punto lleno de solicitud.

—Es el aire nocturno —dijo—. No es bueno dormir a la intemperie. Vamos, Pablo, le llevaremos a nuestra casa para que se cure el resfriado. La enfermedad de sus pulmones ha cogido fuerza, pero se la curaremos.

—¿De qué estás hablando? —dijo Jesús María—. Estoy perfectamente.

—Eso crees tú —dijo Pilón—. Eso creía también Rudolfo Kelling. Y tú mismo fuiste a su funeral el mes pasado. Y lo mismo creía Angelina Vázquez. Murió hace una semana.

Jesús María estaba asustado.

—¿De qué crees que se trata?

—Se trata de dormir a la intemperie —dictaminó Pilón sabiamente—. Tus pulmones no lo soportarán.

Pablo envolvió la botella de vino con una gran hoja, de un modo tan disimulado que a cualquiera que pasase le hubiera devorado la

curiosidad hasta saber lo que contenía el envoltorio.

Pilón caminaba junto a Jesús María, y de vez en cuando le tocaba el codo para recordarle que no era un hombre sano. Le llevaron a la casa y le acostaron en un catre, y, a pesar de que el día era caluroso, le taparon con un edredón viejo. Pablo habló enternecedoramente de esos pobres que se retuercen en su lecho, aquejados de tuberculosis. Y luego la voz de Pilón cobró dulzura. Habló con veneración del gozo de vivir en una casita. Cuando la noche estaba muy avanzada y la charla y el vino se habían acabado, y en el exterior las nocivas brumas se aferraban al suelo como los espectros de gigantescas sanguijuelas, uno no salía a dormir en la malsana humedad del barranco. No, uno se metía en un hondo, blando y cálido lecho y dormía como un niño.

Jesús María se durmió al llegar a este punto. Pilón y Pablo tuvieron que despertarle y darle de beber. Entonces Pilón habló de modo conmovedor sobre las mañanas en que uno duerme calentito en su propio nido hasta que el sol está tan alto que comienza a ser de utilidad. Uno no tenía que tiritar al alba, golpeando las palmas para que no se congelen.

Por último Pilón y Pablo cayeron sobre Jesús María como dos sigilosos terriers al acecho convergen sobre su presa. Le alquilaron el usufructo de la casa por quince dólares al mes. Él aceptó, feliz. Hubo profusos apretones de manos. La botella salió de su envoltorio. Pilón dio un trago largo, porque sabía que le quedaba por hacer la más dura tarea. Lo dijo suavemente y como sin darle importancia, mientras Jesús María estaba trasegando vino.

—Y ahora sólo tienes que pagar tres dólares a cuenta.

Jesús María apuró la botella y le miró con horror.

—No —explotó—. Prometí a Arabella Gross que le compraría una de esas cositas. Pagaré el alquiler cuando llegue el momento.

Pilón se dio cuenta de que había metido la pata.

—Cuando dormías en aquella playa de Seaside, Dios te envió aquel botecito. ¿Tú crees que el buen Dios te lo mandó para que le comprases bragas de seda a una furcia de la fábrica de conservas?

¡No! Dios lo hizo para que no murieras por dormir en el suelo a la intemperie. ¿Tú crees que a Dios le interesan los pechos de Arabella? Y además, sólo te cobraremos dos dólares de depósito. Con un dólar ya puedes comprar un par de esas copas lo suficientemente grandes para sujetar las ubres de una vaca.

Jesús María insistió en su protesta.

—Te diré una cosa —prosiguió Pilón—, si no le pagamos dos dólares a Danny tendremos que volver a la calle, y será por tu culpa. Te remorderá la conciencia cuando volvamos a dormir en las zanjas.

Bajo un fuego tan nutrido y procedente de todas direcciones, Jesús María sucumbió. Entregó dos de los billetes arrugados a Pilón.

Y entonces la tensión cesó en la morada, y la paz, la tranquilidad, y una grata, profunda camaradería, se instauró en ella. Pilón se relajó. Pablo retiró el edredón, que colocó en su propia cama, y la conversación brotó de nuevo.

—Tenemos que llevarle el dinero a Danny.

Satisfecho su primer apetito, estaban sorbiendo el vino de un tarro de fruta.

—¿Para qué le hacen falta a Danny tan urgentemente los dos dólares? —preguntó Jesús María.

Pilón se puso confidencial. Sus manos gesticularon como si fuesen dos polillas gemelas a las que únicamente impedía salir volando por la puerta la contención de los puños y las muñecas.

—Danny, nuestro amigo, se está arrimando a la señora Morales. Oh, no pienses que es tonto. La señora Morales tiene doscientos dólares en el banco. Danny quiere comprarle una caja de bombones.

—Los bombones no son buenos para la salud —observó Pablo —. Dan dolor de muelas.

—Eso es cosa de Danny —dijo Jesús María—. Si quiere que le duelan los dientes a la señora Morales, es asunto suyo. ¿A nosotros qué nos importan los dientes de esa señora?

Una nube de inquietud se había asentado en la cara de Pilón.

—Pero —arguyó austeramente— si nuestro amigo Danny le regala bombones a la señora Morales, él también comerá alguno. Así que a Danny le dolerá la dentadura.

Pablo movió la cabeza, preocupado.

—Sería muy mala cosa que los amigos de Danny, de los cuales depende, le ocasionasen un dolor de muelas.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó Jesús María, aunque él y los demás sabían perfectamente lo que iban a hacer. Aguardaron cortésmente a que alguno de los otros formulase la inevitable sugerencia. Reinaba el silencio. Pilón y Pablo eran conscientes de que la sugerencia no podía partir de ellos, puesto que, debido a una serie de razonamientos, podría considerárseles partes interesadas. Jesús María guardaba silencio en atención a sus huéspedes, pero al ver que ellos callaban se percató de lo que querían de él e intervino de inmediato.

—Un galón de vino es un bonito regalo para una señora —sugirió en un tono pensativo.

Su brillantez dejó perplejos a Pilón y Pablo.

—Le diremos a Danny que para sus dientes es mejor tomar vino.

—Pero tal vez no haga ningún caso de nuestra advertencia. Si le damos el dinero no sabemos lo que hará con él. A lo mejor compra los bombones, a pesar de todo, y habremos desperdiciado tiempo y preocupaciones.

Habían convertido a Jesús María en el sustento de su lógica, en la solución de las situaciones incómodas.

—Bueno, quizá si nosotros compramos el vino y se lo damos a Danny no habrá ningún peligro.

—Exactamente —exclamó Pilón—. Tú lo has dicho.

Jesús María sonrió modestamente al ver su mérito reconocido. Pensaba que tarde o temprano uno de los otros dos hubiera acabado por exponer idéntico argumento.

Pablo vertió las últimas gotas de vino en el tarro de frutas y los tres bebieron, cansados por el esfuerzo. Les llenaba de orgullo que

la idea se les hubiese ocurrido por deducción lógica y en una causa tan filantrópica.

—Tengo hambre —dijo Pablo.

Pilón se levantó, fue a la puerta y miró al sol.

—Es más de mediodía —dijo—. Pablo y yo iremos adonde Torrelli a comprar el vino, y tú, Jesús María, te vas a Monterrey y traes algo de comer. A lo mejor la señora Bruno te da un pescado en el embarcadero. Quizá puedas conseguir algo de pan en algún sitio.

—Prefiero ir con vosotros —declaró Jesús María, porque barruntaba que una nueva argumentación, igualmente lógica e inevitable, empezaba a gestarse en la cabeza de sus amigos.

—No, Jesús María —le dijeron con firmeza—. Ahora son las dos, más o menos. Dentro de una hora serán las tres. Nos reunimos aquí y comemos algo. Y quizá bebamos un vasito de vino para acompañar.

Muy a regañadientes, Jesús María se puso en camino hacia Monterrey, pero Pablo y Pilón bajaron felices la colina rumbo a casa de Torrelli.

5

De cómo San Francisco alteró las cosas e impuso un leve castigo a Pilón, Pablo y Jesús María.

La tarde llegó tan imperceptiblemente como la edad sorprende a un hombre feliz. La luz del sol adquirió una ligera tonalidad áurea. La bahía se volvió más azul y rizada, con ondulaciones del viento costero. Los pescadores solitarios que creían que los peces pican en la marea alta se marcharon de las rocas, y otros convencidos de que pican cuando la marea baja ocuparon sus puestos.

A las tres en punto el viento cambió de dirección y sopló suavemente desde el mar, trayendo toda suerte de agradables olores de algas marinas. Los hombres que remendaban redes en los solares vacíos de Monterrey posaron las agujas y liaron cigarrillos. Señoras gordas en cuyos ojos se leía el hastío y la sabiduría que tan a menudo se advierte en la mirada de los puercos, rodaban por las calles de la ciudad en automóviles de excesiva potencia, camino del té y del *gin-fizz* en el hotel Del Monte. En Alvarado Street, Hugo Machador, el sastre, puso un letrero en la puerta de su tienda, «vuelvo dentro de cinco minutos», y se marchó a casa hasta el día siguiente. Los pinos se mecían lenta, voluptuosamente. Las gallinas de cien gallineros se quejaban con voz plácida de su mala suerte.

Sentados en el patio de Torrelli, bajo el rosal rosáceo de Castilla, Pilón y Pablo bebían vino sosegadamente, dejando que la tarde cayese sobre ellos tan despacio como el cabello crece.

—Menos mal que no le llevamos a Danny dos galones de vino —dijo Pilón—. No sabe controlarse cuando bebe.

Pablo asintió.

—Danny tiene un aspecto saludable —dijo—, pero es como esa gente de la que oyes que se muere de un día para otro. Mira Rudolfo Kelling. Fíjate en Angelina Vázquez.

El realismo de Pilón afloró poco a poco a la superficie.

—Rudolfo cayó en una cantera que hay arriba de Pacific Grove —observó con indulgente reproche—. Angelina comió una lata de pescado en malas condiciones. Pero —prosiguió amablemente— ya sé lo que quieres decir. Y cantidad de gente muere por abusar del alcohol.

Todo Monterrey empezaba a hacer preparativos graduales e instintivos para aquella noche. La señora Gutiérrez añadió pequeños chiles a la salsa de enchilada. Rupert Hogan, el comerciante de licores, añadió agua a su ginebra y la puso aparte para servirla después de medianoche. Y esparció un poco de pimienta en el *whisky* que vendería a primeras horas de la noche. En el salón de baile El Paseo, Bullet Rosendale abrió una caja de galletas saladas y las dispuso en forma de tosca cinta parda sobre los platos de invitación. La droguería Palace enrolló sus toldos. Un grupito de hombres que había pasado la tarde delante de la oficina de correos saludando a sus amigos, se encaminó hacia la estación para ver la llegada del expreso Del Monte procedente de San Francisco. Las gaviotas, saciadas, alzaron el vuelo de las playas de fábricas conserveras y surcaron el cielo hacia las rocas. Filas de pelícanos martilleaban obstinadamente el agua allí donde habían ido a pasar la noche. En los barcos de pesca provistos de jábegas, los italianos plegaban las redes sobre los grandes rodillos. La menuda señorita Alma Álvarez, de noventa años, llevó su diario racimo de geranios rosas a la Virgen de la iglesia de San Carlos, en la muralla exterior. En el pueblo vecino y metodista de Pacific Grove, la WCTU se

reunió a la hora del té para dialogar, y escuchó a una mujer pequeña que describía con energía y colorido el vicio y la prostitución de Monterrey. En su opinión, un comité debía visitar los centros para ver exactamente cuáles eran las terribles condiciones reales. Habían estudiado la situación muy a menudo y necesitaban nuevos detalles.

El sol avanzaba hacia poniente y cobró un rubor naranja. Bajo el rosal del patio de Torrelli, Pilón y Pablo concluían el primer galón de vino. Torrelli salió de casa y cruzó el patio sin ver a sus muy antiguos parroquianos. Esperaron hasta que se perdió de vista camino de Monterrey; después entraron en la casa y con perfecto conocimiento de su arte engatusaron la cena a la señora Torrelli. Le dieron palmaditas en las nalgas, le llamaron «Pato de mantequilla», y se tomaron unas pocas y amables libertades con su persona; al final la dejaron, halagada y ligeramente despeinada.

Ya había atardecido en Monterrey y se encendieron las luces. Las ventanas difundían un débil resplandor. El letrero luminoso del cine de la ciudad empezó a anunciar una y otra vez: *Hijos del infierno, hijos del infierno*. Un reducido pero fanático grupo de pescadores que creían que los peces pican de noche ocuparon su sitio en las frías rocas. Un poco de niebla circuló por las calles y se cernió sobre las chimeneas, y un delicioso olor de pino quemado perfumó el aire.

Pablo y Pilón volvieron al rosal y se sentaron en el suelo, pero ya no estaban tan contentos como antes.

—Hace fresco aquí —dijo Pilón, y dio un trago de vino para calentarse.

—Deberíamos ir a nuestra casa; allí hace calor —dijo Pablo.

—Pero no hay leña en la cocina.

—Bueno —dijo Pablo—, guarda el vino y espérame en la esquina de la calle.

Y Pilón lo hizo durante una media hora. Aguardó pacientemente, porque no ignoraba que hay ciertas cosas que ni siquiera los amigos de uno pueden evitar. Mientras esperaba, vigilaba con mirada atenta

la calle por donde Torrelli había ido, pues el italiano era un hombre contundente que consideraba toda explicación inaceptable, por muy atentamente que se analizase y muy bellamente que se formulara. Además, Torrelli conservaba —y Pilón lo sabía— el ideal latino exagerado y totalmente quijotesco de las relaciones maritales. Pero Pilón vigilaba en vano. Ningún Torrelli volvió brutalmente a casa. Al cabo de un rato Pablo se reunió con él, y Pilón observó, contento y admirado, que su compañero transportaba una brazada de maderos de pino que habían volado de la leñera de Torrelli.

Pablo no hizo comentarios sobre su aventura hasta que llegaron al hogar. Luego enunció palabras similares a las que había dicho Danny:

—Una mujer vivaracha, el «Pato de mantequilla».

Pilón asintió en la oscuridad y habló con tranquila filosofía.

—Rara vez se encuentra todo en un solo mercado: vino, alimento, amor y leña. Tenemos que acordarnos de Torrelli, amigo mío. Hay que conocerle. Tenemos que hacerle un regalo de vez en cuando.

Pilón encendió un fuego crepitante en la cocina de hierro colado. Los dos amigos acercaron sus sillas y pusieron al calor sus tarros de frutas para calentar un poco el vino. Aquella noche el fuego era sagrado, pues Pablo había comprado una vela para San Francisco. Algo había distraído su atención antes de que hubiera consumado su piadoso proyecto. La velita de cera ya ardía hermosamente en la concha de una oreja de mar; las sombras de Pablo y Pilón danzaban en la pared.

—Me gustaría saber adónde ha ido Jesús María —comentó Pilón.

—Prometió que volvería cuanto antes —dijo Pablo—. No sé si es hombre en quien se pueda confiar.

—Quizá le ha ocurrido algo que le haya entretenido, Pablo. Con esa barba rojiza y su corazón amable, Jesús María casi siempre está metido en líos con mujeres.

—Tiene un cerebro de saltamontes —dijo Pablo—. Canta y juega y salta. No es un hombre serio.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. Apenas habían empezado su segundo tarro de vino cuando apareció Jesús María. Se agarró a ambos lados de la puerta para sostenerse. Tenía la camisa desgarrada y la cara ensangrentada. Uno de sus ojos presentaba un aspecto negro e inquietante a la luz saltarina de la vela.

Pablo y Pilón corrieron hacia él.

—¡Amigo nuestro! Está herido. Se ha caído por el acantilado. ¡Le ha pillado un tren!

No había en sus palabras la más mínima intención satírica, pero Jesús María lo tomó por la forma más cruel de sátira. Les miró airadamente con el único ojo que todavía conservaba la facultad de hacerlo.

—Vuestras madres eran vacas sin tetas —declaró.

Se apartaron de él, horrorizados por la vulgaridad de su injuria.

—Nuestro amigo está delirando.

—Se le ha averiado un tornillo.

—Dale un poco de vino, Pablo.

Jesús María, taciturno, se sentó junto al fuego y acarició su tarro de frutas, mientras los otros dos aguardaban pacientemente a que relatase su tragedia. Pero Jesús María parecía decidido a no soltar prenda. Aunque Pilón se aclaró varias veces la garganta y aunque Pablo miró al amigo herido con comprensión y simpatía, Jesús María, hosco, miraba fijamente al fuego, al vino y a la vela bendecida, hasta que al final su descortés reticencia suscitó en Pilón una actitud igualmente brusca. Más tarde no vio otro modo de hacerlo.

—¿Otra vez esos soldados? —preguntó.

—Sí —gruñó Jesús María—. Esta vez vinieron demasiado pronto.

—Han tenido que ser veinte para ponerte así —comentó Pablo, para elevar la moral de su amigo—. Todo el mundo sabe que eres

peligroso peleando.

Jesús María pareció algo más contento.

—Fueron cuatro —dijo—. Arabella Gross también les ayudó. Me pegó en la cabeza con una piedra.

Pilón sintió que le invadía una oleada de cólera.

—No voy a recordarte ahora —dijo seriamente— que tus amigos ya te pusieron en guardia contra esa palurda.

Se preguntó si en efecto había advertido a Jesús María, y creyó recordar que sí lo había hecho.

—Esas chicas blancas y baratas son viciosas, amigo —terció Pablo—. Pero ¿le has regalado esa cosita que se ponen en el pecho?

Jesús María buscó en el bolsillo y sacó un arrugado sostén de rayón rosa.

—Aún no era el momento —dijo—. Estaba a punto de hacerlo; además, todavía no habíamos entrado en el bosque.

Pilón aspiró hondo y movió la cabeza, pero no sin una cierta tolerancia triste.

—¿Has estado bebiendo *whisky*?

Jesús María asintió.

—¿De dónde lo has sacado?

—De los soldados —dijo Jesús María—. Lo tenían debajo de una alcantarilla. Arabella conocía el escondrijo y me lo dijo. Pero los soldados nos vieron con la botella.

La historia fue cobrando forma poco a poco. A Pilón le gustaba así. Un relato lo perdía todo si se contaba rápidamente. El secreto de una buena historia consiste en las cosas a medio decir que el oyente completa con su propia experiencia. Cogió el sujetador rosa de las rodillas de Jesús María y pasó por él los dedos mientras su mirada se volvía pensativa. Un momento después sus ojos brillaron con una alegre luz.

—Ya sé —dijo—. Se lo daremos a Danny para que se lo regale a la señora Morales.

Todos aplaudieron la idea excepto Jesús María, que se vio derrotado por mayoría numérica. Con una delicada comprensión de la derrota, Pablo le llenó de vino el tarro de frutas.

Al cabo de poco tiempo, los tres hombres empezaron a sonreír. Pilón contó una historia muy divertida de una cosa que le había sucedido a su padre. El buen humor reinó de nuevo. Cantaron. Jesús María bailó arrastrando los pies para demostrar que no estaba malherido. Disminuía en el tarro el nivel del vino, pero antes de acabarlo los tres amigos sucumbieron al sueño. Pilón y Pablo se marcharon a la cama, y Jesús María se tumbó confortablemente en el suelo, al lado de la cocina.

El fuego se extinguió. Los profundos sonidos del sueño llenaban la casa. En la habitación delantera sólo se movía una cosa. Como una punta de lanza, la llama de la vela bendecida subía y bajaba con increíble rapidez.

Más tarde, aquella velita proporcionaría muchas reflexiones éticas a Pilón, Pablo y Jesús María. Una simple varilla de cera con una mecha que la atraviesa entera. Diríamos que tal objeto obedece únicamente a ciertas leyes físicas. Afirmaríamos que su conducta está determinada por ciertos principios de calor y combustión. Se enciende la mecha; la cera prende y detiene la llama; la vela arde cierto número de horas; se apaga y eso es todo. Se ha acabado el ciclo. Poco tiempo después se olvida la vela y después, por supuesto, jamás ha existido.

¿Hemos olvidado que la vela estaba bendecida? ¿Que en un momento de consciencia o tal vez de pura exaltación religiosa, Pablo se la había ofrendado a San Francisco? He aquí el principio que rescata a la vela del dominio de la física.

La vela apuntaba con su lanza de luz hacia el cielo, como un artista que se consume a sí mismo para volverse divino. La cera se acortaba, se acortaba. Un viento se alzó fuera y se coló por las rendijas de las paredes. La vela cayó de costado. Un calendario sedoso, que ostentaba el rostro de una hermosa muchacha emergiendo del corazón de una rosa «Belleza Americana», flotaba a

poca distancia de la pared. Cayó sobre la punta de la llama. El fuego lamió la seda y se elevó hacia el techo. Un trozo suelto del empapelado se prendió y cayó en llamas sobre un montón de periódicos.

En el cielo, mártires y santos contemplaban la escena con rostro inmóvil, implacable. La vela estaba bendecida. Era propiedad de San Francisco. Aquella noche, la vela ofrendada al santo llegaría a hacerse enorme.

Si fuera posible juzgar la profundidad del sueño, podría afirmarse con justicia que Pablo, cuya culpable acción era responsable del incendio, dormía aún más profundamente que sus compañeros. Pero como carecemos de medida, sólo podemos decir que dormía un sueño muy, muy profundo.

Las llamas treparon por las paredes, hallaron agujeritos en el techo y se asomaron a la noche. El rugido del fuego inundó la casa. Jesús María se removió incómodo en la cama y comenzó, en sueños, a quitarse el abrigo. Una llameante astilla cayó sobre su cara. Dio un brinco, gritando, y se quedó sobresaltado ante el incendio devorador que descubrió en torno.

—¡Pilón! —aulló—. ¡Pablo!

Corrió a la otra habitación, sacó a sus amigos de la cama y les empujó fuera de la casa. Pilón todavía sujetaba entre los dedos el sostén rosa.

Se quedaron delante de la vivienda incendiada y miraron la puerta que era pasto de las llamas. Alcanzaron a ver el tarro encima de la mesa, con dos dedos largos de líquido dentro.

Pilón intuyó que Jesús María incubaba un temerario heroísmo.

—No lo hagas —gritó—. Debe perderse en fuego como castigo por haberlo olvidado.

Percibieron el aullido de las sirenas y el bramido de los camiones que subían la colina en segunda velocidad. Eran los bomberos de Monterrey. Los grandes vehículos rojos se aproximaron, y sus reflectores alumbraban los troncos de pino.

Pilón se volvió velozmente hacia Jesús María.

—Corre y dile a Danny que su casa está ardiendo. Date prisa, Jesús.

—¿Por qué no vas tú?

—Escucha —dijo Pilón—. Danny no sabe que tú también alquilas su casa. Puede enfadarse un poco con Pablo y conmigo.

Jesús María captó la lógica del argumento y fue corriendo a la casa de Danny. La casa estaba oscura.

—Danny —gritó—. Danny, ¡tu casa está ardiendo!

No hubo respuesta.

—¡Danny! —llamó de nuevo.

Una ventana se abrió en la vivienda contigua de la señora Morales. Danny parecía irritado.

—¿Qué demonios quieres?

—Tu otra casa está ardiendo. Ésa donde viven Pablo y Pilón.

Danny tardó un momento en contestar. Luego preguntó:

—¿Están los bomberos?

—Sí —dijo Jesús María.

En aquel momento todo el cielo estaba ya iluminado. Se oía el crujido de la madera abrasada.

—Bueno —dijo Danny—, si los bomberos no pueden hacer nada, ¿qué espera Pilón que haga yo?

Jesús María oyó que la ventana se cerraba de golpe; dio media vuelta y regresó al trote al lugar del incendio. Era un mal momento para avisar a Danny, lo sabía, pero ¿cómo podrían explicárselo luego? Si Danny no se hubiera enterado del incendio, posiblemente se habría enfadado. En definitiva, Jesús María estaba contento de haberle dado la noticia del desastre. Ahora la responsabilidad recaía sobre la señora Morales.

Era una casa pequeña, expuesta a muchas corrientes, y las paredes estaban perfectamente secas. Tal vez desde que la vieja Chinatown había ardido no había vuelto a verse un incendio tan veloz y voraz. Los miembros del cuerpo de bomberos echaron un vistazo a los incandescentes muros y luego se pusieron a mojar la maleza, los árboles y las casas de las inmediaciones. En menos de

una hora la vivienda había desaparecido totalmente. Sólo entonces actuaron las mangueras sobre el montón de cenizas para apagar las ascuas y las chispas.

De pie, hombro con hombro, Pilón, Pablo y Jesús María presenciaron toda la catástrofe. La mitad de la población de Monterrey y el censo completo de Tortilla Flat —salvo Danny y su vecina— merodearon jubilosamente por la zona contemplando el fuego. Por fin, cuando todo hubo acabado y únicamente una nube de vaho ascendía de los rescoldos negros. Pilón se alejó silenciosamente.

—¿Adónde vas? —le dijo Pablo.

—Voy al bosque a seguir durmiendo. Os aconsejo que vengáis conmigo. Lo mejor será que Danny no nos vea por un tiempo.

Los otros dos asintieron gravemente y le siguieron al bosque de pinos.

—Nos servirá de lección —dijo Pilón—. Así aprenderemos a no dejar vino en una casa durante la noche.

—La próxima vez —dijo Pablo, desesperado—, lo sacaremos fuera y nos lo robarán.

6

De cómo la contrición de tres pecadores les devolvió la paz, y de cómo los amigos de Danny se juraron camaradería.

Cuando el sol estaba a la altura de los pinos y la tierra se hallaba caliente y el rocío nocturno se secaba en las hojas de geranio, Danny salió al pórtico a sentarse al sol y meditar placenteramente sobre ciertos sucesos. Se quitó los zapatos y paseó los dedos de los pies por las cálidas maderas del porche. Había ido temprano a contemplar el cuadrado de cenizas negras y cañerías retorcidas en que se había convertido su otra heredad. Había dado rienda suelta a una rabieta convencional contra sus amigos negligentes y se había lamentado brevemente de ese carácter transitorio de los bienes terrenales que hace más preciados los espirituales. Había cavilado sobre la pérdida de su condición de propietario con una vivienda en alquiler; y, una vez satisfecho y cancelado todo aquel desorden de sentimientos necesarios y decentes, había cedido finalmente a su emoción más auténtica: la de alivio por verse al menos libre de uno de sus fardos.

«Si todavía la tuviera, estaría ávido de renta —pensó—. Mis amigos se comportaban de un modo frío conmigo porque me debían dinero. Ahora seremos de nuevo libres y felices».

Pero Danny no ignoraba que tendría que disciplinar un poco a sus amigos; de lo contrario le considerarían blando. Por lo tanto, mientras sentado en el pórtico espantaba a las moscas con un

ademán de las manos que, más que amenaza, suponía una advertencia para ellas, se puso a pensar en las cosas que tenía que decir a sus amigos antes de readmitirles en el corral de su afecto. Tenía que demostrarles que no era hombre de quien fuese fácil aprovecharse. Pero anhelaba que todo acabase, ansiaba volver a ser el Danny a quien todos querían, el amigo a quien la gente buscaba para compartir un galón de vino o un pedazo de carne. Al ser dueño de dos casas le consideraban rico, y se había perdido gran cantidad de delicias.

Pilón, Pablo y Jesús María Corcoran durmieron largo tiempo sobre las agujas de pino del bosque. La noche había sido terriblemente agitada y estaban cansados. Pero, finalmente el sol fustigaba su rostro con el ardor del mediodía, las hormigas paseaban sobre ellos y dos cotorras azules posadas en el suelo, cerca de los tres amigos, les llamaban toda suerte de nombres ofensivos.

Sin embargo, lo que interrumpió su sueño fue un grupo de excursionistas que se instalaron al otro lado de los matorrales y abrieron un gran cesto de comida cuyo aroma viajó hasta el olfato de Pilón, Pablo y Jesús María. Se despertaron; se sentaron; y en ese momento cobraron conciencia de su atroz situación.

—¿Cómo empezó el fuego? —preguntó Pablo quejumbrosamente, y ninguno lo sabía.

—Quizá sea mejor que nos vayamos a otra ciudad por una temporada —dijo Jesús María—. A Watsonville o Salinas. Son ciudades bonitas.

Pilón sacó del bolsillo el sujetador y acarició con los dedos su suavidad rosácea. Lo alzó a la luz del sol y miró a través de la tela.

—Sólo serviría para retrasar las cosas —decidió—. Yo creo que más valdría ir a ver a Danny y confesar nuestra culpa, como niños a su padre. Entonces no podrá decirnos nada sin sentirse culpable. Y además, ¿no tenemos un regalo para la señora Morales?

Sus amigos asintieron. Los ojos de Pilón erraron por la espesa maleza hasta los excursionistas, y en especial hasta aquella enorme cesta de donde brotaba el olor penetrante de los huevos sazonados con mucho picante. Su nariz se arrugó un poquito, como el hocico de un conejo. Sonrió, con plácido ensueño.

—Voy a dar un paseo, amigos míos. Dentro de un momento os veré en la cantera. No traigáis la cesta si podéis evitarlo.

Vieron tristemente cómo se levantaba y se iba alejando, a través de los árboles, en una dirección que hacía ángulo recto con el pícnic y la cesta. Pablo y Jesús María no se sorprendieron, minutos más tarde, de que un perro ladrara y un gallo cantara y de que se oyese una risa estridente, el gruñido de un gato salvaje, un breve aullido y un grito en demanda de auxilio; pero los excursionistas, en cambio, se quedaron asombrados, fascinados. Dos hombres y dos mujeres abandonaron la cesta y se fueron corriendo hacia aquellos versátiles sonidos.

Pablo y Jesús María obedecieron las consignas de Pilón. No cogieron la cesta de comida, pero sus camisas y sombreros ostentaron a partir de entonces perennes manchas de huevo.

A eso de las tres en punto, los tres penitentes se acercaron lentamente a la casa de Danny. Transportaban en los brazos ofrendas de reconciliación: naranjas, plátanos, manzanas, botes de aceitunas y escabeche, bocadillos de huevo y de jamón prensado, botellas de gaseosa, un envase de cartón con ensalada de patatas y un ejemplar del *Saturday Eyening Post*.

Danny les vio llegar, se incorporó y trató de recordar las cosas que tenía que decirles. Ellos se pusieron en fila en su presencia y agacharon la cabeza.

—Perros de perros —les llamó Danny—. Ladrones de casas de gente decente. Huevos de jibia.

Calificó de vacas a sus respectivas madres y de antiguas ovejas a sus padres.

Pilón abrió la bolsa que llevaba y enseñó los bocadillos de jamón. Y Danny les dijo que ya no le inspiraban confianza, que su fe

en ellos había sido traicionada y su amistad pisoteada. Para entonces empezaba a tener problemas de memoria, pues Pablo había sacado del pecho un par de huevos. Pero Danny se remontó a la generación anterior de antepasados y criticó la virtud de sus mujeres y la potencia sexual de sus hombres.

Pilón sacó del bolsillo el sujetador rosa y, apáticamente, dejó que se columpiara entre sus dedos.

Entonces Danny se olvidó de todo. Se sentó en el pórtico; sus amigos le imitaron y empezaron a abrir los paquetes. Comieron hasta sentir malestar. Una hora después, cómodamente reclinados en el pórtico, sin apenas prestar atención a otra cosa que a la digestión, Danny preguntó en tono indiferente, como si estuviera hablando de un asunto remoto:

—¿Cómo empezó el fuego?

—No lo sabemos —explicó Pilón—. Fuimos a dormir y después empezó. Quizá tenemos enemigos.

—Quizá —dijo Pablo devotamente—, quizá Dios movió un dedo.

—¿Quién puede decir la causa de que Dios actúe como lo hace? —sentenció Jesús María.

Cuando Pilón le tendió el sujetador y le explicó que era un obsequio para la señora Morales, Danny dio muestras de reserva. Examinó la prenda con cierto escepticismo. Creyó que sus amigos pretendían adular a su vecina.

—No hay que hacer regalos a las mujeres —dijo finalmente—. Muchas veces ocurre que estamos atados a una mujer por las medias de seda que le regalamos.

No podía revelar a sus amigos que sus relaciones con la señora Morales se habían enfriado desde que era propietario de una sola casa; ni podía, por atención a su amante, describir el placer que le inspiraba aquella frialdad.

—Voy a guardar esta cosita —dijo—. Algún día puede ser de utilidad para alguien.

Al llegar la tarde, cuando oscureció, entraron en la casa y encendieron un fuego con piñas en la estufa. En prueba de

clemencia, Danny sacó un cuarto de grappa y lo degustó con sus amigos.

Iniciaban sin asperezas una nueva vida.

—Pobre señora Morales: se le han muerto todas las gallinas —comentó Pilón.

Ni siquiera aquello era una traba para la felicidad.

—Va a comprar el lunes dos docenas más —dijo Danny.

Pilón sonrió, satisfecho.

—Las que tenía la señora Soto no eran buenas —dijo—. Le dije que necesitaban conchas de ostra, pero ella no me hizo caso.

Terminaron el cuarto de licor, que fue suficiente para suscitar la dulzura del compañerismo.

—Es bueno tener amigos —dijo Danny—. Qué solo se está en el mundo sin un amigo con el que sentarse y compartir la bebida.

—O los bocadillos —agregó Pilón rápidamente.

Pablo no había vencido del todo sus remordimientos, pues sospechaba el verdadero estado de la política celestial que había provocado la destrucción de la casa.

—Hay pocos amigos como tú en el mundo, Danny. No todos poseen un consuelo tan grande.

Antes de que Danny se rindiera por completo al amor de sus amigos, les hizo una advertencia.

—No quiero ver a ninguno metido en mi cama. Eso es algo que me reservo para mí solo.

Aunque nadie había hablado de ello, los cuatro sabían que iban a vivir en la casa de Danny.

Pilón dio un suspiro de placer. Se había acabado la inquietud del alquiler; terminada la responsabilidad de las deudas. Ya no era inquilino, sino huésped. Agradeció mentalmente el incendio de la otra casa.

—Seremos felices aquí, Danny —dijo—. De noche nos sentaremos junto al fuego y nuestros amigos vendrán a visitarnos. Y a veces quizá tengamos un vaso de vino para brindar por nuestra amistad.

Entonces Jesús María, en un arranque de agradecimiento, formuló una promesa temeraria. Fue culpa del grappa, de la noche del incendio y de todos los huevos que había comido. Estimó que había recibido grandes dones y quiso conceder uno.

—Será nuestra responsabilidad y nuestro deber que en esta casa nunca falte comida para Danny —declaró—. Nuestro amigo nunca pasará hambre.

Pilón y Pablo le miraron con alarma, pero la cosa ya estaba consumada; una promesa generosa y bella. Ningún hombre podría destruirla impunemente. Incluso Jesús María comprendió, después de haberla hecho, la magnitud de su declaración. Sólo cabía confiar en que Danny la olvidase.

«Porque si hay que cumplir esa promesa —se dijo Pilón para sus adentros—, será peor que la renta. Será una esclavitud».

—¡Lo juramos, Danny! —dijo.

Se sentaron en torno a la cocina con lágrimas en los ojos, y el amor que cada cual sentía por los otros era casi insoportable.

Pablo se limpió los ojos con el dorso de la mano y repitió la observación de Pilón:

—Seremos muy dichosos viviendo aquí.

7

De cómo los amigos de Danny se convirtieron en hacedores de bien, y de cómo socorrieron al pobre pirata.

Gran número de personas veía al Pirata diariamente, y algunos se reían de él, otros le compadecían; pero nadie le conocía bien ni se entrometía en sus asuntos. Era un hombre enorme y corpulento, con una tremenda y tupida barba negra. Vestía tejanos y una camisa azul, y no usaba sombrero. En ciudad iba calzado. Había en su mirada un temor oculto cuando abordaba a una persona adulta, la mirada secreta de un animal que intentaría alejarse si se atreviera a dar la espalda el tiempo necesario. A causa de esa mirada, los paisanos de Monterrey sabían que la cabeza del Pirata no había crecido al mismo ritmo que el resto de su cuerpo. Le llamaban Pirata debido a su barba. Todos los días la gente le veía empujando por las calles su carreta de leña hasta que terminaba de vender su mercancía. Y una jauría de cinco perros iba siempre tras sus pasos.

Enrique parecía más que nada un perro de caza, aun cuando su rabo fuese frondoso. Pajarito era marrón y rizado, únicas cosas que se podían ver de él. Rudolph era un perro del que los transeúntes comentaban: «Es un perro americano». Fluff era un doguillo y Señor Alec Thompson parecía un tipo de terrier. Caminaban en escuadra detrás del Pirata, muy respetuosos con su amo, muy devotos de su bienestar. Cuando se sentaba a descansar del peso de la carreta,

los cinco perros trataban de subirse a sus rodillas para que les rascara las orejas.

Algunos le habían visto en Alvarado Street a primeras horas de la mañana; otros le habían visto cortando madera; cierta gente sabía que vendía leña; pero sólo Pilón conocía todas las actividades del Pirata. Pilón conocía a todo el mundo y lo sabía todo sobre cada persona.

El Pirata vivía en un gallinero abandonado, en el patio de una casa deshabitada de Tortilla Flat. Le hubiera parecido osado albergarse dentro de la misma casa. Los perros vivían en torno y encima de él, y a su amo le gustaba, pues los animales le daban calor las noches más recias. Si tenía los pies fríos, le bastaba con ponerlos contra la panza de Señor Alec Thompson. El gallinero era tan bajo que el Pirata tenía que reptar sobre las manos y las rodillas.

Cada mañana, temprano, mucho antes de que amaneciera, salía arrastrándose de su gallinero y los perros le seguían, sacudiendo sus lanas y estornudando en el aire frío. La comitiva bajaba a Monterrey y recorría una callejuela. La puerta trasera de cuatro o cinco restaurantes daba a esa calleja. El Pirata entraba en la cocina de cada restaurante, lugar acogedor y oloroso a comida. En todos estos sitios, cocineros gruñones le entregaban paquetes de sobras. Ellos mismos ignoraban por qué hacían tal cosa.

Cuando el Pirata había visitado todas las puertas y tenía los brazos llenos de paquetes, subía la pendiente hacia Munroe Street y entraba en un solar vacío. Los perros, agitados, se arremolinaban en torno a su amo. Abría los paquetes y alimentaba a los perros. Él comía pan o un pedazo de carne de cada paquete, pero nunca escogía lo mejor para sí mismo. Sentados en derredor, los animales se lamían nerviosamente las fauces y movían las patas esperando la comida. Nunca se peleaban por el alimento, lo que en verdad resultaba sorprendente. Los perros del Pirata nunca se peleaban entre ellos, pero atacaban a cualquier otra criatura que vagase a cuatro patas por las calles de Monterrey. Era magnífico ver juntos a los cinco, fox terriers de caza y pomeranias del tamaño de conejos.

Había amanecido cuando acababa el almuerzo. El Pirata se sentaba en el suelo y contemplaba el cielo, que se volvía azul al nacer la mañana. A sus pies veía a las goletas hacerse a la mar con su cargamento de madera en la cubierta. Oía el dulce tañido de las boyas de campana más allá de China Point. Alrededor de él, los perros roían los huesos. En lugar de ver el día, el Pirata parecía escucharlo, pues sus ojos permanecían inmóviles, pero toda su persona tenía un aire de alerta. Posaba sus manazas en los perros y sus dedos, sedantes, jugueteaban con el áspero pelaje. Al cabo de una media hora, iba a la esquina del solar, quitaba la cubierta de sacos de su carreta y desenterraba su hacha de la tierra donde la sepultaba todas las noches. Luego empujaba colina arriba la carreta, entraba en los bosques y se detenía cuando hallaba un árbol muerto rebosante de madera. Hacia mediodía ya había recogido una buena carga de excelente leña; después, con los perros a la espalda, recorría las calles hasta haber vendido por veinticinco centavos todo el cargamento.

No era imposible observar todo esto, pero nadie sabía cuál era el destino del cuarto de dólar. Nunca lo gastaba. De noche, a salvo de peligros gracias a los perros, se internaba en el bosque y escondía la moneda diaria al lado de otras muchas. En algún lugar guardaba un gran tesoro.

Hombre perspicaz para quien ningún detalle de la vida de sus convecinos escapaba, Pilón, que se deleitaba doblemente descubriendo los secretos enterrados muy hondo en el cerebro de sus conocidos, descubrió que el Pirata tenía un tesoro por medio de un proceso deductivo. Razonó de esta manera: «Todos los días el Pirata gana un cuarto. Si este cuarto consta de dos monedas de veinte y una de cinco centavos, las lleva a una tienda y lo cambia por una sola de veinticinco. Nunca gasta un centavo. Por lo tanto, tiene que esconderlo».

Trató de calcular la magnitud del tesoro. El Pirata había vivido así durante años. Cortaba leña seis días a la semana; el séptimo iba a la iglesia. Conseguía su ropa en la puerta trasera de las casas, y

la comida en la puerta de atrás de los restaurantes. Pilón se enredó con las cifras un rato, y luego se dio por vencido. «El Pirata —pensó — tiene que tener por lo menos cien dólares».

Había reflexionado sobre el tema durante largo tiempo. Pero aquel tesoro ajeno sólo adquirió para él personal importancia después de la insensata y entusiástica promesa de alimentar a Danny.

Antes de atacar el asunto a fondo. Pilón aplicó su pensamiento a largos y pasmosos preparativos. Lo sentía mucho por el Pirata. «Pobre hombre, adulto a medias», se dijo. «Dios no le ha dado el seso necesario. El pobrecillo no sabe cuidar de sí mismo. Veamos, vive en un sitio sucio, en un viejo gallinero. Se alimenta de sobras para perros. Sus ropas son delgadas y andrajosas. Y como carece de una buena cabeza, esconde el dinero».

Y una vez asentados los cimientos de piedad, Pilón pasó a estudiar la solución. «¿No sería algo meritorio», pensó, «hacer en su lugar las cosas que él no puede? ¿Comprarle ropa que abrigue, procurarle un sustento apropiado para un ser humano? Pero», se recordó a sí mismo, «no tengo dinero para hacer tales cosas, aunque me torturan el alma. ¿Cómo llevar a cabo esas obras de caridad?».

Su razonamiento ya llevaba buen rumbo. Al igual que un gato que durante una hora acecha a un gorrión, Pilón estaba listo para dar el salto. «¡Ya lo tengo!», exclamó su mente. «Es así: el Pirata tiene dinero, pero le falta inteligencia para usarlo. ¡Yo tengo las ideas! Pondré mi cabeza a su servicio. Le ofreceré gratuitamente mi cerebro. Esa será mi obra de caridad con ese pobrecillo a medio terminar».

Era una de las más grandiosas construcciones lógicas que Pilón había erigido. Le invadió el apremio que siente un artista por enseñar a un público su obra. «Se lo diré a Pablo», pensó. Luego se preguntó si era prudente hacerlo. ¿Pablo era estrictamente honrado? ¿No intentaría distraer parte de ese dinero para sus propios fines? Pilón decidió no correr el riesgo en aquel momento.

Es sorprendente descubrir que el anverso de toda acción negra y malvada es blanco como la nieve. Y entristecedor averiguar que los miembros ocultos de los ángeles son carne leprosa. Honor y paz a Pilón, pues había descubierto la manera de enseñar y revelar al mundo la bondad que subyace en toda cosa perversa. No es que fuese ciego, como muchos santos, a la maldad de las cosas buenas. Hay que admitir con tristeza que carecía de la estupidez, el fariseísmo y la avidez de recompensa necesarios para llegar a ser santo. A Pilón le bastaba hacer el bien y hallar su premio en el resplandor de la fraternidad humana consumada.

Esa misma noche realizó una visita al gallinero donde el Pirata vivía con sus perros. Danny, Pablo y Jesús María, sentados junto al fuego de la cocina, le vieron marcharse y no dijeron nada. Pensaban con delicadeza que o bien el soplo del amor le había herido o bien sabía dónde agenciarse un poco de vino. En cualquiera de los casos, no era asunto suyo hasta que Pilón les hablara de ello.

Hacía rato que había atardecido, pero Pilón llevaba una vela en el bolsillo, porque podía ser oportuno mirar la expresión del Pirata mientras conversaban. Además, llevaba en una bolsa una galleta redonda de azúcar que Susie Francisco, empleada de una panadería, le había dado a cambio de una fórmula para conquistar el amor de Charlie Guzmán. Charlie era recadista de telégrafos y circulaba en una motocicleta; y Susie tenía una gorra de hombre para ponerse con la visera hacia atrás por si Charlie le invitaba a dar una vuelta en moto. Pilón pensó que el Pirata aceptaría la galleta de azúcar.

La noche era muy oscura. Pilón siguió caminando a lo largo de una estrecha callejuela orillada de solares vacíos y jardines descuidados, invadidos de maleza.

El bulldog fiero de Gálvez salió gruñendo del patio de su amo y Pilón le dedicó cumplidos apaciguadores.

—Bonito perro —le dijo con dulzura—. Precioso perro.

Ambas cosas eran evidentes mentiras que, en definitiva, impresionaron al perro, pues se retiró al patio de Gálvez.

Llegó por fin a la propiedad abandonada donde vivía el Pirata. Y ahora tendría que andarse con tiento, pues era bien sabido que sus perros se convertían en furiosos defensores si sospechaban que alguien proyectaba hacer daño a su dueño. Cuando Pilón entró en el patio, oyó gruñidos profundos y amenazadores dentro del gallinero.

—Pirata —llamó—, soy tu buen amigo Pilón, que viene a hablar contigo.

Hubo un silencio. Los perros dejaron de gruñir.

—Pirata, soy Pilón.

Una voz honda y desabrida le respondió:

—Márchate. Estoy durmiendo. Los perros están durmiendo. Es de noche. Vete a la cama.

—Tengo una vela en el bolsillo —dijo Pilón—. Veremos como si fuera de día en tu casa oscura. También he traído para ti una gran galleta de azúcar.

Un débil arrastrar de pies se oyó en el gallinero.

—Adelante, pues —dijo el Pirata—. Les diré a los perros que no pasa nada.

Conforme se abría paso a través de los hierbajos, alcanzó a oír que el otro hablaba tiernamente a sus perros, explicándoles que sólo era Pilón, que era inofensivo. Pilón se agachó delante del oscuro pasillo, prendió una cerilla y encendió la vela.

El Pirata se había sentado en el suelo sucio, rodeado por los perros. Enrique gruñó de nuevo y hubo que tranquilizarle.

—Éste no es tan juicioso como los demás —bromeó el Pirata. Sus ojos tenía la mirada complacida de un niño que se divierte. Al sonreír, sus grandes dientes blancos brillaron a la luz de la bujía.

Pilón le tendió la bolsa.

—Te traigo una rica golosina —dijo.

El Pirata cogió la bolsa y miró dentro; sonrió, encantado, y sacó el dulce. Los perros enseñaron los dientes, se colocaron ante él, movieron las patas y se lamieron las fauces. El Pirata rompió la galleta en siete pedazos. El primero fue para Pilón, que era su huésped.

—Éste es para Enrique —enumeró—. Ahora para Fluff. Y éste para Señor Alec Thompson.

Cada animal recibió su trozo, lo engulló de un bocado y pidió más. El Pirata comió el último pedazo y enseñó las manos a sus perros.

—Ya veis que no hay más —les dijo. Inmediatamente, los perros se tumbaron.

Pilón se sentó en el suelo y colocó la vela delante de él. El Pirata le examinó tímidamente. Pilón guardaba silencio, dejando que numerosas preguntas acosaran la mente de su interlocutor. Por fin dijo:

—Tienes preocupados a tus amigos.

El asombro empañó la mirada del Pirata.

—¿Yo? ¿A mis amigos? ¿A qué amigos?

Pilón suavizó la voz.

—Tienes muchos amigos que piensan en ti. No vienen a verte porque eres muy orgulloso. Tienen miedo de herir tu orgullo si les dejas ver que vives en este gallinero, vestido con harapos y comiendo la misma basura que tus perros. Pero esos amigos tuyos temen que la mala vida te haga caer enfermo.

El Pirata seguía sus palabras sin resuello, atónito, y su cerebro intentaba asimilar las nuevas cosas que estaba oyendo. No se le ocurrió dudar, puesto que era Pilón quien las decía.

—¿Tengo muchos amigos? —preguntó, maravillado—. Y yo sin enterarme. Y están preocupados por mí. No lo sabía, Pilón. No les hubiera preocupado si llego a saberlo. —Tragó saliva para digerir la emoción—. Ya ves, Pilón, a los perros les gusta vivir aquí. Y a mí me gusta porque les gusta a ellos. No había pensado que mis amigos se preocupasen por mí.

Lágrimas asomaron a los ojos del Pirata.

—Sin embargo —dijo Pilón—, tu modo de vida tiene inquietos a todos tus amigos.

El Pirata miró al suelo y trató de razonar con claridad; como de costumbre, cuando intentaba afrontar un problema, se le nublaba el

cerebro y no sacaba en limpio más que un sentimiento de impotencia. Miró a sus perros en busca de protección, pero la jauría había vuelto a dormirse, porque todo aquello no era de su incumbencia. Después dirigió a su visitante una mirada sincera.

—Tienes que decirme lo que debo hacer, Pilón. No entiendo de estas cosas.

Era demasiado fácil. A Pilón le avergonzaba un poco que todo fuera tan fácil. Vaciló; casi desistió de su propósito; pero sabía que si renunciaba se enfadaría consigo mismo.

—Tus amigos son pobres —dijo—. Les gustaría ayudarte, pero no tienen dinero. Si tú tienes dinero escondido, sácalo de su escondrijo. Cómprate algo de ropa. Come cosas que no hayan tirado otras personas. Saca el dinero de tu escondrijo, Pirata.

Pilón había estado mirando intensamente la cara del Pirata mientras le dirigía la palabra. Leyó en sus ojos primero sospecha y después malhumor. Al instante Pilón supo dos cosas con certeza: que el Pirata tenía dinero escondido; y que arrebatárselo no iba a ser fácil empresa. Le complacía esto último. El Pirata se había convertido en un problema táctico de los que Pilón disfrutaba resolviendo.

El Pirata le examinaba de nuevo, y en su mirada, más allá de la astucia, se advertía ahora una ingenuidad premeditada.

—No tengo dinero en ninguna parte —dijo.

—Pero, amigo mío, te he visto ganar un cuarto diario vendiendo tu leña, y nunca te he visto gastarlo.

Esta vez la mente del Pirata acudió en su ayuda.

—Se lo doy a una pobre anciana —dijo—. No tengo dinero en ninguna parte.

Y habló con un tono que cerraba de golpe la puerta del tema.

«Tiene que ser un engaño», pensó Pilón. De modo que aquellos dones que él poseía en alto grado tenían que entrar en juego. Se levantó y alzó la vela.

—Sólo quería decirte lo mucho que se preocupan tus amigos —dijo críticamente—. Si tú no cooperas, no puedo hacer nada por ti.

La dulzura retornó a los ojos del Pirata.

—Diles que estoy sano —suplicó—. Di a mis amigos que vengan a verme. No seré tan orgulloso. Diles que me encantará verles en cualquier momento. ¿Se lo dirás de mi parte, Pilón?

—Se los diré —dijo Pilón bruscamente—. Pero tus amigos no estarán contentos cuando vean que no haces nada por suprimir su inquietud.

Pilón apagó la vela y salió a la oscuridad. Sabía que el Pirata nunca revelaría dónde estaba el tesoro. Había que hallarlo a hurtadillas, arrebatárselo por la fuerza y después proporcionarle todos aquellos beneficios. Era la única forma.

A partir de entonces se dedicó a vigilar al Pirata. Le siguió al bosque cuando iba a cortar madera. Se emboscó de noche fuera del gallinero. Dialogó con él larga y sinceramente, pero no hizo progresos. El tesoro estaba más lejos que nunca. O estaba enterrado en el gallinero o bien escondido en el fondo del bosque y el Pirata solamente iba a verlo por la noche.

Las largas e infructuosas vigilias agotaron la paciencia de Pilón. Sabía que necesitaba ayuda y consejo. ¿Y quién más indicado para dárselos que sus camaradas Danny, Pablo y Jesús María? ¿Quiénes más embaucadores, más sigilosos? ¿Quién sabía ablandarse hasta la amabilidad con mayor destreza?

Pilón se confió a ellos; pero antes les preparó del mismo modo que se había preparado a sí mismo: la pobreza del Pirata, su desamparo, y finalmente… la solución. Cuando llegó a ella, sus amigos ya experimentaban un frenesí filantrópico. Le aplaudieron. Sus caras rezumaban bondad. Pablo opinó que el tesoro bien podía superar los cien dólares.

Cuando su júbilo desembocó en un activo entusiasmo, concibieron planes.

—Tenemos que vigilarle —dijo Pablo.

—Ya le he vigilado yo —arguyó Pilón—. Seguramente sale de noche sigilosamente, y en ese caso no podemos seguirle de muy

cerca, pues sus perros le guardan como diablos. No va a ser tan fácil.

—¿Has utilizado todo tipo de argumentos? —preguntó Danny.

—Sí, todos los argumentos.

Al final fue Jesús María, el humanitario, quien dio con la solución.

—Es difícil mientras viva en ese gallinero —dijo—. Pero supongamos que viviera aquí, con nosotros. Nuestra bondad rompería su silencio, o por lo menos sería más sencillo saber dónde va por la noche.

Los amigos reflexionaron mucho sobre esta sugerencia.

—A veces las cosas que le dan en los restaurantes están casi enteras —dijo Pablo, pensativo—. Yo le he visto una vez con un filete del que sólo faltaba un pedazo.

—Debe de tener como doscientos dólares —dijo Pilón.

Danny puso una objeción.

—Los perros —dijo—. Traería a sus perros.

—No son malos —dijo Pilón—. Le obedecen en todo. Puedes trazar una línea en una esquina y decirle: «Que tus perros no salgan de aquí». Se lo dirá y ellos le harán caso.

—Yo le vi una mañana y tenía casi la mitad de un pastel, con un pedacito untado en café —dijo Pablo.

La cuestión se resolvió por sí misma. La casa se constituyó en comité y el comité visitó al Pirata.

Cuando todos entraron, el gallinero se convirtió en un lugar muy concurrido. El Pirata intentó disimular su dicha con una voz ronca.

—Ha hecho mal tiempo —dijo, sociable—. Quizá no lo creáis, pero he encontrado una garrapata tan grande como una paloma en el cuello de Rudolph. —Habló despectivamente de su propia casa, como debe hacer un anfitrión—. Es muy pequeña —dijo—. No es un lugar adecuado para que los amigos vengan a verme. Pero es caliente y confortable, sobre todo para los perros.

Entonces Pilón tomó la palabra. Dijo al Pirata que la preocupación estaba matando a sus amigos; pero que si él iba a

vivir con ellos en casa de Danny, entonces volverían a dormir con la conciencia tranquila.

La propuesta sobresaltó grandemente al Pirata. Se miró las manos. Acudió a los perros en busca de consuelo, pero los animales no respondieron a su mirada. Por fin se enjugó con el dorso de la mano las lágrimas de felicidad que manaban de sus ojos, y se secó a su vez la mano en su espesa barba negra.

—¿Y los perros? —preguntó suavemente—. ¿También vendrán los perros? ¿Sois amigos de los perros?

Pilón asintió.

—Sí, también ellos. Tendrán a su disposición toda una esquina.

El Pirata era un hombre muy orgulloso. Tenía miedo de no comportarse bien.

—Ahora marchaos —imploró—. Id a casa. Yo iré mañana.

Sus amigos sabían cómo se sentía. Salieron a gatas por la puerta y le dejaron solo.

—El muchacho será feliz con nosotros —dijo Jesús María.

—Pobre hombrecillo solo —añadió Danny—. Si lo hubiera sabido, le habría invitado hace mucho tiempo, aunque no tuviera ese tesoro.

Una llamarada de júbilo ardía en el interior de los amigos.

Pronto iniciaron la nueva relación. Con un pedazo de tiza azul, Danny dibujó un segmento de círculo que encerraba una esquina del cuarto de estar: era el lugar asignado a los perros siempre que estuvieran en la casa. El Pirata dormía con ellos en la misma esquina.

La vivienda empezaba a estar algo atestada, con cinco hombres y cinco perros; pero desde el principio Danny y sus amigos se percataron de que la invitación al Pirata había sido inspirada por el inquieto y extenuado ángel que guardaba sus destinos y les protegía del mal.

Todas las mañanas, mucho antes de que sus amigos se hubieran despertado, el Pirata se levantaba de su esquina y rondaba, acompañado de sus perros, los restaurantes y los

embarcaderos. Era una de esas personas que despierta la bondad del prójimo. Sus recolecciones eran cada vez más grandes. Los paisanos recibían los dones de su liberalidad y hacían uso de ellos: pescado fresco, mitades de pasteles, barras intactas de pan duro y carne que perdía el color verde con ayuda de un poco de soda. Empezaban a vivir como es debido.

Y la aceptación de sus ofrendas conmovió al Pirata mucho más que cualquier cosa que hubieran hecho por él. Había en sus ojos un brillo de idolatría cuando les veía comer los alimentos que les aportaba.

De noche, cuando se sentaban en torno a la cocina y comentaban las cosas de Tortilla Flat con la voz perezosa de dioses cebados, los ojos del Pirata viajaban de una boca a otra, y sus propios labios se movían susurrando las palabras que los otros pronunciaban. Los perros, celosos, se apretujaban en derredor de su amo.

Eran sus amigos, se decía a sí mismo por las noches, cuando la casa estaba ya a oscuras y sus cinco guardianes, pegados a él, le abrigaban para estar todos calientes. Aquellos hombres le amaban hasta el punto de que no querían dejarle vivir solo. El Pirata tenía que repetírselo a menudo, porque el hecho para él era asombroso, una cosa increíble. Su carreta ahora estaba en el patio de Danny, y todos los días cortaba madera y la vendía. Pero tenía tal temor de perderse alguna palabra de las que sus amigos decían de noche, tenía tanto miedo de no estar presente para absorber el raudal de su cálido compañerismo, que durante varios días no visitó su tesoro para incrementarlo con las nuevas monedas.

Sus anfitriones eran amables con él. Le trataban con dulce cortesía; pero siempre había un ojo vigilante que no le perdía de vista. Cuando transportaba su carreta a los bosques, uno de los amigos caminaba a su lado y se sentaba en un leño mientras él trabajaba. Cuando iba al barranco, último quehacer de la jornada, Danny, Pablo, Pilón o Jesús María le hacían compañía. Y a la noche

tendría que haber sido muy sigiloso para deslizarse fuera sin que una sombra le siguiera los pasos.

Durante una semana los amigos se limitaron a vigilar al Pirata. Finalmente la inactividad les fatigó. La acción directa estaba descartada, desde luego. Así pues, una noche salió a relucir el tema de la conveniencia de esconder el dinero propio.

Pilón abrió la charla.

—Yo tenía un tío, un auténtico avaro, que escondía su oro en los bosques. Una vez fue a buscarlo y había desaparecido. Alguien lo había descubierto y se lo había robado. Por entonces ya era un hombre viejo, y al perder todo su dinero se ahorcó.

Pilón advirtió con cierta satisfacción la mirada aprensiva que brotaba del rostro del Pirata.

Danny también lo notó, y dijo a continuación:

—El *viejo*, mi abuelo, el dueño de esta casa, también enterraba el dinero. No sé cuánto tenía, pero tenía fama de ser hombre rico, así que debía de tener tres o cuatrocientos dólares. El viejo cavó un hoyo profundo y metió allí su dinero. Luego lo tapó y esparció por encima agujas de pino hasta que pensó que nadie sabría lo que había hecho. Pero cuando volvió, el hoyo estaba abierto y no estaba el dinero.

Los labios del Pirata seguían las palabras. En su rostro había una expresión de terror. Sus dedos escarbaban el pelo del cuello de Señor Alec Thompson. Los amigos intercambiaron miradas y abandonaron el tema de momento. Empezaron a hablar de la vida amorosa de Cornelia Ruiz.

Esa noche el Pirata se deslizó a hurtadillas fuera de la casa, y los perros salieron sigilosos en pos de su amo, y Pilón siguió en silencio los pasos de todos ellos. El Pirata se adentró velozmente en el bosque, saltando con paso seguro por encima de malezas y maderos. Pilón le seguía con dificultad. Al cabo de dos millas estaba jadeante y lleno de rasguños por causa de las zarzas. Hizo una pausa para descansar; luego reparó en que ya no se oía ningún

sonido delante. Esperó, aguzó el oído e inspeccionó el paraje, pero el Pirata había desaparecido.

Dos horas más tarde, Pilón regresó lenta y fatigosamente. El Pirata estaba ya en casa, dormido en medio de sus perros. Los animales levantaron la cabeza cuando Pilón entraba, y por un momento le pareció que sonreían sarcásticamente.

A la mañana siguiente, tuvo lugar una deliberación en el barranco.

—No es posible seguirle —informó Pilón—. Se esfumó. Ve en la oscuridad. Conoce cada árbol del bosque. Tenemos que encontrar otra manera.

—Quizás uno no sea suficiente —indicó Pablo—. Si todos le siguiéramos, seguramente alguno no perdería su pista.

—Volveremos a hablar esta noche —dijo Jesús María—. Una señora que conozco va a darme algo de vino —añadió modestamente—. Tal vez si el Pirata tiene vino dentro no desaparezca tan fácilmente.

Quedó convenido. La amiga de Jesús María le dio un galón de vino. ¿Qué podría compararse al placer que esa noche experimentó el Pirata, cuando le pusieron en la mano un tarro de frutas colmado de vino y, sentado con los otros, dio sorbos de alcohol y escuchó la charla? Rara vez su vida había conocido tanto gozo. Anheló poder estrechar contra su pecho a amigos tan queridos y decirles cuánto les amaba. Pero no podía hacerlo, porque los demás acaso pensaran que estaba borracho. Ojalá pudiera realizar alguna proeza para mostrarles su amor.

—Ayer por la noche hablamos de enterrar dinero —dijo Pilón—. Hoy me acuerdo de un primo mío, un hombre muy listo. Si hay en el mundo una persona capaz de enterrar su dinero donde nadie pueda hallarlo, esa persona era él. Así que cogió su dinero y lo escondió. Quizá le hayáis visto: es ese hombrecillo que se arrastra por el muelle mendigando pescado para hacerse una sopa. Ese hombre es mi primo. Alguien le robó su dinero enterrado.

La inquietud retornó a la cara del Pirata.

Una historia siguió a otra, y en cada una de ellas toda clase de desgracias acechaban los pasos de quienes escondían su dinero.

—Más vale guardarlo cerca, gastar un poco de vez en cuando, dar a los amigos una parte —concluyó Danny.

Habían observado fijamente la reacción del Pirata, y en la mitad de la historia vieron que de su cara huía la pesadumbre, y una sonrisa de alivio la sustituía. Dio un trago de vino y sus ojos brillaron de júbilo.

Los amigos se desesperaron. Todos sus planes habían fracasado. Les venció el desaliento. Tanta bondad y caridad no rendía el menor fruto. De algún modo, el Pirata rechazaba indemne todo el bien que habían intentado transmitirle. Terminaron el vino y se fueron taciturnos a la cama.

Pocas cosas podían suceder de noche sin que Pilón se percatara. Sus oídos continuaban abiertos mientras los demás dormían. Captó la cautelosa huida del Pirata y sus perros. Dio un brinco para despertar a sus amigos; y al instante los cuatro seguían al fugitivo en dirección al bosque. Estaba muy oscuro cuando entraron en él. Chocaron contra árboles, tropezaron con zarzas, pero durante largo tiempo oyeron la marcha del Pirata por delante de ellos. Le siguieron hasta donde Pilón le había seguido la noche anterior, y entonces, de repente, se hizo el silencio, el bosque susurró y sopló un vago viento nocturno. Rastrearon el bosque y los senderos por entre matorrales, pero el Pirata se había evaporado.

Por fin, vencidos por el frío y el desconsuelo, iniciaron, agotados, el regreso a Monterrey. Amaneció antes de que llegaran. El sol ya brillaba en la bahía. El humo de las hogueras matutinas se elevó ante ellos al entrar en la ciudad.

El Pirata salió al pórtico a recibirles, y estaba feliz. Cruzaron ante él, malhumorados, y entraron en fila en el cuarto de estar. Encima de la mesa descansaba una gran bolsa de lona.

El Pirata entró tras ellos.

—Te mentí, Pilón —dijo—. Te dije que no tenía dinero porque estaba asustado. En aquel momento yo no sabía lo de mis amigos.

Has dicho que muchas veces roban el dinero escondido, y he vuelto a tener miedo. Hasta ayer por la noche no se me ocurrió la idea. Mi dinero estará a salvo con mis amigos. Nadie podrá robármelo si mis amigos lo guardan.

Los cuatro le miraron fijamente, horrorizados.

—Llévatelo al bosque y escóndelo —dijo Danny, ferozmente—. No queremos custodiarlo.

—No —dijo el Pirata—. No me sentiré seguro si lo escondo. Pero seré feliz sabiendo que mis amigos lo guardan. No me creeréis, pero las dos últimas noches alguien me siguió en el bosque para quitarme el dinero.

El golpe fue tan terrible que Pilón, hombre inteligente, trató de esquivarlo.

—Antes de poner el dinero en nuestras manos —dijo, zalamero —, quizá te gustaría retirar una parte.

El Pirata denegó con la cabeza.

—No. No puedo hacerlo. Lo he prometido. Tengo casi mil monedas de un cuarto. Cuando llegue a mil compraré un candelero de oro para San Francisco de Asís. Una vez tuve un lindo perro y se me puso enfermo. Y prometí un candelero de oro de mil días si se curaba. Y —extendió sus manazas— el animal se curó.

—¿Es uno de éstos? —preguntó Pilón.

—No —dijo el Pirata—. Un camión le atropello poco después.

Así que se esfumaba toda esperanza de hurtar el dinero. Danny y Pablo, hoscos, alzaron la pesada bolsa de monedas de plata, la llevaron a la otra habitación y la colocaron bajo la almohada del lecho de Danny. Al correr el tiempo, habría de procurarles cierto placer la idea de que aquel dinero descansaba debajo de la almohada, pero ahora experimentaban el amargor de la derrota. No podían hacer nada en absoluto. La oportunidad había llegado y se había ido.

De pie ante ellos, el Pirata vertió lágrimas de felicidad, porque había demostrado el amor que sentía por sus amigos.

—Pensar que todos estos años —dijo— he vivido en aquel gallinero sin conocer ningún instante agradable. Pero ahora —agregó—, oh, ahora soy muy feliz.

8

De cómo los amigos de Danny buscaron un tesoro místico la víspera de San Andrés, de cómo Pilón lo halló, y de cómo, más tarde, un par de pantalones de sarga cambió dos veces de dueño.

De haber sido un héroe, Big Joe hubiera pasado una infortunada época en el ejército. El hecho de ser Big Joe Portagee, con un razonable entrenamiento en la cárcel de Monterrey, no sólo le salvó de la desgracia de un patriotismo frustrado, sino que consolidó su convicción de que, por lo mismo que los días de un hombre están debidamente consagrados la mitad al sueño y la otra mitad a la vigilia, es correcto que pase la mitad de sus años en la cárcel y la otra mitad fuera. Mientras duró la guerra, Joe Portagee pasó mucho más tiempo entre rejas que libre.

En la vida civil, se castiga a un hombre por las cosas que hace; el código militar añade a esta norma un nuevo principio: también se le castiga por lo que no hace. Joe Portagee nunca lo entendió. No limpiaba su fusil, no se afeitaba; y una o dos veces, estando de permiso, no regresó al cuartel. A estos puntos flacos, Big Joe sumaba su proclividad a la discusión cordial de las tareas que le encomendaban.

Por lo general estuvo encerrado la mitad del tiempo; de los dos años que pasó en el ejército, dieciocho meses los vivió en el calabozo. Y no estaba en absoluto conforme con la vida carcelaria

en el ejército. En la prisión de Monterrey se había habituado a la comunidad y al compañerismo. En el ejército sólo encontró trabajo. En Monterrey jamás le acusaron de otra cosa que de Embriaguez y Conducta Desordenada. Las acusaciones castrenses le desconcertaron de tal manera que el efecto causado en su cerebro fue probablemente permanente.

Cuando acabó la guerra y todas las tropas fueron licenciadas, a Big Joe le quedaban todavía seis meses de condena. La acusación era la siguiente: emborracharse estando de servicio. Y golpear a un sargento con una lata de queroseno. Y negar su identidad (no lograba recordarla, de modo que negó todo). Y robar dos galones de judías blancas. Y ausentarse sin permiso en el caballo del comandante.

De no haber sido firmado el armisticio, posiblemente le hubieran fusilado. Retornó a Monterrey mucho después de la vuelta de los demás veteranos, que para entonces ya habían consumido las dulzuras de la victoria.

Cuando Big Joe saltó del tren, llevaba abrigo y guerrera del ejército y un par de pantalones azules de sarga.

La ciudad no había cambiado mucho, excepto por la Ley Seca; y esta ley no había alterado las de Torrelli. Joe trocó su abrigo por un galón de vino y se fue a buscar a sus amigos.

Aquella noche no encontró amigos verdaderos, pero en Monterrey no le faltó la compañía de esas viles y falsas arpías y esos chulos que siempre están dispuestos a dejar a un hombre en el arroyo. Hombre de moralidad más bien escasa, Joe no sentía repulsión por el arroyo: le gustaba.

Antes de que transcurrieran muchísimas horas se quedó sin vino y sin un centavo; y entonces las arpías intentaron sacarle del arroyo, pero Joe se negó. Se sentía a gusto allí.

Cuando trataron de sacarle por la fuerza, Big Joe, con una cólera justa y terrible, rompió todos los muebles y todas las ventanas, lanzó a la calle, medio desvestidas, a muchachas que gritaban; y luego, como si se tratara de una tardía ocurrencia, prendió fuego a la casa.

No era cosa prudente inducir a Joe a la tentación: no le ofrecía la menor resistencia.

Finalmente intervino un policía que se hizo cargo de él. Joe Portagee suspiró de dicha. Por fin volvía al hogar.

Tras un breve juicio sin jurado, en que fue condenado a treinta días, Joe se tendió sensualmente en su catre de cuero y durmió con pesado sueño la décima parte de su sentencia.

Le gustaba la cárcel de Monterrey. Allí se conocía gente. Si permanecía el tiempo necesario, todos sus amigos entraban o salían. El tiempo transcurrió rápidamente. Estaba un poco triste cuando tuvo que irse, pero la certeza de que era fácil volver atemperó su tristeza.

Le hubiera gustado yacer de nuevo en mitad del arroyo, pero carecía de vino y de dinero. Recorrió las calles buscando a sus amigos. Pilón, Pablo y Danny, pero no pudo encontrarlos. El sargento de la policía le dijo que hacía mucho tiempo que no les hospedaba.

«Deben de estar muertos», pensó Big Joe.

Caminó melancólico hasta casa de Torrelli, pero éste no era hombre amistoso con la gente sin dinero ni bienes que pudieran canjearse, y poco consuelo procuró a Big Joe. Pero le dijo que Danny había heredado una casa en Tortilla Flat, y que todos sus amigos vivían allí con él.

Le ganó el afecto y el deseo de ver a sus amigos. Al llegar la noche ascendió la colina hacia Tortilla Flat para encontrar a Danny y a Pilón. Había oscurecido mientras subía por la calle, y en el camino topó con Pilón, que iba muy de prisa, como alguien atareado.

—Qué hay, Pilón. Ahora mismo iba a verte.

—Hola, Joe Portagee. —Pilón habló bruscamente—. ¿Dónde has estado?

—En el ejército —dijo Joe.

Pilón tenía la cabeza en otra parte.

—Tengo que irme —dijo.

—Te acompaño.

Pilón se detuvo y escrutó su cara.

—¿Recuerdas qué noche es hoy?

—No. ¿Qué es?

—Víspera de San Andrés.

Y entonces el *portagee* cayó en la cuenta, pues era la noche en que todos los paisanos que no estuviesen presos vagaban nerviosamente por el bosque. Era la noche en que todo tesoro enterrado despedía un débil resplandor fosforescente a ras de suelo. Y había montones de tesoros en el bosque. Monterrey había sido invadida muchas veces en el curso de doscientos años, y en cada ocasión se habían sepultado objetos de valor.

Era una noche clara. Pilón había emergido de su dura concha cotidiana, como solía hacer de cuando en cuando. Esa noche se había vuelto idealista, donante de obsequios. Esa noche se había comprometido en una misión de bondad.

—Puedes venir conmigo, Big Joe Portagee, pero si encontramos un tesoro yo decidiré lo que hacer con él. Si no estás de acuerdo, puedes ir por tu cuenta y buscar tú solo.

Big Joe no era un experto en dirigir sus propios esfuerzos.

—Te acompañaré —dijo—. El tesoro me tiene sin cuidado.

Sobrevino la noche mientras se internaban en la floresta. Sus pies hollaron capas de agujas de pino. Ahora Pilón sabía que era una noche perfecta. Una niebla alta cubría el firmamento, y detrás de ella brillaba la luna, y en consecuencia una luz vaporosa alumbraba el bosque. No existían esos nítidos contornos que exigimos a la realidad. Los troncos de los árboles no eran negras columnas de madera, sino suaves e inconsistentes sombras. Las zonas de maleza eran informes y se desplazaban en la extraña luz. Los fantasmas hubieran podido errar libremente, sin temor a la incredulidad humana, pues la noche estaba hechizada, y sólo un hombre insensible no lo hubiera notado. De trecho en trecho, Pilón y Big Joe se cruzaban con otros buscadores que deambulaban inquietos, zigzagueando entre pinos. Agachaban la cabeza, se movían en silencio, no se saludaban. ¿Quién podría saber si todos

ellos eran de verdad hombres vivos? Joe y Pilón sabían que algunos eran sombras de los difuntos que enterraron los tesoros y que, la víspera de San Andrés, regresaban a inspeccionar la tierra para comprobar que su tesoro estaba incólume. Alrededor del cuello, fuera de la ropa, Pilón llevaba un medallón del santo, y por eso no tenía miedo a los espíritus. Big Joe caminaba haciendo con los dedos la señal de la cruz. Aun en el caso de que estuvieran asustados, no ignoraban que tenían protección más que suficiente para encarar aquella noche sobrenatural.

Se levantó el viento mientras caminaban, y un soplo empujó la niebla hasta que atravesó la pálida luna como una fina estela de color gris agua. La móvil neblina prestó formas cambiantes a la arboleda, de modo que cada árbol se deslizaba, furtivo, y los matorrales se movían en silencio, como enormes gatos de tinieblas. Las copas de los árboles dialogaban con voz ronca, anunciaban fortunas y predecían muertes. Pilón sabía que no era prudente escuchar la charla de los árboles. Nada bueno deparaba el conocimiento del futuro; y además, su susurro era impío. Sus oídos no prestaron atención a la voz de los árboles.

Empezó a seguir una senda en zigzag a través del bosque, y Big Joe caminaba a su lado como un perrazo alerta. Hombres solitarios les dieron alcance y prosiguieron su ruta sin saludar siquiera; y los muertos desfilaban sin hacer ningún ruido, y se iban sin siquiera un saludo.

La sirena que anunciaba la niebla emitió un aullido en el *Point*, a sus pies, muy lejos, propagando su duelo por todos los buenos barcos que habían naufragado en el férreo arrecife, y por todos aquellos que allí perecerían algún día.

Pilón se estremeció y sintió frío, a pesar de que la noche era calurosa. Musitó en voz baja un avemaría.

Se cruzaron con un hombre gris que llevaba agachada la cabeza y no les dedicó un saludo.

Transcurrió una hora y Pilón y Big Joe seguían vagando tan impacientemente como los muertos que poblaban la noche.

Pilón se detuvo de repente. Su mano buscó el brazo de Big Joe.

—¿Lo ves? —susurró.

—¿Dónde?

—Ahí mismo, delante de nosotros.

—Sí, creo que sí.

A Pilón le parecía estar viendo una blanca columna de luz azulada que emergía brillante del suelo a unos diez metros de donde se hallaban.

—Big Joe —murmuró—, busca un par de palos de un metro o metro y medio. No quiero apartar la vista. Podría perderlo.

Se quedó como un perro de muestra mientras Big Joe se escabullía en busca de los palos. Pilón le oyó desgajar de un pino dos ramitas muertas. Y oyó los crujidos que hacía la madera mientras Big Joe desnudaba las ramas para cortar dos palos. Y Pilón seguía mirando con fijeza la pálida flecha de luz nebulosa. Era tan débil que a veces parecía desvanecerse del todo. A ratos no estaba en absoluto seguro de verla. No desvió los ojos cuando su compañero le puso las dos varas en la mano. Pilón las cruzó en ángulo recto y avanzó despacio, empuñando la cruz por delante de él. Conforme se acercaba, la luz pareció desvanecerse, pero descubrió su origen, una depresión perfectamente redonda en el suelo de agujas de pino.

Pilón extendió la cruz sobre la cavidad y dijo:

—Todo lo que aquí yace es mío por haberlo descubierto. Apartaos, espíritus malignos. Alejaos, espíritus de hombres que enterrasteis este tesoro, *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*.

Luego exhaló un gran suspiro y se sentó en el suelo.

—Lo hemos encontrado, oh, amigo mío, Big Joe —exclamó—. Lo he buscado durante muchos años y ahora lo he descubierto.

—Vamos a cavar —dijo Big Joe.

Pero Pilón movió con impaciencia la cabeza.

—¿Cuando todos los espíritus andan sueltos? ¿Cuando incluso estar aquí es peligroso? Eres un necio, Big Joe. Nos quedaremos sentados aquí hasta mañana; luego haremos una marca y mañana

por la noche cavaremos. Nadie puede ver la luz ahora que la he tapado con la cruz. Mañana por la noche ya no habrá peligro.

Se diría que la noche era más pavorosa ahora que estaban sentados sobre las agujas, pero la cruz emanaba un ardor santo y seguro, como una pequeña hoguera en la tierra. Y a semejanza de una hoguera sólo les calentaba por delante. Su espalda estaba expuesta al frío y a los seres malignos que pululaban por el bosque.

Pilón se levantó y trazó un gran círculo en torno a todo el paraje, y se hallaba dentro cuando terminó de dibujarlo.

—Que los seres malignos no crucen esta línea, en el Nombre del Siempre Santo Jesús —entonó. Luego se volvió a sentar. Ambos amigos se sintieron mejor. Alcanzaban a oír los pasos amortiguados de los cansados, errantes fantasmas; podían distinguir las lucecitas que despedían las formas transparentes conforme pasaban; pero su línea de protección era inexpugnable. Nada malo de este mundo o de cualquier otro podría traspasar el círculo.

—¿Qué vas a hacer con el dinero? —preguntó Big Joe.

Pilón le dirigió una mirada despectiva.

—Se ve que nunca has buscado un tesoro, Big Joe Portagee, pues no sabes lo que hacer con él. No puedo guardarlo para mí solo. Si lo busco para tratar de guardarlo, entonces el tesoro se hundirá y hundirá como una almeja en la arena, y jamás lo encontraré. No, así no sé hace. Desenterraré el tesoro para Danny.

Todo el idealismo de Pilón afloró entonces. Explicó a Big Joe lo bueno que Danny era con sus amigos.

—Y nosotros no hacemos nada por él —dijo—. No pagamos renta. A veces nos emborrachamos y rompemos los muebles. Peleamos con Danny cuando nos enfadamos y le llamamos cosas. Oh, somos muy malos, Big Joe. Y por eso todos, Pablo, Jesús María y el Pirata, hablamos y planeamos. Esta noche, todos estamos en el bosque buscando el tesoro. Y el tesoro será para Danny. Es tan bueno, Big Joe, tan amable; y nosotros somos tan malos. Pero si encontramos un gran saco de tesoros para él, entonces se pondrá

muy contento. He descubierto el tesoro porque mi corazón está exento de egoísmo.

—¿No podemos quedarnos con una parte? —Preguntó Big Joe, incrédulo—. ¿Ni siquiera para un galón de vino?

Ni una sola partícula del Pilón malo habitaba en Pilón aquella noche.

—¡No, ni un ápice de oro! ¡Ni siquiera un mínimo penique de cobre! Todo es para Danny, hasta la última pizca.

Joe estaba disgustado.

—He hecho todo el camino y ni siquiera voy a sacar para un vaso de vino —se lamentó.

—Cuando Danny tenga el dinero —dijo Pilón delicadamente—, es posible que compre un poco de vino. Claro está que no debemos sugerírselo, porque el tesoro es suyo. Pero yo creo que seguramente comprará algo de vino. Y entonces, si eres bueno con él, es posible que te ofrezca un vaso.

Big Joe se sintió reconfortado, porque conocía a Danny desde hacía mucho tiempo. Era posible que Danny comprase cantidad de vino.

La noche transcurrió sobre ellos. La luna se escondió y dejó en el bosque una oscuridad tenue. La sirena que avisaba de la niebla aullaba y aullaba. Durante toda la noche Pilón se mantuvo inmaculado. Predicó un poco a Big Joe como suelen hacerlo los conversos recientes.

—Vale la pena ser amable y generoso —dijo—. Hacer buenas acciones no sólo es construir una casa de gozo en el Paraíso, sino que aquí en la tierra también hay recompensa. Uno experimenta un ardor dorado y reluciente dentro, como una enchilada metida en el estómago. El Espíritu de Dios nos arropa con un abrigo tan suave como la piel de camello. No siempre he sido un buen hombre, Big Joe Portagee. Lo confieso con franqueza.

Big Joe lo sabía de sobra.

—He sido malo —prosiguió Pilón, en trance. Disfrutaba plenamente—. He mentido y robado. He sido lujurioso. He cometido

adulterio y tomado el nombre de Dios en vano.

—Yo también —dijo el otro.

—¿Y cuál fue el resultado, Big Joe? Me he sentido mezquino. He sabido que iría al infierno. Pero ahora ya veo que el pecador no es nunca tan malo que no merezca perdón. Aunque todavía no he ido a confesarme, siento que este cambio que se opera en mí complace al Señor, pues su Gracia me habita. Si tú también cambiaras tus hábitos, Big Joe, si dejaras de emborracharte y pelear y andar con esas chicas de casa de Dora Williams, tú también sentirías lo mismo que yo.

Pero su compañero se había dormido. Nunca permanecía despierto mucho tiempo cuando no andaba de un lado para otro.

La gracia no era ya tan evidente para Pilón si no podía hablar de ella a su camarada, pero vigiló sentado el lugar del tesoro mientras el cielo se tornaba grisáceo y el alba surgía detrás de la niebla. Vio cómo los pinos adquirían forma y emergían de la oscuridad. El viento cesó, conejitos azules salieron de los matorrales y daban saltitos por el suelo de agujas. A Pilón le pesaban los ojos pero estaba feliz.

Cuando se hizo de día sacudió con un pie a Big Joe, dormido.

—Es hora de ir a casa de Danny. Es de día.

Arrojó lejos la cruz, que ya no era necesaria, y borró el círculo.

—Ahora —dijo— no tenemos que dejar ninguna marca, sino recordar el sitio por medio de los árboles y rocas.

—¿Por qué no cavamos? —preguntó Big Joe.

—Y toda la gente de Tortilla Flat vendría a ayudarnos —repuso Pilón sarcásticamente.

Inspeccionaron con suma atención los alrededores, diciendo:

—Hay tres árboles juntos a la derecha y dos a la izquierda. Allí hay esos matorrales y aquí hay una roca.

Por último se alejaron del tesoro, memorizando el camino según se alejaban.

En la casa de Danny encontraron cansados a los demás amigos.

—¿Descubriste alguno? —preguntaron.

—No —dijo Pilón rápidamente, anticipándose a la respuesta de Joe.

—Bueno, Pablo creyó que había visto una luz, pero desapareció antes de encontrarla. Y el Pirata vio el fantasma de una vieja que llevaba a su lado su antiguo perro.

El Pirata esbozó una sonrisa.

—La vieja me dijo que mi perro era feliz ahora —dijo.

—Aquí está Big Joe Portagee, recién vuelto del ejército —anunció Pilón.

—Hola, Joe.

—Tenéis un bonito sitio —dijo Portagee, y se instaló confortablemente en una silla.

—No uses nunca mi cama —dijo Danny, porque ya sabía que el otro había ido a quedarse. El modo de sentarse en una silla y de cruzar las piernas tenía todas las trazas de una permanencia.

El Pirata salió, cogió su carreta y echó a andar hacia el bosque para cortar leña; pero los otros cinco amigos se tumbaron al sol que asomaba por detrás de la niebla y no tardaron en quedarse dormidos.

Era media tarde cuando despertaron. Estiraron los brazos, se sentaron y contemplaron apáticamente la bahía a sus pies, donde un petrolero de color pardo se hacía a la mar despacio. El Pirata había dejado las bolsas sobre la mesa; los amigos las abrieron y sacaron la comida que el ausente había recogido.

Big Joe bajó por el sendero hasta la hundida cancela de entrada.

—Hasta luego —despidió a Pilón.

El aludido le miró inquieto hasta cerciorarse de que se encaminaba hacia Monterrey, no hacia el bosque de pinos. Los cuatro amigos se sentaron a contemplar ensoñados la caída de la tarde.

Joe Portagee regresó al ocaso. Él y Pilón parlamentaron en el patio, donde nadie de la casa les oía.

—Cogeremos prestadas las herramientas de la señora Morales —dijo Pilón—. Una pala y un pico que tiene junto al gallinero.

Se pusieron en marcha cuando oscureció del todo.

—Vamos a ver a unas chicas, amigas de Joe Portagee —explicó Pilón. Entraron furtivamente en el patio contiguo y tomaron en préstamo el pico y la pala. Y después Big Joe sacó un galón de vino de las hierbas que orillaban la carretera.

—Has vendido el tesoro —le espetó Pilón ferozmente—. Eres un traidor, perro de perro.

Big Joe le tranquilizó firmemente.

—No he dicho a nadie dónde está el tesoro —dijo, con cierta dignidad—. Yo lo dije así: «Encontramos un tesoro, pero es para Danny. Cuando Danny lo tenga, me prestará un dólar y pagaré el vino».

Pilón estaba abrumado.

—¿Y te creyeron, y te dieron el vino? —inquirió.

—Verás… —vaciló Big Joe—. Dejé algo para demostrar que llevaría el dólar.

Pilón se volvió como un relámpago y le agarró por el cuello.

—¿Qué dejaste?

—Nada más que una manta, Pilón —alegó, pesaroso—. Sólo una.

Pilón le sacudió, pero Big Joe era tan pesado que nada más consiguió moverse él mismo.

—¿Qué manta? —gritó—. ¿Qué manta robaste?

Big Joe lloriqueó.

—Una de las de Danny. Sólo una. Tiene dos. Sólo cogí la pequeña. No me hagas daño, Pilón. La otra era más grande. Danny la recobrará cuando encontremos el tesoro.

Pilón le hizo dar vueltas y le pegó patadas con precisión y furia.

—Cerdo —dijo—, sucia vaca ladrona. O recuperas la manta o te daré tal paliza que voy a hacerte trizas.

Big Joe trató de apaciguarle.

—Pensé en todo lo que estábamos haciendo por él —murmuró —. Pensé: «Danny estará tan contento, podrá comprarse cien mantas nuevas».

—¡Cállate! —Dijo Pilón—. O devuelves esa manta o te doy con una piedra.

Cogió la botella, la descorchó y bebió un poco para sosegar sus nervios crispados; más aún, volvió a poner el corcho y denegó al *portagee* el más mínimo trago.

—Tendrás que cavar tú solo para pagar ese robo. Recoge las herramientas y acompáñame.

Big Joe gimoteó como un cachorro y obedeció. No podía hacer nada contra la justa cólera de Pilón.

Emplearon mucho tiempo en encontrar el lugar. Era ya tarde cuando Pilón señaló tres árboles en fila.

—¡Allí! —dijo.

Buscaron hasta encontrar la depresión en la tierra. Esta vez les guió una tenue luz de luna, pues aquella noche el cielo no estaba nublado.

Como él no iba a cavar, Pilón desarrolló una nueva teoría sobre la exhumación de tesoros.

—A veces el tesoro está metido en sacos —dijo—, y los sacos se han podrido. Si cavas derecho tal vez te dejes alguno. —Trazó un amplio círculo en torno al agujero—. Cava un hoyo hondo alrededor y luego iremos subiendo hasta el tesoro.

—¿Tú no vas a cavar? —preguntó Big Joe.

Pilón se puso furioso.

—¿Acaso soy yo un ladrón de mantas? —gritó—. ¿Robo yo de la cama del amigo que me alberga?

—Bueno, no voy a cavar yo solo —dijo Big Joe.

Pilón recogió una de las ramas que la noche antes había servido como palo de la cruz. Avanzó siniestramente hacia su amigo.

—Ladrón —gruñó—. Sucio cochino, falso amigo. Coge esa pala.

El valor de Big Joe se evaporó, y se agachó para coger del suelo la herramienta. Si su conciencia no hubiera sido culpable, tal vez habría protestado; pero era grande el miedo que sentía por Pilón, auxiliado por una causa justa y una vara de pino.

Big Joe aborrecía toda técnica relacionada con la pala. La acción de la pala en movimiento carecía de atractivo. El objetivo que se perseguía —levantar tierra de un punto para depositarla en otro— era, para alguien de visión más amplia, tonto y estéril. Toda una vida dando paletadas no conducía prácticamente a nada. La reacción de Big Joe era algo más simple. No le gustaba la pala. Se había alistado en el ejército para combatir y no había hecho otra cosa que cavar.

Pilón estaba alerta, sin embargo, y la zanja se extendía alrededor del tesoro. No sirvió de nada pretextar enfermedad, hambre o fatiga. Su capataz era inexorable, y el delito de la manta se volvía contra él. Por mucho que gimoteara, se quejara o enseñase las manos para demostrar que le dolían, Pilón no cejaba en su rigor y le obligaba a cavar.

Llegó medianoche, y el hoyo tenía un metro de hondo. Cantaron los gallos de Monterrey. La luna se ocultó por detrás de los árboles. Por fin Pilón le dio orden de ascender hacia el tesoro. Las paletadas eran ahora lentas; Big Joe estaba exhausto. Un instante antes de que amaneciera, su pala chocó contra algo duro.

—¡Eh! —gritó—. Lo tenemos, Pilón.

El hallazgo era grande y cuadrado. Cavaron frenéticamente en la oscuridad y no lograban verlo.

—Cuidado —advirtió Pilón—. No lo rompas.

La luz del día llegó antes de que lo sacaran. Pilón notó el tacto del metal y se inclinó para ver mejor a la luz grisácea. Era un cuadrado de cemento de respetable tamaño. Llevaba encima una placa redonda y de color pardo. Pilón deletreó las letras escritas en el bloque:

Estados Unidos.
Estudio geodésico.
1915.
Elevación 180 metros.

Pilón se sentó en el hoyo y dejó caer los hombros en señal de derrota.

—¿No hay tesoro? —preguntó Big Joe lastimeramente.

El otro no le contestó. Big Joe examinó el bloque de cemento y frunció las cejas, pensativo. Se volvió al entristecido Pilón.

—A lo mejor podemos quitar este gran trozo de metal y venderlo.

Pilón alzó la mirada con desaliento.

—Johnny Pom-pom encontró uno —dijo con el sosiego de una gran desilusión—. Johnny Pom-pom quitó la pieza de metal y trató de venderla. Un año de cárcel por desenterrar uno de estos bloques —se lamentó—. Un año de cárcel y doscientos dólares de multa.

Pilón, afligido, sólo quería marcharse de aquel escenario trágico. Se levantó, encontró una hoja con la que envolver la botella de vino y echó caminar colina abajo.

Big Joe le seguía trotando, solícitamente.

—¿Adónde vamos? —inquirió.

—No lo sé.

El día era radiante cuando llegaron a la playa, pero ni siquiera allí se detuvo Pilón. Siguió por la orilla sobre la arena dura hasta que Monterrey quedó muy lejos y sólo las dunas de Seaside y las rizadas olas de la bahía fueron testigos de su tristeza. Por último se sentó en la arena seca, bajo el cálido sol. Big Joe se sentó a su lado, y en cierto modo se sentía responsable de la callada pesadumbre de su amigo.

Pilón desenvolvió la botella, le quitó el tapón y dio un prolongado trago, y como la tristeza es la madre de una compasión universal, pasó el vino a su bellaco dueño legítimo.

—Qué cosas planeamos —exclamó Pilón—. Cómo nos dejamos llevar por los sueños. Ya había pensado cómo llevaríamos a Danny los sacos de oro. Podía imaginar hasta su cara. Estaría sorprendido. Tardaría mucho tiempo en creérselo.

Cogió la botella de manos de Joe y dio un trago colosal.

—Todo eso se ha acabado, esfumado en la noche.

El sol empezaba a calentar la playa. A pesar de su decepción, Pilón se dejaba invadir por un bienestar traicionero, un pérfido impulso de descubrir los buenos aspectos de la situación.

Big Joe, con su habitual calma, estaba bebiendo más de lo que le correspondía. Pilón le arrebató el vino, indignado, y bebió una y otra vez.

—Después de todo —dijo, filosóficamente—, si hubiéramos hallado el oro tal vez no habría sido bueno para Danny. Siempre ha sido un hombre pobre. Las riquezas podrían haberle vuelto loco.

Big Joe asintió solemnemente. El vino disminuía rápidamente.

—La felicidad es mejor que la riqueza —dijo Pilón—. Más vale intentar hacer feliz a Danny que darle dinero.

Big Joe asintió de nuevo y se descalzó.

—Hacerle feliz. Esa es la cosa.

Pilón se volvió melancólicamente hacia él.

—No eres más que un puerco, y no mereces vivir con personas —dijo, amablemente—. Tú, que has robado la manta de Danny deberías estar en una pocilga y alimentarte de peladuras de patata.

Se estaban quedando dormidos al sol. Pequeñas olas lamían la playa. Pilón se quitó los zapatos.

—Empatados —dijo Big Joe, y apuraron la botella hasta la última gota.

La playa se mecía suavemente, subiendo y bajando con un movimiento semejante a un mar de fondo.

—No eres un mal hombre —dijo Pilón. Pero Big Joe Portagee ya se había dormido. Pilón se quitó el abrigo y se tapó con él la cara. Instantes más tarde dormía dulcemente.

El sol giraba en el cielo. La marea invadió playa y luego se retiró. Una cofradía de insectos correteantes inspeccionó a los durmientes. Un perro vagabundo les olfateó. Dos señoras de edad que recogían conchas vieron los cuerpos y huyeron despavoridas, no fuese que aquellos hombres despertaran, llenos de pasión, las persiguieran y las atacasen criminalmente. Era una vergüenza, convinieron ambas, que la policía no moviera dedo para controlar a gente semejante.

—Están borrachos —dijo una.

La otra miró por encima del hombro a los hombres que dormían en la playa.

—Fieras borrachas —corroboró.

Pilón despertó cuando el sol ya se acostaba por detrás de los pinos de la colina, a espaldas de Monterrey. Tenía la boca seca como alumbre; le dolía la cabeza y estaba entumecido por la arena dura. Big Joe roncaba.

—Joe —le llamó, pero el *portagee* era inasequible a cualquier llamada. Pilón se apoyó en un codo y contempló el mar—. Un poco de vino me vendrá bien para la boca seca.

Volcó la botella y no pudo obtener ni una sola gota para apaciguar su lengua. Luego volvió hacia afuera los bolsillos, confiando en que un milagro hubiese acontecido mientras dormitaba. Pero no fue así. En sus bolsillos había una navaja que no le habían aceptado como trueque por un vaso de vino lo menos veinte veces. Había un anzuelo clavado en un corcho, un trozo de cuerda sucia, un diente de perro y varias llaves que ni él mismo sabía en dónde encajaban. En aquel conjunto de objetos diversos no había uno solo que Torrelli estimara digno de atención, ni siquiera en un momento de locura.

Contempló a Big Joe inquisitivamente. «Pobre muchacho», pensó. «Cuando despierte sentirá la misma sequedad que yo. Le agradaría que yo le ofreciera un poco de vino». Le empujó rudamente varias veces; y como el otro se limitaba a refunfuñar y luego roncaba de nuevo, se puso a registrarle los bolsillos. Encontró un botón de cobre para pantalones, un pequeño disco de metal que decía: «Coma bien en Dutchman», cuatro o cinco cerillas sin cabeza y un pedazo de tabaco de mascar.

Pilón se sentó en cuclillas. Así que no había nada que hacer. Tenía que consumirse allí en la playa mientras su garganta le exigía vino.

Advirtió los pantalones de sarga que Big Joe llevaba y acarició la tela con los dedos.

«Buen paño —pensó—. ¿Por qué este sucio *portagee* tiene que llevar tan buena ropa mientras sus amigos se visten con tejanos?».

Entonces recordó lo mal que le sentaban aquellos pantalones a su dueño, lo estrechos que le quedaban de cintura incluso con dos botones sin atar, y lo cortos que le estaban los extremos, que no tocaban los zapatos por centímetros.

«Alguien de una talla presentable estaría contento con estos pantalones».

Pilón recordó el pecado que Big Joe había cometido contra Danny, y se convirtió en un ángel vengativo. ¿Cómo había osado aquel sucio y negro *portagee* insultar a Danny? «Cuando despierte le golpearé. Pero», razonó un Pilón más agudo, «su delito ha sido el robo. ¿No le serviría de lección saber cómo se siente alguien a quien roban? ¿De qué sirve un castigo si no enseña nada?». Su argumentación era todo un triunfo. Si, con una sola acción, era capaz de vengar a Danny, disciplinar a Big Joe, impartir una lección de ética y conseguir un poco de vino, ¿quién se atrevería a criticarla?

Le empujó con violencia, y Big Joe hizo un ademán como si estuviera espantando a una mosca. Pilón le quitó los pantalones diestramente; los enrolló y salió corriendo por las dunas.

Torrelli no estaba, pero su mujer le abrió la puerta. Él adoptó una actitud misteriosa, y por fin sometió los pantalones al examen de la señora.

Ella movió resueltamente la cabeza.

—Mire —dijo Pilón—, sólo se ha fijado en la suciedad y las manchas. Observe esta magnífica tela de debajo. ¡Piénselo, señora! ¡Ya ha limpiado las manchas y planchado la prenda! ¡Torrelli regresa! Vuelve silencioso; está de humor sombrío. ¡Y entonces le enseña estos estupendos pantalones! ¡Le brillan los ojos! ¡Fíjese lo feliz que está su marido! ¡La sienta en sus rodillas! ¡Mire, señora; cómo le sonríe! Por esa dicha tan grande, ¿es demasiado caro un galón de vino?

—La culera está gastada —dijo ella.

Él los levantó a la luz.

—¿Se ve algo a través de ella? ¡No! Ya han perdido rigidez, incomodidad: están en inmejorables condiciones.

—No —dijo ella firmemente.

—Es cruel con su marido, señora. Le niega la felicidad. No me sorprendería verle con otra mujer que no tenga un corazón tan duro. ¿Hace un cuartillo, entonces?

Finalmente cedió su resistencia y le dio un cuartillo. Pilón lo apuró inmediatamente.

—Usted trata de regatear el precio de la dicha —declaró—. Debería darme medio galón.

La señora Torrelli fue más dura que una piedra. No le daría ni una gota más. Pilón se sentó en la cocina a rumiar su malhumor. «Una judía, eso es lo que es. Me ha engañado con los pantalones de Big Joe».

Pensó tristemente en el amigo que estaba en la playa. ¿Qué podía hacer? Si iba a la ciudad le arrestarían. ¿Y qué había hecho aquella arpía para merecer los pantalones? Había intentado comprarlos por un miserable cuartillo de vino. Pilón sintió que le ganaba la cólera contra ella.

—Me voy enseguida —dijo a la señora. Los pantalones estaban colgados en un pequeño hueco fuera de la cocina.

—Adiós —dijo ella por encima del hombro. Se metió en la despensa para preparar la comida.

Conforme salía, Pilón cruzó el hueco y descolgó no sólo los pantalones de Big Joe, sino asimismo la manta de Danny.

Regresó a la playa, al sitio donde había dejado a su amigo dormido. Divisó una fogata que ardía, brillante, en la arena y, según se iba acercando, distinguió una serie de pequeñas siluetas que cruzaban por delante de la llama. Estaba muy oscuro; se guió por el fuego. Cuando estuvo más cerca, vio que se trataba de un fuego de campamento de las Muchachas Exploradoras. Se aproximó con cautela.

Durante un rato no alcanzó a ver a Big Joe, pero por fin le descubrió, medio cubierto por la arena, aterido de frío y de angustia. Se dirigió resueltamente hacia él y levantó en el aire los pantalones.

—Cógelos, Big Joe, y alégrate de que te los devuelva.

Los dientes de Joe castañeteaban.

—¿Quién robó mis pantalones, Pilón? Llevo aquí tumbado varias horas, y no podía marcharme por culpa de esas chicas.

Pilón se plantó servicialmente entre su amigo y las chicas que corrían alrededor de la fogata. El *portagee* se quitó de las piernas la arena húmeda y fría y se enfundó los pantalones. Caminaron uno al lado de otro a lo largo de la playa hacia Monterrey, donde las luces, collares sobre collares, colgaban contra la colina. Las dunas se agazapaban al fondo de la playa como perros cansados que descansan; y las olas ejercitaban suavemente su golpeteo y silbaban un poco. La noche era fría e íntima, y el calor de la vida se había ausentado de ella, y por eso rebosaba de amargos anuncios a los hombres que están solos en el mundo, solos entre los demás, recordándoles que en ningún sitio hallarán consuelo.

Pilón seguía rumiando su amargura y Joe Portagee intuía la profundidad de aquel sentimiento. Por último, su amigo volvió la cabeza hacia él.

—Así aprenderemos que es una gran insensatez confiar en una mujer.

—¿Fue una mujer la que me robó los pantalones? —Inquirió, excitado, Big Joe—. ¿Quién fue? ¡Le voy a romper el alma a puntapiés!

Pilón negó con la cabeza con igual tristeza que el antiguo Jehová que, al descansar el séptimo día, ve que su universo es aburrido.

—Ya está castigada —dijo—. Se puede decir que se castigó ella misma, y eso es lo mejor. Tenía tus pantalones; los compró con avaricia y ya no los tiene.

Tales cosas sobrepasaban el entendimiento de Big Joe. Eran misterios que más valía no tocar; y Pilón, precisamente, deseaba que así fuera.

—Gracias por recuperar mis pantalones —dijo humildemente. Pero Pilón estaba tan sumido en la filosofía que incluso la gratitud carecía de valor.

Subieron el camino hasta dejar la playa y cruzaron la gran torreta plateada de las obras del gas.

Big Joe se hallaba contento de estar con Pilón. «He aquí un hombre que se preocupa por sus amigos», pensó. «Incluso cuando duermen permanece alerta para que no les suceda nada malo». Decidió que algún día haría por su amigo una hermosa acción.

9

De cómo Danny fue atrapado por una aspiradora, y de cómo le rescataron sus amigos.

Dolores Engracia Ramírez vivía en su propia casita en el extremo superior de Tortilla Flat. Hacía faenas domésticas para algunas señoras de Monterrey, y pertenecía a las Hijas Nativas del Dorado Oeste. Su rostro enjuto de paisana no era hermoso, pero en su figura había cierta voluptuosidad de movimiento, y en su voz un tono gutural que algunos hombres hallaban sugestivo. Sus ojos sabían arder tras una bruma de pasión soñolienta que aquellos hombres para quienes la carne es importante encontraban atractiva y francamente apetitosa.

En sus momentos bruscos no inspiraba deseo, pero sus impulsos amorosos eran lo bastante frecuentes para que en Tortilla Flat la denominaran la Dulce Ramírez.

Era placentero observarla cuando el instinto animal que moraba en su interior se insinuaba. ¡Cómo se asomaba a su puerta delantera! ¡Cómo ronroneaba su voz soñolienta! ¡Cómo cimbreaba suavemente las caderas, ya apretándolas contra la valla, ya oscilando hacia atrás como una ola en verano y volviendo a presionar la cerca! ¿Quién en este mundo era capaz de prestar tanto significado a la frase: «Qué hay, amigo, adónde vas»?

Era cierto que generalmente su voz era chillona, su cara dura y afilada como un hacha, su silueta asimétrica y su intención egoísta.

Su personalidad más grácil tomaba posesión de ella sólo una o dos veces por semana y, normalmente, de noche.

Cuando Dulce se enteró de que Danny había heredado, se alegró por él. Soñaba con llegar a ser su esposa, como cualquier otra hembra de Tortilla Flat. De noche se apostaba en la puerta delantera de su propia casa a la espera de que Danny pasara y cayese en su trampa. No obstante, durante mucho tiempo, su cebo no pescó otra cosa que pobres indios y paisanos que no poseían casas y cuyas ropas eran a veces prendas fugitivas de mejores vestuarios.

Dulce no estaba contenta. Su casa estaba en la colina, más arriba que la de Danny, en una dirección que él no tomaba con frecuencia. Dulce no podía ir a buscarle. Era una dama, y su comportamiento se regía por normas muy estrictas de corrección. Ahora bien, si Danny acertaba a pasar por allí, si llegaban a hablar como viejos amigos que eran, si él entraba a tomar un amistoso vaso de vino; y si, a continuación, se daba el caso de que la naturaleza fuese muy fuerte y la resistencia femenina muy débil, no existiría una seria violación del decoro. Pero era impensable abandonar su tela de araña en la puerta delantera.

Durante muchos meses aguardó en vano, y tomó cuantos galanes pasaban por su puerta con pantalones tejanos. Pero en Tortilla Flat es limitado el número de caminos. Era inevitable que Danny, tarde o temprano, pasara por la casa de Dolores Engracia Ramírez; y así ocurrió, en efecto. Desde que se conocían, nunca la ocasión había sido más ventajosa para Dulce, pues Danny había encontrado esa mañana una caja de clavos para placas que había perdido la Central Supply Company. Como no había cerca nadie de la empresa, pensó que se trataba de un desecho. Sacó los clavos de cobre de su caja y los metió al bolsillo. Luego, con ayuda de la carreta del Pirata, que además la empujaba, llevó su hallazgo a la Western Supply Company, y allí vendió el cobre por tres dólares. La caja se la dio al Pirata.

—Puedes guardar cosas dentro —le dijo. El obsequio puso al Pirata muy contento.

Y ahora Danny bajaba la colina y con gran precisión se dirigía a casa de Torrelli con los tres dólares dentro del bolsillo.

La voz de Dolores sonó tan roncamente dulce como el zumbido de un abejorro.

—¿Qué hay, amigo, *a'ónde* vas?

Danny se detuvo. Una revolución alteró sus planes.

—¿Cómo estás, Dulce?

—¿Qué te importa cómo estoy? A ninguno de mis amigos le interesa —dijo maliciosamente. Y sus caderas flotaban en una grácil y circular ondulación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Danny.

—Bueno, ¿viene mi amigo Danny a verme alguna vez?

—Estoy aquí para verte —dijo, con galantería.

Ella abrió un poco la puerta.

—¿Quieres entrar en mi casa a tomar un diminuto vasito de vino en nombre de la amistad? —Danny entró en la casa—. ¿Qué has estado haciendo en el bosque? —dijo ella, arrullándole.

Él cometió un error. Se vanaglorió de la transacción verificada en la colina, y se jactó de sus tres dólares.

—Claro está que sólo tengo vino para llenar dos dedales —dijo ella.

Se sentaron en la cocina y bebieron un vaso de vino. Al cabo de un ratito él atacó su virtud con auténtica galantería y vigor. Tropezó, asombrado, con una resistencia que desmentía el tamaño y la fama de Dulce. El feo animal de la lujuria se despertó en Danny. Estaba furioso. Sólo cuando se marchaba cedió la oposición de la paisana.

La voz ronca dijo:

—Tal vez te gustaría venir a verme esta noche. —Los ojos de Dulce nadaban en una bruma de soñolienta invitación—. Una tiene vecinos —indicó, delicadamente.

Entonces él comprendió.

—Volveré —prometió.

Era media tarde. Danny bajó la calle y volvió a enfilar hacia el domicilio de Torrelli; y la fiera lujuriosa en su interior había sufrido una metamorfosis. El lobo salvaje y rugiente se había convertido en un peludo, inmenso, sentimental oso.

—Le llevaré vino a esa linda Dulce —pensó.

Cuando descendía, ¿con qué otra persona podía encontrarse más que con el mismo Pablo? Pablo tenía dos barras de chicle. Le dio una a Danny y le siguió los pasos.

—¿Adónde vas? —dijo.

—No es momento para compañerismo —dijo, desabrido—. Primero voy a comprar algo de vino para una mujer. Puedes venir conmigo y tomar un vaso solamente. Estoy harto de comprar galones para mis amigas y que se los beban enteros mis amigos.

Pablo concedió que esa costumbre era intolerable. En cuanto a sí mismo, no buscaba el vino de Danny: tan sólo su compañía.

Fueron a casa de Torrelli. Bebieron un vaso del galón recién comprado. Danny confesó que era un acto mezquino dar a su amigo nada más que un vasito. Mientras Pablo protestaba apasionadamente, se bebieron otro. Danny pensó que las damas no deberían trasegar mucho vino. Eran propensas a ponerse tontas; y además, las embotaban algunos de esos sentidos que a los hombres les gustaba ver despiertos. Bebieron varios vasos más. Medio galón era ya un regalo generoso, sobre todo porque Danny estaba a punto de bajar a la ciudad a comprar otro obsequio. Midieron la mitad de la botella y se bebieron el resto. Después Danny escondió el envase entre las hierbas de una zanja.

—Me gustaría que me acompañaras a comprar el regalo.

Pablo conocía el motivo de la invitación. Mitad por deseo de su compañía, y mitad por miedo a dejar la botella mientras él andaba suelto. Bajaron muy erguidos, con afectada dignidad, rumbo a Monterrey.

El señor Simón, de Joyería y Compañía de Empréstitos Simón, les recibió en su tienda. El nombre del comercio sólo precisaba algunos artículos expuestos en el escaparate; la empresa vendía

muchas más mercancías: sobre el mostrador había saxofones, radios, cuchillos, fusiles, cañas de pescar y monedas antiguas. Todos los artículos, de segunda mano, eran realmente mejores que nuevos, ya que acababan de ser empeñados.

—¿Hay algo que deseen ver? —preguntó el dueño.

—Sí —dijo Danny.

El señor Simón enumeró una lista de tanteo y se detuvo en mitad de una palabra, porque vio que Danny estaba mirando una gran aspiradora de aluminio. La bolsa de polvo era de cuadros amarillos y azules. El cordón era largo, liso, negro. El señor Simón se acercó al aparato, lo frotó con la mano, se apartó y lo admiró.

—¿Hay algo semejante en aspiradoras? —preguntó.

—¿Cuánto?

—Esta vale catorce dólares.

No era tanto un precio como una tentativa de averiguar el dinero que tenía el comprador. Y Danny la quería porque era grande y brillaba. Ninguna mujer de Tortilla Flat tenía una. En aquel momento olvidó que en Tortilla Flat tampoco había electricidad. Depositó sus dos dólares sobre el mostrador y esperó a que se produjera la explosión: la furia, la rabia, la tristeza, la pobreza, la ruina, el engaño. Se mencionó el brillo, el color de la bolsa, la longitud doble del cordón, el valor del metal por sí solo. Y al acabar el discurso, Danny salió de la tienda con la aspiradora.

Muchas tardes, a modo de pasatiempo, Dulce sacaba la aspiradora y la apoyaba contra una silla. Mientras sus amigos miraban la escena, la empujaba de un lado para otro a fin de mostrar lo fácilmente que rodaba. Y al mismo tiempo tarareaba imitando el ruido del motor.

—Mi amigo es un hombre rico —decía—. Creo que muy pronto llegarán hasta aquí los cables llenos de electricidad, y entonces ¡zas, zas y zas!, ¡la casa limpia!

Sus amigas minimizaban el valor del obsequio diciendo: «Qué lástima que no puedas poner en marcha el aparato», y: «Yo siempre

he sostenido que una escoba y un recogedor, correctamente utilizados, son más perfectos».

Pero su envidia era impotente contra la aspiradora. Su posesión llevó a Dulce a la cima de la escala social de Tortilla Flat. La gente que no recordaba su nombre aludía a ella diciendo «esa mujer que tiene una máquina de barrer». Cuando sus enemigos pasaban por la casa, frecuentemente podían ver a Dulce a través de la ventana paseando la aspiradora atrás y adelante mientras su garganta emitía un sonoro zumbido. En realidad, después de hacer la limpieza cotidiana con la escoba, ponía la aspiradora en marcha basándose en la teoría de que sin duda sería mucho mejor con electricidad, pero que no era posible tenerlo todo.

Despertaba envidia en numerosas viviendas. Su porte se volvió más digno y gracioso, y llevaba alta la barbilla, como correspondía a la dueña de una máquina de barrer. En su conversación la mencionaba. «Ramón vino esta mañana cuando yo pasaba la aspiradora»; «Louise Meater se cortó la mano esta mañana, menos de tres horas después de que yo sacara la máquina».

Pero a pesar de su nueva arrogancia, no desdeñaba a Danny. La emoción embargaba su voz cuando él estaba cerca. Ella se mecía como un pino al viento. Y Danny pernoctaba noche tras noche en casa de Dulce.

Al principio sus amigos ignoraron su ausencia, pues todo hombre tiene derecho a asuntillos de faldas. Pero a medida que transcurrían las semanas, y como una vehemente vida hogareña le estaba volviendo apático y pálido, sus camaradas acabaron persuadiéndose de que la gratitud de Dulce por el electrodoméstico no redundaban en beneficio físico de quien se lo había regalado. Estaban celosos de un estado de cosas que absorbía tanto tiempo la atención de Danny.

Pilón, Pablo y Jesús María Corcoran asaltaron por turno el nido de sus amores mientras él estaba ausente; pero Dulce, aunque sensible a sus galanteos, permaneció fiel al hombre que había elevado su posición hasta un nivel tan satisfactorio. Trató de

mantener su amistad para una época futura de necesidad, pues ella ya sabía cuán veleidosa es la fortuna; pero se negó firmemente a compartir con ellos lo que de momento reservaba para Danny.

Por lo cual los amigos, despechados, organizaron un grupo orientado y abocado a la destrucción de Dulce.

Pudiera ser que Danny, en el fondo de su alma, estuviera empezando a cansarse del afecto de su chica y del deber de atención que le exigía. Pero si tal cambio se estaba ya operando, él no se lo reconocía a sí mismo.

Una tarde, a las tres en punto, Pilón, Pablo y Jesús María, vagamente secundados por Big Joe Portagee, volvieron triunfalmente tras haber dedicado tres cuartas partes del día a un tenaz esfuerzo. La campaña se había puesto en marcha y ejercitaba al máximo la implacable lógica de Pilón, la artística ingenuidad de Pablo y la afable humanidad de Jesús María. Big Joe no aportó nada.

Como si fueran cuatro cazadores, ahora regresaban de la caza tanto más felices cuanto que su victoria había sido ardua. En la ciudad de Monterrey, un pobre italiano perplejo llegó poco a poco a la conclusión de que le habían estafado.

Pilón transportaba un galón de vino envuelto en un montón de hiedra. Desfilaban jubilosos hacia la casa de Danny, donde colocaron la botella en la mesa.

Emergiendo de un sueño profundo, Danny sonrió reposadamente, se levantó de la cama y sacó los tarros de frutas. Sirvió la bebida. Sus cuatro amigos se dejaron caer sobre las sillas, pues la jornada había sido agotadora.

Bebieron en silencio en tanto atardecía, a esa hora curiosa en que se produce una interrupción, casi todo el mundo en Tortilla Flat se para entonces a considerar las cosas que han acontecido en el curso del día que expira, y piensa en las posibilidades que ofrece la noche. Hay muchas cosas de que hablar por la tarde.

—Cornelia Ruiz se ha agenciado otro hombre esta mañana —comentó Pilón—. Es calvo. Se llama Kilpatrick. Cornelia dice que su

otro hombre no volvió a casa tres noches de la semana pasada. Y eso no le ha gustado.

—Cornelia es una mujer que cambia rápidamente de opinión —dijo Danny. Pensó con complacencia en su propia estabilidad sentimental, cimentada en la roca de una aspiradora.

—El padre de Cornelia era peor —dijo Pablo—. Era incapaz de decir la verdad. Una vez me pidió prestado un dólar. Se lo he dicho a Cornelia, pero como si nada.

—Tal para cual. «Si conoces la raza conoces el perro» —citó Pilón, virtuosamente.

Danny llenó de nuevo los tarros de fruta y el galón se acabó. Lo advirtió, deplorándolo.

Jesús María, el amante de la humanidad, habló con sosiego.

—Vi a Susie Francisco, Pilón. Me ha dicho que tu receta funcionó de maravilla. Ha salido tres veces en moto con Charlie Guzmán. Las dos primeras le dio la pócima de amor que le puso enfermo. Ella cree que no era buena. Pero ahora dice que en adelante te dará galletas cuando quieras.

—¿Qué había en la pócima? —preguntó Pablo.

Pilón se mostró reservado.

—No puedo decirlo todo. Supongo que habrá sido el roble envenenado lo que le puso enfermo.

El galón de vino se había esfumado demasiado aprisa. Todos y cada uno de los seis amigos sufría una sed tan intensa que constituía un deseo doloroso. Pilón contempló a los otros con los ojos bajos, y ellos le devolvieron la mirada. La conspiración estaba a punto.

Pilón se aclaró la garganta.

—¿Qué has hecho, Danny, para que toda la ciudad se ría de ti?

Danny pareció inquietarse.

—¿Qué quieres decir?

Pilón soltó una risita.

—Mucha gente dice que compraste una máquina de barrer para una chica, y que la máquina no funcionará si no se llevan cables

hasta su casa. Esos cables cuestan un montón de dinero. Algunos piensan que es un regalo muy divertido.

Danny empezó a sentirse incómodo.

—A esa chica le gusta la máquina —dijo, a la defensiva.

—¿Y por qué no? —Terció Pablo—. Ella ha dicho por ahí que le has prometido poner cables en su casa para que la máquina funcione.

Danny pareció aún más perturbado.

—¿Eso ha dicho?

—Eso me han dicho.

—Bien, no lo haré —declaró Danny.

—Si no lo encontrara divertido, me pondría furioso que se rieran de mi amigo —observó Pilón.

—¿Qué vas a hacer cuando pida esos cables? —preguntó Jesús María.

—Le diré que no.

Pilón se rió.

—Ojalá pudiera creerlo. No es tan sencillo decir que no a una mujer.

Danny sintió que sus amigos se ponían en su contra.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó, desvalido.

Pilón abordó el problema con toda seriedad y recurrió a su realismo para resolverlo.

—Si esa mujer no tuviera la máquina de barrer, entonces no necesitaría los cables —dictaminó.

Los amigos asintieron.

—Por lo tanto —prosiguió Pilón—, la cosa consiste en quitársela.

—Oh, no me dejará que se la quite —protestó Danny.

—En ese caso te ayudaremos —dijo Pilón—. Yo cogeré la aspiradora y a cambio puedes regalarle un galón de vino. Ni siquiera sabrá cómo ha desaparecido esa barredora.

—Algún vecino puede verte cogiéndola.

—Oh, no. Tú quédate aquí, Danny. Yo te traeré la máquina.

Danny suspiró aliviado al ver que sus amigos se ocupaban del problema.

Pocas cosas sucedían en Tortilla Flat de las que Pilón no estuviese enterado. Mentalmente tomaba rápidos apuntes de todo lo que sus ojos veían o sus oídos oían. Sabía que Dulce iba a la tienda todas las tardes a las cuatro y media. En este hábito casi invariable fundamentaba Pilón el éxito de su plan.

—Es mejor que no sepas lo que voy a hacer —le dijo a Danny.

Pilón tenía preparado en el patio un saco de arpillera. Cortó con su cuchillo una gran rama del rosal y la introdujo en el saco.

Como había previsto y esperaba, Dulce no estaba en casa. «En realidad, la máquina es de Danny», se dijo.

No exigió mucho esfuerzo entrar en la casa, meter la aspiradora en la arpillera y disponer artísticamente la rama del rosal en la boca del saco.

Al salir al patio tropezó con Dulce. Pilón, cortésmente, se quitó el sombrero.

—Entré a matar el tiempo —dijo.

—¿Te quedas un rato?

—No. Tengo cosas que hacer en Monterrey. Es tarde.

—¿Dónde vas con esa rama de rosal?

—Me la va a comprar un hombre de la ciudad. Es un rosal muy bonito. Mira qué fuerte es.

—Quédate la próxima vez, Pilón.

No oyó un grito de cólera mientras bajaba parsimoniosamente por la calle. «Quizá tarde un tiempo en echarla de menos», pensó.

Había resuelto la mitad del problema, pero aún faltaba la segunda parte.

«¿Qué va a hacer Danny con esta barredora?», se interrogó. «Si se queda con ella, Dulce sabrá que se la ha quitado. ¿Podría tirarla? No, cuesta dinero. Lo mejor es deshacerse de ella y sacar partido de lo que vale».

Así se resolvía el problema entero. Pilón bajó la colina rumbo a casa de Torrelli.

La aspiradora era grande y brillante. Al remontar de vuelta la colina, Pilón llevaba en cada mano sendos galones de vino.

Los amigos le recibieron en silencio cuando entró en casa de Danny. Dejó una jarra en la mesa y la otra en el suelo.

—He traído un regalo para la chica —dijo a Danny—. Y algo de vino para nosotros.

Todos se congregaron, felices, porque su sed era un fuego devastador. Una vez consumido el primer galón, Pilón alzó su vaso a la luz de la vela y miró a través de él.

—Las cosas que ocurren no son importantes —dijo—. Pero de todo lo que ocurre se puede sacar una lección. Por la presente aprendemos que un regalo, especialmente si se hace a una mujer, no debe ser de tal naturaleza que requiera un nuevo regalo. También aprendemos que es pecaminoso regalar algo de mucho valor, porque es posible que despierte avaricia.

El primer galón se había acabado. Los amigos observaban a Danny para ver su reacción. Hasta entonces había estado muy tranquilo, pero ahora advirtió que los demás aguardaban a que hablase.

—Esa chica era alegre —dijo juiciosamente—. Tenía un carácter muy simpático. Pero ¡maldita sea! ¡Estoy harto de ella!

Cogió la segunda jarra y la descorchó.

Sentado en la esquina en medio de sus perros, el Pirata sonrió para sí y susurró admirado: «¡Maldita sea, estoy harto!». En su opinión, aquello era estupendo.

Apenas iban por la mitad de la segunda botella, y en realidad sólo habían cantado dos canciones, cuando el joven Johnny Pom-pom entró por la puerta.

—Vengo de casa de Torrelli —dijo—. ¡Oh, ese hombre está loco! ¡Está gritando! ¡Está pegando con los puños en la mesa!

Los amigos le miraron sin excesivo interés.

—Algo habrá ocurrido. Probablemente se lo tiene merecido.

—Muchas veces ha negado a buenos clientes un vasito de vino.

—¿Qué pasa con Torrelli? —quiso saber Pablo.

Johnny Pom-pom aceptó un tarro de vino.

—Torrelli dice que le compró a Pilón una máquina de barrer y que cuando la enchufó al cable de la luz no funcionaba. Así que miró dentro y no tenía motor. Dice que va a matar a Pilón.

Éste pareció sobresaltarse.

—Yo no sabía que la máquina era defectuosa —dijo—. Pero ¿no dije que Torrelli merecía lo que le estaba ocurriendo? Ese aparato valía tres o cuatro galones de vino, pero el muy tacaño sólo quiso darme dos.

Danny sentía aún un rescoldo de gratitud por su amigo. Aplicó a sus labios la botella.

—El brebaje de Torrelli es cada vez peor —dijo—. El mejor que tiene es una bazofia que ni los cerdos prueban, pero últimamente es tan malo que ni Charlie Marsh lo bebería.

Entonces todos sintieron cierto rencor por Torrelli.

—Creo —dijo Danny— que si no se anda con ojo, vamos a comprar el vino en cualquier otra parte.

10

De cómo los amigos consolaron a un cabo, y de cómo recibieron a cambio una lección de ética paterna.

Jesús María Corcoran era un espejo de humanidad. A los dolientes trataba de aliviarles; a los tristes procuraba consolarles; la felicidad la compartía. En él no había severidad ni obsesión. Su corazón permanecía abierto para uso de cualquiera que le destinara un uso. Ponía sus recursos y su ingenio a disposición de quienes tuvieran de ambas cosas menos que él.

Él transportó cuatro millas a José de la Nariz cuando se rompió la pierna. Cuando la señora Palochico perdió su cabra adorada, la buena cabra que daba leche y queso, fue Jesús María quien rastreó la pista que conducía hasta Big Joe Portagee, impidió el asesinato e hizo que su amigo la restituyera. Fue también Jesús María el que una vez sacó a Charlie Marsh de una zanja en la que estaba tumbado sobre sus propias inmundicias, hazaña que no sólo requería buen corazón, sino un sólido estómago.

Además de su capacidad para hacer el bien, Jesús María poseía el don de intuir las situaciones en las que era necesario ejercer la bondad.

Tal era su reputación que Pilón una vez había dicho: «Si Jesús María fuese un hombre de iglesia, Monterrey tendría hoy un santo para el calendario, os lo aseguro».

De algún hondo compartimento de su alma, Jesús María extraía una bondad que al irse gastando se regeneraba.

Iba todos los días a la oficina de correos, en primer lugar porque allí veía a muchos conocidos, y en segundo término porque en una ventosa esquina del edificio podía mirar las piernas de gran número de chicas. No debe suponerse que este último interés fuese vulgar: sería como criticar a un hombre que visita museos o asiste a conciertos. A Jesús María le gustaba mirar las piernas de las chicas.

Un día en que sin gran éxito llevaba dos horas apoyado en la pared de correos, fue testigo de una lamentable escena. Un policía conducía por la acera a un chico de unos dieciséis años que llevaba un bebé envuelto en un pedazo de manta gris.

El policía estaba diciendo:

—Me importa un bledo no poder entenderte. No está permitido pasar todo el día sentado en la cuneta. Ya averiguaremos algo sobre ti.

Y el muchacho, en un español de peculiar acento, le decía:

—Pero, señor, yo no hecho nada. ¿Por qué me lleva?

El policía vio a Jesús María.

—Eh, paisano —le llamó—. ¿Qué está diciendo este cholo?

Jesús María se adelantó y se dirigió al chico.

—¿Puedo servirte de algo?

El muchacho, aliviado, se expresó torrencialmente.

—Vine aquí a trabajar. Unos mexicanos me dijeron que había trabajo aquí, pero no hay nada.

Estaba sentado, descansando, cuando vino este hombre y me obligó a acompañarle.

Jesús María asintió y se volvió al policía.

—¿Ha cometido algún delito este muchacho?

—No, pero lleva sentado unas tres horas en la cuneta de Alvarado Street.

—Es amigo mío —dijo Jesús María—. Yo respondo por él.

—Bueno, que no vuelva a sentarse en la acera.

Jesús María y su nuevo amigo subieron la colina.

—Voy a llevarte a la casa donde vivo. Allí habrá algo de comer. ¿De quién es el bebé?

—Es mío —dijo el chico—. Yo soy cabo y él es mi bebé. Ahora está enfermo; pero cuando crezca será general.

—¿Qué enfermedad tiene, señor Cabo?

—No lo sé. Está enfermo, eso es todo.

Enseñó la cara de la criatura y su aspecto, en verdad, no era muy sano.

La compasión de Jesús María aumentó.

—El dueño de la casa donde vivo se llama Danny y es un buen hombre, señor Cabo. Es la persona indicada a quien recurrir en momentos de apuro. Mira, vamos a ir allí y nos alojará. Mi amiga, la señora Palochico, tiene una cabra. Le pediremos prestado un poco de leche.

Por primera vez la cara del muchacho esbozó una sonrisa de contento.

—Es bueno tener amigos —dijo—. En Torreón tengo muchos amigos capaces de mendigar por echarme una mano.

Se jactó un poco ante Jesús María.

—Tengo amigos ricos —agregó—; por supuesto, no saben que estoy en apuros.

Pilón abrió la cancela del patio de Danny y los dos entraron. Danny, Pablo y Big Joe estaban sentados en el cuarto de estar, a la espera del milagro diario del sustento. Jesús María empujó al chico dentro de la habitación.

—Aquí tenemos a un joven soldado; un cabo —explicó—. Trae un bebé que está enfermo.

Los amigos se levantaron, diligentes. El cabo retiró la manta gris de la cara del niño.

—Está enfermo, desde luego —dijo Danny—. Tal vez convendría que le viese un médico. Pero el soldado movió la cabeza.

—Médicos no. No me gustan los médicos. Este bebé no llora y no comerá mucho. Quizá se ponga bien cuando descanse.

Pilón entró entonces y examinó al niño.

—Este bebé está enfermo —dijo.

Pilón asumió el mando inmediatamente. Envió a Jesús María a casa de la señora Palochico a buscar leche de cabra; ordenó a Pablo y a Big Joe que trajesen una caja de manzanas, que la rellenaran de hierba seca y la forraran con piel de oveja. Danny ofreció su cama, pero fue rechazada. El cabo se quedó en el cuarto de estar y sonrió dulcemente a aquella buena gente. Por fin instalaron al bebé en la caja, pero su mirada era apática y no probó la leche.

El Pirata apareció con un saco de caballas. Los amigos cocinaron el pescado y empezaron a cenar. El bebé tampoco quiso comer caballa. De cuando en cuando, uno de los hombres se levantaba e iba a ver al niño. Al terminar la cena se sentaron en torno a la estufa, dispuestos a pasar una velada apacible.

El cabo había permanecido silencioso, sin contar nada sobre sí mismo. Eso ofendía un tanto a los amigos, pero sabían que a su debido tiempo el muchacho hablaría. Pilón, para quien el conocimiento era oro que extraer de una mina, hizo unos cuantos sondeos para vencer la reticencia del recién llegado.

—No se ve a menudo a un joven soldado con un bebé —comentó, con tacto.

El cabo esbozó una sonrisa de orgullo.

Pablo añadió:

—Probablemente el bebé fue concebido en el jardín del amor. Y son la mejor clase de niños, porque en ellos sólo hay cosas buenas.

—Nosotros también hemos sido soldados —dijo Danny—. Cuando muramos iremos a la tumba en una cureña, y un piquete militar disparará salvas en nuestro honor.

Esperaron para ver si aquella nueva oportunidad modificaba la actitud del chico. El soldado expresó su gratitud.

—Habéis sido buenos conmigo —dijo—. Tan buenos y amables como habrían sido mis amigos de Torreón. Éste es mi hijo, el bebé de mi mujer.

—¿Y dónde está tu mujer? —preguntó Pilón.

El cabo dejó de sonreír.

—Está en México —dijo. Luego recuperó la vivacidad—. Conocí a un hombre que me dijo una cosa curiosa. Dijo que podemos hacer de los niños lo que queramos. Dijo: «Si al bebé le repites muchas veces lo que quieres que haga, cuando crezca lo hará». Una y otra vez le digo al niño: «Serás general». ¿Creéis que de verdad lo será?

Los amigos asintieron cortésmente.

—Puede ser —dijo Pilón—. No he oído hablar de esa costumbre.

—Digo veinte veces al día: «Manuel, algún día serás general». Llevarás charreteras y un fajín. Tu espada será de oro. Montarás un caballo palomino. ¡Vaya vida que te espera, Manuel! El hombre dijo que será general si se lo repito.

Danny se levantó y fue hasta la caja.

—Serás general —le dijo al bebé—. Cuando te hagas grande serás general.

Los otros se arremolinaron para ver si la fórmula producía algún efecto. El Pirata susurró:

—Serás general. —Y se preguntaba si el mismo método daría resultado con un perro.

—Este niño está muy enfermo —dijo Danny—. Tiene que estar bien abrigado. —Volvieron a sus asientos.

—Tú mujer está en México… —empezó Pilón. El cabo frunció el entrecejo y meditó un momento; después dibujó una sonrisa radiante.

—Os lo voy a contar. No es una cosa que se cuente a extraños, pero vosotros sois mis amigos. Yo era soldado en Chihuahua, y era diligente, limpio y engrasaba mi fusil, así que ascendí a cabo. Y luego me casé con una hermosa muchacha. No digo que no se casase conmigo a causa de mis galones. Pero era muy joven y bonita. Sus ojos brillaban, tenía dientes sanos y blancos y su pelo era largo y reluciente. Así que muy pronto nació nuestro hijo.

—Eso es bueno —dijo Danny—. Me gustaría ser tú. No hay nada mejor que un bebé.

—Sí —dijo el cabo—, yo estaba contento. Fuimos a bautizarle y yo llevaba un fajín, aunque las ordenanzas del ejército no lo prescribían. Y cuando salimos de la iglesia, un capitán con charreteras, una banda y una espada de plata vio a mi mujer. Ella se fugó poco después. Entonces fui a ver al capitán y le dije: «Devuélvame a mi mujer», y él dijo: «No tienes tu vida en mucho aprecio cuando hablas de esa forma a un superior».

El cabo extendió las manos y alzó los hombros con un gesto de honda resignación.

—¡Oh, el muy ladrón! —exclamó Jesús María.

—Reuniste a tus amigos. Matasteis al capitán —se anticipó Pablo.

El soldado parecía cohibido.

—No. No había nada que hacer. La primera noche alguien me disparó por la ventana. El segundo día un cañón de campaña se disparó por error y me pasó tan cerca que el viento me derribó. Entonces me marché de allí y me llevé al niño conmigo.

Había ferocidad en la cara de los amigos, y su mirada era peligrosa. El Pirata gruñó en su esquina y todos los perros le imitaron.

—Teníamos que haber estado allí —dijo Pilón—. Hubiéramos hecho que el capitán se arrepintiera de haber nacido. Mi abuelo sufrió a manos de un cura y un día le ató desnudo a un poste en un corral y soltó dentro un becerro. Oh, hay maneras.

—Yo sólo era cabo —dijo el muchacho—. Tuve que escapar. —Lágrimas de vergüenza asomaron a sus ojos—. No hay nada que salve a un cabo cuando un capitán está en contra de él; por eso me marché con el pequeño Manuel. En Fresno conocí a aquel hombre sabio, y él me dijo que podría hacer de Manuel lo que quisiera. Le digo al niño veinte veces al día: «Serás general. Lucirás charreteras y tendrás una espada de oro».

Allí había un drama que eclipsaba los experimentos de Cornelia Ruiz como si fueran insignificantes y vanos. Allí había un caso que exigía la intervención de los amigos. Pero el escenario de la historia

era tan remoto que toda acción resultaba imposible. Miraron al cabo con admiración. ¡Haber vivido tan joven semejante aventura!

—Ojalá estuviéramos ahora en Torreón —dijo Danny, con malignidad—. Pilón inventaría un plan para nosotros. Qué pena que no estemos allí ahora.

Big Joe Portagee no se había dormido, y su vigilia constituía todo un homenaje a la historia del cabo. Fue a la caja de manzanas y miró dentro.

—Vas a ser general —dijo. Y luego—: ¡Mirad! El bebé se mueve de un modo muy raro.

—Un médico —gritó Danny—. Hay que llamar a un médico.

Pero él y los otros sabían que era inútil. La muerte inminente luce una capucha que todos reconocen. Mientras le miraban, el bebé se puso rígido y la batalla cesó. Su boca se abrió por completo; había muerto. Compadecido, Danny cubrió con una manta la caja de manzanas. El cabo se mantuvo muy derecho y miraba fijamente hacia adelante, tan trastornado que no acertaba a pensar ni a articular palabra.

Jesús María le puso una mano en el hombro y le llevó hasta una silla.

—Eres tan joven —dijo—. Tendrás muchos otros hijos.

El chico gemía:

—Está muerto. Nunca será un general con fajín y espada.

Había lágrimas en los ojos de los amigos. Todos los perros gañían tristemente en la esquina. El Pirata enterró su cabezota en el pelo de Señor Alec Thompson.

Con voz suave, casi como si pronunciara una bendición, Pilón dijo:

—Ahora tienes que matar al capitán. Te hemos rendido homenaje por tu noble plan de venganza; pero el niño ha muerto y tú mismo debes tomarte el desquite; te ayudaremos si nos es posible.

El cabo le miró estúpidamente.

—¿Venganza? —dijo—. ¿Matar al capitán? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, creo que tu plan estaba claro —dijo Pilón—. El niño crecería y sería general; a su debido tiempo encontraría al capitán y le mataría lentamente. Era un buen plan. Una larga espera y a continuación el golpe. Nosotros, tus amigos, te honramos por haberlo ideado.

El cabo le miraba desconcertado.

—¿De qué hablas? —preguntó—. No tengo nada que ver con ese militar. Él es el capitán.

Los amigos se inclinaron hacia delante en sus sillas.

—Entonces, ¿para qué querías que el bebé fuese general? —Dijo Pilón—. ¿A qué venía eso?

El cabo se sintió un tanto incómodo.

—Es deber de un padre querer lo mejor para su hijo. Yo quería que Manuel tuviese más cosas de las que yo tuve.

—¿Eso es todo? —inquirió Danny.

—Bueno —dijo el cabo—, mi mujer era muy bonita, y no era ninguna puta. Era una buena mujer y el capitán se apoderó de ella. Tenía pequeñas charreteras y un fajín pequeño, y su espada sólo era de plata. Fijaos —añadió, extendiendo las manos—: si un capitán con pocos galones y una espada normal logró quitarme mi mujer, ¡imaginad lo que podría hacer un general con fajín grande y espadón de oro!

Hubo un largo silencio mientras Danny y Pilón, Pablo, Jesús María, el Pirata y Big Joe Portagee digerían el razonamiento. Y una vez asimilado, aguardaron a que hablase Danny.

—Es de lamentar —dijo por fin— que tan pocos padres tengan presente el bienestar de sus hijos. Ahora nos apena más que nunca que el niño se nos haya ido, pues un padre como el suyo le hubieran proporcionado una vida feliz.

Todos los amigos asintieron solemnemente.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Jesús María, el descubridor del chico.

—Yo volveré a México —dijo el cabo—. En el fondo de mí me siento soldado. Y, si mantengo el fusil bien engrasado, podría ocurrir

que algún día yo también fuese oficial. ¿Quién sabe?

Los seis amigos le miraron admirados. Estaban orgullosos de haber conocido a un hombre semejante.

11

De cómo Big Joe Portagee, en las más adversas circunstancias, conoció el amor.

Para Big Joe Portagee, sentir amor era hacer algo al respecto. Esta es la historia de uno de sus romances.

Había estado lloviendo en Monterrey; de los altos pinos cayó agua todo el día. Los paisanos de Tortilla Flat no salieron de sus casas, pero cada chimenea despedía una humeante columna azul de madera de pino quemada, de forma que en la atmósfera había una fragancia limpia, fresca y perfumada.

A las cinco de la tarde la lluvia cesó un momento, y Big Joe, que había pasado la mayor parte del día bajo un bote de remos en la playa, salió de su refugio y emprendió la ascensión de la colina rumbo a casa de Danny. Tenía frío y hambre.

Cuando llegó al mismo lindero de Tortilla Flat, los cielos se abrieron y derramaron lluvia. Big Joe quedó empapado al instante. Corrió a la casa más próxima para guarecerse, y en la casa vivía Tía Ignacia.

Era una viuda de unos cuarenta y cinco años, de buena posición y cierto éxito. Por lo general era taciturna y desabrida, pues por sus venas corría más sangre india de lo que en Tortilla Flat se estimaba decoroso.

Cuando Big Joe entró, ella acababa de abrir un galón de vino tinto y se disponía a servirse un vaso para bien de su estómago. Su

tentativa de esconder la jarra bajo una silla no tuvo éxito. Big Joe estaba de pie en la entrada, chorreando agua sobre el suelo.

—Entra y sécate —dijo Tía Ignacia. Big Joe, mirando la jarra del mismo modo que un terrier contempla a un chinche, entró en la habitación. La lluvia arreció en el tejado. Tía Ignacia atizó el fuego de su estufa.

—¿Quieres un vaso de vino?

—Sí —dijo Big Joe. Antes de haber acabado el primer vaso, sus ojos volvieron a clavarse en la jarra de vino. Necesitó tres vasos más para articular una palabra y para que la codiciosa sed desapareciera de su mirada.

Tía Ignacia ya había dado por perdida su nueva jarra de vino. Bebió con Big Joe como único medio de aprovechar algo del galón en su propio beneficio. Hasta que el cuarto vaso no estuvo en sus manos, Big Joe no se relajó ni empezó a divertirse.

—No es vino de Torrelli —dijo.

—No, se lo compré a una italiana amiga mía.

La anfitriona se sirvió otro vaso.

Llegó el atardecer. Tía Ignacia encendió una lámpara de queroseno y echó leña al fuego. Había que mantenerlo vivo tanto tiempo como durase el vino, pensó. Sus ojos se posaron con aprobación en el inmenso cuerpo de Big Joe Portagee. Un ligero sofoco entibió su pecho.

—Todo el día trabajando bajo la lluvia, pobrecillo —dijo—. Vamos, quítate el abrigo y ponlo a secar.

Big Joe rara vez decía una mentira. Su cerebro no era lo bastante rápido para improvisarlas.

—He estado durmiendo en la playa bajo un bote de remos —dijo.

—Pero estás todo mojado, pobrecito.

Buscó en la cara de Big Joe alguna reacción a sus desvelos, pero su expresión sólo reflejaba el placer de hallarse a cobijo y de beber vino. Tendió el vaso para que se lo llenara. Como todo ese día no había comido nada, el alcohol le estaba haciendo un profundo efecto.

Tía Ignacia encaró una vez más el problema.

—No es bueno sentarse sobre un abrigo mojado. El frío te hará enfermar. Vamos, déjame que te ayude a quitarte el abrigo.

Big Joe adoptó una postura confortable en su asiento.

—Estoy bien —dijo, obstinado.

Tía Ignacia se sirvió otro vaso. El fuego produjo un chasquido impetuoso para contrarrestar con su calor el tamborileo de la lluvia en el tejado.

Big Joe no hizo el más mínimo esfuerzo por mostrarse amistoso o ser galante, y ni siquiera por advertir la presencia de su anfitriona. Bebió vino a grandes tragos. Sonrió estúpidamente a la estufa. Se meció un poco en la silla.

Tía Ignacia sucumbió a la desesperación y a la cólera. «Este puerco», pensó, «este sucio pedazo de animal. Más me valdría haber cobijado a una vaca. Cualquier otro diría por lo menos una palabra amistosa».

Big Joe alargó su vaso para que se lo llenara de nuevo.

Entonces Tía Ignacia hizo esfuerzos heroicos.

—En una casita caliente se está feliz una noche así —dijo—. Cuando cae la lluvia y la estufa arde dulcemente, es momento de hablar como amigos. ¿No te sientes amistoso?

—Claro —dijo Big Joe.

—Quizá la luz te molesta un poco —dijo ella, tímidamente—. ¿Quieres que la apague?

—No me molesta nada —respondió Big Joe—, pero si quieres ahorrar aceite, apágala.

Sopló en el tubo de cristal de la lámpara, y la habitación se oscureció de golpe. Volvió a su silla y aguardó a que despertase la galantería del huésped. Le oía meciéndose suavemente en su asiento. Las grietas de la estufa filtraron un rayo de luz que hirió las esquinas relucientes de los muebles. El calor prestaba luminosidad al cuarto. Tía Ignacia oyó que la silla de Big Joe dejaba de mecerse y se puso en tensión para rechazar su acometida. Pero nada ocurrió.

—Y pensar —dijo— que ahora podrías estar fuera, en la tormenta, tiritando en un cobertizo o en la fría arena, debajo de una barca. Y mira; aquí estás sentado en una silla cómoda, bebiendo buen vino con una dama que es amiga tuya.

No hubo respuesta por parte de Big Joe. Ella no podía ni oírle ni verle. Tía Ignacia apuró su vaso. Mandó la virtud a paseo.

—Mi amiga Cornelia Ruiz me ha dicho que gracias al frío y la lluvia conoció a algunos de sus mejores amigos. Ella les dio cobijo y ahora son buenos amigos.

Un pequeño estrépito partió del sitio donde estaba Big Joe. Tía Ignacia sabía que él había dejado caer el vaso, pero ningún movimiento siguió al ruido.

«A lo mejor está enfermo», pensó. «Quizá se ha desmayado». Se levantó, encendió una cerilla y prendió la mecha de la lámpara. A continuación se volvió hacia el huésped.

Big Joe estaba monumentalmente dormido. Tenía los pies extendidos, la cabeza hacia atrás y la boca muy abierta. Mientras le miraba con asombro y susto, el dormido exhaló un descomunal ronquido. Big Joe era absolutamente incapaz de no dormirse cuando estaba calentito y a gusto.

Tía Ignacia tardó un instante en desatar sus apremiantes sentimientos. Había heredado no poca sangre india. No dio un alarido, no: aunque temblaba de cólera, se dirigió hacia el cesto de la leña, agarró una estaca adecuada, la sopesó, la dejó y eligió otra. Luego se dio media vuelta lentamente hasta plantarse delante de Big Joe. El primer estacazo le alcanzó en el hombro y le derribó de la silla.

—¡Cerdo! —Gritó tía Ignacia—. ¡Asquerosa basura! ¡Al barro contigo!

Joe rodó por el suelo. El segundo golpe le dejó una mancha de barro en las posaderas. Big Joe empezaba a desperezarse velozmente.

—¿Eh? —indagó—. ¿Qué pasa? ¿Qué haces?

—Ya te enseñaré yo —chilló tía Ignacia. Abrió la puerta y volvió corriendo hacia él. Big Joe se tambaleó bajo los golpes. La estaca le machacaba la espalda, los hombros, la cabeza. Salió disparado por la puerta, protegiéndose la cabeza con las manos.

—No —suplicó—, no hagas eso. ¿Qué pasa?

La furia le persiguió como un avispón por el sendero del jardín hasta la fangosa calle. Su cólera era terrible. Le siguió por el camino sin dejar de pegarle.

—¡Eh! —gritó él—. Ya basta.

La agarró y la sujetó mientras ella se debatía violentamente para liberar los brazos y seguir golpeando.

—¡Gran basura, cerdo! —gritaba—. ¡Vaca, más que vaca!

No podía soltarla sin correr el riesgo de encajar más estacazos, de modo que la sujetó con fuerza y, mientras lo hacía, el amor brotó en el pecho de Big Joe. El amor cantó en el interior de su cabeza, resonó en su cuerpo como un gran curso de agua que se adentra en el mar; le estremeció como una tormenta tropical estremece un bosque de palmeras. La sujetó enérgicamente durante un momento hasta que la ira femenina se aplacó.

De noche, en Monterrey, un policía patrulla por las calles en una motocicleta para asegurarse de que todo está en orden. Jake Lake estaba haciendo su ronda con un impermeable de brillo apagado como el del basalto. Se sentía desdichado e incómodo. Su recorrido no era tan penoso en las zonas pavimentadas, pero parte de la ronda comprendía los senderos embarrados de Tortilla Flat, y allí las salpicaduras de barro amarillo eran muy desagradables. La lucecita de la moto destellaba, sinuosa. El motor tosía a causa del esfuerzo.

De repente Jake Lake se quedó mudo de asombro y paró el motor.

—Pero ¿qué demonios pasa? Oye, ¿qué diablos es esto?

Big Joe giró la cabeza.

—Ah, ¿eres tú, Jake? Oye, Jake, ya que de todas formas nos vas a encerrar, ¿te importaría esperar un minuto?

El policía puso el motor en marcha.

—Salid de la calzada —dijo—. Va a pasar alguien y os va a atropellar.

El motor rugió en el barro, y el parpadeo de su pequeño faro desapareció tras el recodo. La lluvia palmoteaba suavemente sobre los árboles de Tortilla Flat.

12

De cómo los amigos de Danny ayudaron al pirata a cumplir una promesa, y de cómo, en recompensa por su mérito, los perros del pirata tuvieron una visión santa.

Todas las tardes, el Pirata empujaba colina arriba su carretilla vacía hasta el patio de Danny. La apoyaba contra la cerca y la tapaba con un saco; luego enterraba su hacha en la tierra, pues —como todo el mundo sabe— el acero se endurece si se entierra. Por último entraba en la casa, hurgaba en una bolsa de piel de buey que colgaba de su cuello atada con una cuerda, sacaba el cuarto de dólar cotidiano y se lo entregaba a Danny. A continuación los dos amigos y cualquier otro que estuviese en casa entraban solemnemente en el dormitorio, pisando la ropa de cama esparcida por el suelo. Mientras los paisanos contemplaban la escena, Danny tanteaba debajo de su almohada, sacaba la bolsa de lona y depositaba en ella la nueva moneda. Este hábito databa de mucho tiempo atrás.

La bolsa de dinero se había convertido en el simbólico centro de la amistad, en el eje de confianza sobre el que giraba la fraternidad. Estaban orgullosos del dinero, orgullosos de no haberlo manoseado nunca. Con no poca complacencia, habían convertido en una cuestión de dignidad la custodia del tesoro del Pirata. Buena cosa es para un hombre que confíen en él. En la mente de los amigos, aquellas monedas desde hacía mucho habían dejado de ser dinero

líquido. Es cierto que durante una temporada habían soñado con la cantidad de vino que podría adquirirse con él, pero al cabo de un tiempo dejaron de concebirlo como moneda de curso legal. El tesoro estaba destinado a la compra de un candelero de oro, y dicho objeto hipotético era propiedad de San Francisco de Asís. Es mucho peor defraudar a un santo que tomarse libertades con la ley.

Una noche, por medio de ese telégrafo rápido y exacto que nadie entiende, se divulgó la noticia de que un guardacostas había encallado en las rocas, cerca de Carmel. Big Joe Portagee había salido a ocuparse de sus propios asuntos, pero Danny, Pilón, Pablo, Jesús María, el Pirata y sus perros se encaminaron alegremente hacia el litoral: lo que más les gustaba en el mundo era recolectar cosas de utilidad en la playa. Pensaban que era lo más emocionante de la vida. Aunque llegaron algo tarde, recuperaron el tiempo perdido. Toda la noche faenaron por la playa y reunieron un buen montón de pecios, una lata de cinco libras de mantequilla, varias cajas de conservas envasadas, una *Bowditch* empapada de agua, dos chaquetones de marinero, un tonel de agua de bote salvavidas y una ametralladora. Al alborear montaban guardia junto a una pila considerable de hallazgos.

Aceptaron la suma total de cinco dólares que les ofreció un espectador, pues quedaba totalmente descartada la posibilidad de transportar todo aquel pesado cargamento a lo largo de unos diez kilómetros de empinada ladera hasta Tortilla Flat.

Como ese día no había cortado leña, el Pirata recibió de Danny el cuarto de dólar correspondiente y lo guardó en la bolsa que le colgaba del cuello. Más tarde, fatigados pero rebosantes de una cálida y prometedora dicha, se pusieron en camino a través de las colinas hacia Monterrey.

Llegaron por la tarde a la casa de Danny. El Pirata abrió su bolsa como si oficiara un ritual y le entregó a Danny la moneda de cuarto. Todos, en tropel, entraron en el dormitorio. Danny palpó debajo de la almohada… y sacó la mano vacía. Apartó la almohada, dio la vuelta al colchón y luego se volvió lentamente hacia sus amigos, con una

mirada más feroz que la de un tigre. Escudriñó cara tras cara y en todas vio tanto horror e indignación que no podía ser fingido.

—Bueno —dijo—, bien. —El Pirata se echó a llorar y Danny le rodeó el hombro con el brazo.

—No llores, amigo mío —dijo con voz siniestra—. Vas a recobrar todo tu dinero.

Los paisanos salieron en silencio del dormitorio. Danny fue al patio y encontró una gruesa estaca de pino de un metro de largo; la hizo oscilar para probarla. Pablo entró en la cocina y salió con un viejo abrelatas de cuchilla atroz. Jesús María extrajo de debajo de la casa un mango de pico roto. El Pirata les miraba desconcertado. Todos volvieron a entrar y se sentaron sosegadamente.

Con un gesto del pulgar, el Pirata señaló el declive de la colina.

—¿Él? —preguntó.

Danny asintió lentamente. Miraba con ojos velados, terribles. Adelantó la barbilla y, sin abandonar su asiento, todo su cuerpo zigzagueó un poquito, como una serpiente de cascabel a punto de saltar.

El Pirata salió al patio y desenterró su hacha.

Se quedaron mucho tiempo sentados en la casa. No se pronunció ni una sola palabra, pero una oleada de fría cólera inundaba, agazapada, toda la habitación. El sentimiento reinante era el que siente una roca cuando la mecha se encamina ardiendo al encuentro con la dinamita.

Declinó la tarde; el sol se acostó tras la colina. Todo el vecindario de Tortilla Flat parecía callado y expectante.

Oyeron sus pasos en la calle y apretaron con más fuerza las estacas. Joe Portagee cruzó inestablemente el pórtico y traspasó la puerta delantera. Llevaba en la mano un galón de vino. Examinó los rostros con mirada incómoda, pero sus amigos permanecieron inmóviles y no le miraron directamente.

—Hola —dijo Big Joe.

—Hola —dijo Danny. Se puso en pie y se estiró indolentemente. No fue derecho hacia él, sino que se acercó sesgadamente, como si

fuera a pasar por su lado. Cuando llegó a su altura, golpeó con la rapidez de una serpiente que pica. La estaca se estrelló justo detrás de la cabeza de Joe, que se desplomó, inconsciente.

Danny sacó pensativamente del bolsillo una tira de cuero sin curtir y ató los dos pulgares del hombre caído. «Agua», ordenó.

Pablo arrojó un cubo de agua a la cara de Big Joe. Giró la cabeza y estiró el cuello como una gallina; luego abrió los ojos y miró aturdido a sus amigos. No le dijeron nada en absoluto. Danny calculó minuciosamente la distancia, como un jugador de golf que va a lanzar la pelota. Descargó la estaca sobre el hombro de Big Joe; entonces los paisanos emprendieron su tarea de forma fría y metódica. Jesús María se encargó de las piernas, Danny de los hombros y del pecho. Big Joe rodó por el suelo, aullando. Le magullaron todo el cuerpo, del cuello para abajo. Cada golpe alcanzaba un nuevo punto y le contusionaba. Los alaridos eran ensordecedores. El Pirata, en pie, sostenía el hacha, inmóvil.

Se detuvieron cuando toda la parte delantera del cuerpo no era más que una llaga. Pablo se arrodilló con el abrelatas junto a la cabeza de Big Joe. Pilón descalzó al herido y empuñó de nuevo la vara.

Big Joe se estremeció de pánico.

—¡Está enterrado junto a la cerca! —berreó—. Por el amor de Dios, ¡no me matéis!

Danny y Pilón salieron por la puerta delantera y al cabo de unos minutos regresaron con la bolsa de lona.

—¿Cuánto has cogido? —preguntó Danny. Su voz era completamente natural.

—Solamente cuatro, lo juro por Dios. Sólo he cogido cuatro, y trabajaré para devolverlas.

Danny se inclinó, le agarró por el hombro y le puso boca abajo. Los amigos le trabajaron la espalda con la atroz precisión de antes. Los gritos se hicieron más débiles, pero la tarea no finalizó hasta dejarlo reducido a la inconsciencia. Entonces Pilón le desgarró la camisa azul y puso al descubierto la pulposa espalda en carne viva.

Con el abrelatas le marcó la piel tan diestramente que de cada raya manó poca sangre. Pablo trajo sal y le ayudó a restregar con ella la lacerada espalda. Finalmente Danny cubrió con una manta al hombre inconsciente.

—Creo que a partir de ahora será honrado —dijo Danny.

—Deberíamos contar el dinero —observó Pilón—. Hace mucho que no lo contamos.

Descorcharon el galón de vino de Big Joe y llenaron hasta arriba un tarro de frutas, pues la tarea les había fatigado y apaciguado sus emociones.

Contaron el dinero haciendo montones de diez monedas, y volvieron a contarlas, excitados.

—Pirata —exclamó Danny—, ¡hay siete más que el millar! ¡Ha llegado el momento! ¡Ha llegado el día de comprar el candelero para San Francisco!

La jornada había sido demasiado intensa para el Pirata. Fue a la esquina donde estaban los perros, descansó la cabeza encima de Fluff y prorrumpió en histéricos sollozos. Los perros le rodearon, inquietos, le lamieron las orejas y le empujaron la cara con el hocico; pero Fluff, orgulloso por el honor de haber sido elegido, se quedó tumbado tranquilamente y hozó el espeso pelo del cuello de su amo.

Danny metió el dinero en la bolsa y la guardó debajo de la almohada.

Big Joe volvió en sí y refunfuñó, porque la sal iniciaba su acción sobre la espalda. Los paisanos no le prestaron atención hasta que por fin Jesús María, siempre proclive a la humanidad, le desató los pulgares y le dio una jarra de vino.

—Ni los enemigos de nuestro Salvador le negaron un pequeño alivio —se disculpó.

Su gesto puso fin al castigo. Los amigos rodearon tiernamente al herido. Le acostaron en la cama de Danny y le quitaron la sal de las heridas. Le colocaron paños fríos en la frente y llenaron constantemente su jarra de vino. Big Joe gemía cada vez que le tocaban. Probablemente conservaba la moral intacta, pero se

hubiera podido profetizar sin temor que jamás volvería a robar a los paisanos de la casa de Danny.

Concluyó la histeria del Pirata. Bebió vino y su cara irradiaba placer mientras oía los planes que Danny trazaba en su lugar.

—Si llevamos el dinero al banco de la ciudad, creerán que lo hemos robado de una máquina tragaperras. Tenemos que llevárselo al Padre Ramón y contarle toda la historia. Luego él comprará el candelero de oro y lo bendecirá, y el Pirata irá a la iglesia. A lo mejor el Padre Ramón dice algo de él el domingo. El Pirata tiene que estar allí para escucharlo.

Pilón miró con desagrado la ropa sucia y andrajosa del Pirata.

—Mañana tienes que coger las siete monedas que sobran y comprar ropa decente —dijo severamente—. Puede que ahora estés bien vestido para la vida ordinaria, pero en una ocasión así no puedes ir a la iglesia con esa facha de rata de alcantarilla. No sería muy halagador para tus amigos.

El Pirata le miró, resplandeciente.

—Mañana lo haré —prometió.

A la mañana siguiente, fiel a su promesa, bajó a Monterrey. Hizo compras con el mayor esmero y regateó con una astucia que parecía desmentir el hecho de que no había comprado nada durante dos años. Volvió triunfante a la casa de Danny con un enorme pañuelo de seda púrpura y verde y un ancho cinturón profusamente tachonado de cuentas de cristal coloreado. Los amigos admiraron sus compras.

—Pero ¿con qué te vas a vestir? —Le interrogó Danny, desesperado—. Dos dedos te asoman por los agujeros que abriste en los zapatos para los juanetes. No tienes sombrero y ese buzo que llevas está hecho jirones.

—Tendremos que prestarle ropa —dijo Jesús María—. Yo tengo un abrigo y un chaleco. Pilón tiene un buen sombrero de su padre. Tú, Danny, puedes dejarle la camisa, y Big Joe esos elegantes pantalones azules.

—Pero entonces no podremos acompañarle —protestó Pilón.

—El candelero no es nuestro —alegó Jesús María—. No es probable que el Padre Ramón diga algo agradable sobre nosotros.

Esa tarde transportaron el tesoro a la casa del cura. Éste escuchó la historia del perro enfermo y los ojos se le enternecieron.

—Y entonces, Padre —dijo el Pirata—, allí estaba aquel buen perrito que tenía el hocico seco y los ojos como el cristal de las botellas que vienen del mar, y gemía porque estaba herido por dentro. Y luego, Padre, prometí a San Francisco el candelero de oro de los mil días. Es mi santo patrón, Padre. ¡Y luego ocurrió el milagro! El perro movió tres veces la cola, y desde entonces empezó a ponerse bueno. Fue un milagro de San Francisco, Padre, ¿no cree?

El cura asintió solemnemente.

—Sí —dijo—. Un milagro de nuestro buen San Francisco. Compraré de tu parte el candelero.

El Pirata estaba muy contento, porque no es poca cosa ver que un auténtico milagro responde a nuestra plegaria. Si se divulgara la noticia, el Pirata gozaría de mejor reputación en Tortilla Flat. Sus amigos ya le trataban con un nuevo respeto. No apreciaban más que antes su inteligencia, pero sabían que ahora todo el poder del Cielo y toda la fortaleza de los santos complementaban su parco entendimiento.

Regresaron andando a la casa de Danny y los perros fueron a su zaga. El Pirata se sentía purificado por un baño dorado de beatitud. Escalofríos y estremecimientos de placer le recorrían sucesivamente el cuerpo. Los paisanos se alegraban de haber custodiado el tesoro, pues así su acción participaba un poco de la santidad. Pilón se regocijaba de no haber llegado a robar el dinero. ¡Qué cosas más terribles podrían haber sucedido si hubiera birlado los veinticinco centavos pertenecientes a un santo! Todos los amigos estaban tan sumisos como si se hallaran en la iglesia.

Los cinco dólares recaudados en la playa habían dormido, quemando como fuego, en el bolsillo de Danny, pero ahora ya sabía lo que hacer con ellos. Él y Pilón fueron al mercado y compraron

siete libras de carne de hamburguesa, una bolsa de cebollas, pan y un gran paquete de bombones. Pablo y Jesús María fueron a casa de Torrelli a comprar dos galones de vino, y no bebieron ni una gota mientras volvían a casa.

Esa noche, con el fuego encendido y dos velas ardiendo encima de la mesa, los amigos celebraron un banquete hasta quedar saciados. Era una fiesta en honor del Pirata, que se comportó con gran dignidad. Prodigó las sonrisas a pesar de que debería haber estado serio. Pero no pudo evitarlo.

Después de haber comido hasta el hartazgo, se recostaron en sus asientos y bebieron vino de los tarros de frutas. Llamaban al Pirata «nuestro buen amigo».

Jesús María preguntó:

—¿Cómo te sentiste cuando sucedió? ¿Cómo te sentías cuando hiciste la promesa de comprar el candelero y el perro empezó a ponerse bien? ¿Tuviste alguna visión santa?

El Pirata trató de recordar.

—Me parece que no. A lo mejor tuve una visión, quizá vi a San Francisco en el aire brillando como el sol…

—¿No logras recordarlo? —insistió Pilón.

—Sí, creo que recuerdo. San Francisco me miró y me sonrió, como el buen santo que es. Entonces supe que había hecho el milagro. Dijo: «Sé bueno con los pobres perritos, hombre sucio».

—¿Te llamó hombre sucio?

—Bueno, yo lo era, y un santo no anda diciendo mentiras.

—Yo creo que no recuerdas nada —comentó Pablo.

—Bueno, quizá no. Pero creo que sí. El Pirata estaba ebrio de felicidad por el honor y el agasajo.

—Mi abuela vio a la Santa Virgen —dijo Jesús María—. Estaba enferma de muerte y yo mismo la oía llorar. «Oh», dijo. «He visto a la Madre de Dios. Oh. Mi querida María, llena de gracia».

—A algunos se les concede la gracia de ver esas cosas —dijo Danny—. Mi padre no era un hombre muy bueno, pero a veces vio

santos y a veces vio cosas malas, según fuese bueno o malo cuando tenía visiones. ¿Tú nunca has tenido otra, Pirata?

—No —respondió el Pirata—. Me daría miedo ver alguna más.

Fue una fiesta decorosa durante un largo tiempo. Los amigos sabían que esa noche no estaban solos. A través de las paredes, las ventanas y el techo se sentían observados por los ojos sagrados de los santos.

—Tu candelero estará allí el domingo —dijo Pilón—. Nosotros no podemos ir porque tú llevarás nuestra ropa. No digo que el Padre Ramón vaya a mencionar tu nombre, pero tal vez diga algo sobre el candelero. Tienes que acordarte de lo que diga, Pirata, para contárnoslo luego.

Pilón se puso severo.

—Hoy, amigo mío, había perros por toda la casa del Padre Ramón. Hoy puede pasar, pero no olvides que no tienes que llevarlos el domingo. No es correcto que entren perros en la iglesia. Déjalos en casa.

El Pirata pareció decepcionado.

—Quieren ir —explicó—. ¿Cómo voy a dejarlos? ¿Y dónde puedo dejarlos?

Pablo se sobresaltó.

—Hasta ahora, amigo Pirata, te has comportado como Dios manda en este asunto. ¿Y justo al final quieres cometer un sacrilegio?

—No —dijo el otro humildemente.

—Entonces deja los perros aquí y nosotros los cuidaremos. Sería un sacrilegio llevarlos a la iglesia.

Fue curioso lo sobriamente que bebieron esa noche. Incluso tardaron tres horas en cantar una canción obscena. Y hasta hora muy tardía su pensamiento no se descarrió pensando en mujeres ligeras. Y para cuando su mente abrigó deseos pendencieros, estaban demasiado cansados para pelear. Aquella velada marcó un gran hito en sus vidas.

El domingo por la mañana se preparó todo violentamente. Lavaron al Pirata y le inspeccionaron las orejas y los orificios de la nariz. Envuelto en una manta, Big Joe vio cómo el Pirata se ponía sus pantalones azules de sarga. Pilón sacó el sombrero de su padre. Convencieron al Pirata de que no llevara el cinturón de cuentas por fuera del abrigo, y le enseñaron a dejarlo abierto para que a intervalos centelleara el vidrio. El mayor problema estribó en los zapatos. Al Pirata sólo le cabía el calzado de Big Joe, y los zapatos de éste estaban en peor estado que los suyos. La dificultad residía en los agujeros practicados para alivio de los juanetes; por ellos asomaban los dedos del pie. Finalmente Pilón resolvió el dilema con un poco de hollín que cogió de la estufa. Bien frotado por la piel, el hollín casi ocultaba el respiradero para los juanetes.

Por fin el Pirata estuvo listo: lucía con desparpajo en la cabeza el sombrero del padre de Pilón, llevaba la camisa de Danny, los pantalones de Big Joe, el enorme pañuelo en torno al cuello y, a intervalos, mostraba el centelleo del cinturón tachonado. Dio unos pasos para que los amigos le examinasen, y todos le observaron con mirada crítica.

—Recoge los pies, Pirata.

—No arrastres los talones.

—Basta ya de manosear el pañuelo.

—La gente que te va a ver pensará que no estás acostumbrado a ir bien vestido.

Por último el Pirata habló a sus amigos.

—Si por lo menos los perros pudieran venir conmigo —se quejó —. Les diría que no pueden entrar en la iglesia.

Los paisanos no cedieron.

—No —dijo Danny—. Acabarían entrando de algún modo. Los guardaremos aquí.

—No les gustará —dijo el Pirata, en vano—. A lo mejor se sienten solos.

Se volvió hacia los perros que estaban en la esquina.

—Tenéis que quedaros —dijo—. No está bien que entréis en la iglesia. Quedaos con mis amigos hasta que yo vuelva.

Luego se deslizó fuera y cerró la puerta al salir. Al instante estalló en la casa un salvaje clamor de ladridos y aullidos. Sólo su fe en el buen juicio de sus amigos impidió que el Pirata se ablandara.

Mientras bajaba la calle, se sintió desnudo y desprotegido sin sus perros. Era como si le faltara uno de los sentidos. Le daba miedo estar en la calle solo. Cualquiera podría atacarle. Pero prosiguió valientemente su camino, cruzó la ciudad y enfiló hacia la iglesia de San Carlos.

Antes de que el oficio comenzase, las puertas de batientes estaban abiertas. El Pirata hundió los dedos en la pila de agua bendita, se persignó, se arrodilló ante la Virgen, penetró en la iglesia, saludó al altar y tomó asiento. La larga nave estaba bastante oscura, pero ardían velas en el elevado y llameante altar. Delante de las imágenes laterales, las lámparas votivas estaban encendidas. El viejo y dulce incienso perfumaba la atmósfera.

El Pirata concentró su mirada en el altar durante un tiempo, pero se trataba de algo muy remoto, demasiado sagrado para pensar en ello, totalmente inaccesible para un pobre hombre. Sus ojos buscaron algo más acogedor, algo que no le asustase. Y allí, delante de la estatua de San Francisco, había un hermoso candelero de oro en el que ardía una larga vela.

El Pirata suspiró, emocionado. Y aun cuando la gente ya había entrado y las puertas ya no estaban abiertas, y el oficio litúrgico se había iniciado y él seguía la liturgia, no pudo apartar la vista de su santo y del dorado candelero. Era tan hermoso. No podía creer que él, el Pirata, lo hubiese donado. Buscó con los ojos la cara del santo para ver si le gustaba su regalo. Estaba seguro de que la imagen sonreía un poco alguna que otra vez, con la sonrisa recurrente de quien piensa en cosas agradables.

Por fin comenzó el sermón.

—Hay una nueva hermosura en esta iglesia —dijo el Padre Ramón—. Uno de los hijos de la Iglesia ha donado un candelero de

oro a la gloria de San Francisco.

Luego contó la historia del perro, y la refirió algo mal a propósito. La mirada del cura recorrió las caras de los feligreses hasta que vio en ellas algunas sonrisas.

—No debemos pensar que es algo gracioso —dijo—. San Francisco amaba tanto a los animales que les predicaba.

Y entonces el cura refirió la historia del lobo malo de Gubbio, de las tórtolas salvajes y de la hermana alondra. El Pirata le miraba cada vez más maravillado a medida que el sermón avanzaba.

De repente se oyó en la puerta un ruido impetuoso. Se oyeron furiosos ladridos y arañazos. Las puertas se abrieron tumultuosamente y en la iglesia irrumpieron Fluff y Rudolph, Enrique, Pajarito y Señor Alec Thompson. Husmearon el aire y después se lanzaron en tromba hacia el Pirata. Le saltaron encima con lloriqueos y leves aullidos. Se agruparon en torno de su amo.

El cura interrumpió la prédica y miró sombríamente hacia el lugar donde se había producido el alboroto. El Pirata, impotente, miró hacia atrás con angustia; pero en vano, porque ya se había cometido el sacrilegio.

Entonces el Padre Ramón rió y toda la comunidad rió.

—Saca fuera a los perros —dijo—. Que esperen hasta que hayamos acabado.

El Pirata, con gestos de turbación y de disculpa, sacó a los perros afuera.

—Eso no está bien —les dijo—. Estoy enfadado con vosotros. Oh, avergonzado de vosotros.

Los perros se pegaron al suelo y lloriquearon lastimosamente.

—Ya sé lo que habéis hecho —les dijo—. Habéis mordido a mis amigos, roto la ventana y venido hasta aquí. Ahora estad quietos y esperad, perros malos, sacrílegos.

Les dejó presa de arrepentimiento y pesadumbre y volvió a entrar en la iglesia. Los feligreses, que todavía reían, se volvieron a mirarle hasta que se hundió en su banco e intentó pasar inadvertido.

—No te avergüences —dijo el Padre Ramón—. No es pecado ser amado por tus perros ni que ellos te amen. Escucha lo mucho que San Francisco amó a los animales.

Y siguió contando más historias del santo.

La sensación de apuro abandonó al Pirata. Movió los labios. «Oh», pensó, «si los perros pudieran oír esto. Les encantaría saber todo esto». Acabado el sermón, las historias seguían tintineando en sus oídos. Su cuerpo siguió el ritual como un autómata, pero su espíritu no escuchaba el oficio. Una vez concluido, se precipitó a la puerta. Fue el primero que salió de la iglesia. Entristecidos y tímidos aún, los perros le rodearon.

—Venid —les dijo—. Tengo algo que contaros. Subió al trote la colina hacia el bosque de pinos, y los perros corrían y brincaban a su lado. Llegó al cobertizo de la leña, lo rebasó y siguió su marcha hasta encontrar un largo pasillo entre los pinos, donde las ramas se juntaban arriba y los troncos arbóreos estaban muy próximos. Miró en torno para asegurarse de que estaban solos.

—Quiero contarlo exactamente como fue —dijo—. Si hubierais estado allí y oído lo que decía el cura… —Colocó una piedra grande sobre otra—. Aquí está la estatua —explicó a los perros. Clavó en el suelo una pequeña vara—. Y aquí mismo está el candelero con su vela.

Estaba oscuro en el claro, y la resina de pino endulzaba el aire. Los árboles susurraban suavemente al impulso de la brisa. El Pirata dijo, con autoridad:

—Ahora, Enrique, siéntate aquí. Y tú aquí, Rudolph. Y que Fluff se siente aquí porque es el más pequeño. Pajarito, pedazo de tonto, siéntate y no alborotes. Señor Alec Thompson, no puedes tumbarte.

De este modo los colocó en dos filas, dos delante y tres detrás.

—Quiero explicaros cómo fue —dijo—. Estáis perdonados por entrar en la iglesia. El Padre Ramón dijo que esta vez no era sacrilegio. Y ahora atención. Tengo cosas que contaros.

Sentados en sus sitios, los perros le miraban seriamente. Señor Alec Thompson movió el rabo hasta que el Pirata se dirigió a él.

—No hagas eso aquí —le dijo—. A San Francisco no le importaría, pero a mí no me gusta que menees el rabo mientras escuchas. Y ahora voy a hablaros de San Francisco.

Aquel día su memoria estaba inspirada. El sol halló intersticios entre el follaje y trazó brillantes diseños sobre el tapiz de agujas de pinos. Pacientemente sentados, los perros clavaron los ojos en los labios de su amo. Contó todo lo que el cura había dicho, todas las historias, todos los comentarios. Apenas dijo una palabra improvisada.

Cuando terminó, miró solemnemente a los perros.

—San Francisco hizo todo eso.

Cesaron los susurros de los árboles. El bosque estaba silencioso y embrujado.

De pronto se oyó un levísimo sonido a espaldas del Pirata. Todos los perros alzaron la mirada. Al Pirata le daba miedo volver la cabeza. Hubo una larga pausa.

El momento pasó. Los perros bajaron los ojos. Las copas de los árboles recobraron vida y los dibujos trazados por la luz del sol iniciaron un desconcertante movimiento.

El Pirata estaba tan feliz que le dolía el alma.

—¿Le habéis visto? —clamó—. ¿Era San Francisco? ¡Oh, qué buenos perros debéis ser para tener una visión!

Los animales brincaron al oírle. Abrieron las fauces y agitaron el rabo alegremente.

13

De cómo los amigos de Danny acudieron precipitadamente en ayuda de una dama afligida.

La señora Teresina Cortez, sus ocho hijos y su anciana madre vivían en una agradable casita campestre al borde del profundo barranco que forma el límite meridional de Tortilla Flat. Teresina tenía buen tipo de mujer madura que ronda la treintena. Su madre, reliquia antigua, reseca y desdentada de una generación pasada, se acercaba a los cincuenta. Había transcurrido mucho tiempo desde que alguien recordara que se llamaba Angélica.

Durante la semana, la vieja, tenía mucho quehacer, pues era su deber alimentar, castigar, mimar, vestir y acostar a siete de los ocho niños. Teresina se ocupaba del octavo y se preparaba para la llegada del noveno.

El domingo, en cambio, la vieja, vestida con satén negro más antiguo que ella misma, y tocada con el duelo macabro y duradero de un negro sombrero de paja que llevaba cosidas dos auténticas cerezas de yeso esmaltado, mandó el trabajo a paseo y se fue resueltamente a la iglesia, donde permaneció tan inmóvil como los santos en sus nichos. Una vez al mes, por la tarde, iba a confesarse. Sería interesante conocer de qué pecados se acusaba y de dónde sacaba tiempo para cometerlos, pues en casa de Teresina había criaturas que gateaban, reptaban, tropezaban, chillaban,

mataban gatos y se caían de los árboles, y era muy verosímil que cada una de estas cosas aconteciera puntualmente cada dos horas.

¿Es de extrañar que la vieja tuviera un alma distante y nervios de acero? Cualquier otra, en su lugar, se hubiera desgañitado emitiendo gritos como pequeños cohetes.

Teresina era una mujer de mente ligeramente perpleja. Su cuerpo era una de esas retortas perfectas para la destilación de hijos. El primero, concebido a la edad de catorce años, le causó una conmoción; tan conmocionada estaba que lo dio a luz de noche en un campo de fútbol, lo envolvió en papel de periódico y lo abandonó para que lo encontrara el vigilante nocturno. Esto era un secreto. Incluso de saberse ahora, Teresina podría verse en apuros.

A los dieciséis años, Alfred Cortez se casó con ella y le dio su nombre y los dos cimientos de la familia, Alfredo y Ernie. Cortez dio apellido a su esposa alegremente. En realidad, estaba usando su propio nombre de modo provisional. Antes de llegar a Monterrey y después de marcharse, se llamaba Guggliemo. Desapareció después de nacer Ernie. Acaso presintió que la vida conyugal con Teresina no iba a ser apacible.

La regularidad con que se convertía en madre siempre le asombró a ella misma. En ocasiones no lograba recordar quién era el padre del bebé en camino; y a veces casi llegó a convencerse de que no era necesario el concurso de un amante. En la época en que estuvo en cuarentena como transmisora de difteria, quedó embarazada exactamente igual. Sin embargo, cuando a su cerebro se le hacía muy difícil desembrollar la madeja de un dilema, dejaba su solución en manos de la Madre de Jesús, de la que sabía que tenía más conocimiento, interés y tiempo que ella para tales menesteres.

Teresina se confesaba con frecuencia. Desesperaba al Padre Ramón. Éste había advertido que mientras sus rodillas, manos y labios hacían penitencia por un pecado anterior, los modestos y provocativos ojos de su feligresa, centelleando bajo pestañas pintadas, asentaban los cimientos de uno nuevo.

Por la época de la que he estado hablando, ya había nacido el noveno hijo y de momento la madre no tenía compromisos. La vieja recibió una nueva carga; Alfredo empezó su tercer año de primaria, Ernie inició el segundo y Panchito fue a la escuela por primera vez.

Por esa época, en California se puso de moda que las pedagogas visitaran las aulas e interrogaran a los niños sobre detalles íntimos de su vida hogareña. Alfredo, que cursaba primaria, fue convocado en el despacho del director porque se estimaba que era un niño flaco.

La pedagoga de visita, especializada en psicología infantil, dijo amablemente:

—Freddie, ¿comes suficiente?

—Claro —respondió Alfredo.

—Bueno, veamos. Dime lo que has desayunado.

—Tortillas y judías.

La pedagoga hizo con la cabeza al director un gesto de desaliento.

—¿Qué comes en casa al mediodía?

—No voy a casa.

—¿No comes al mediodía?

—Claro. Traigo judías envueltas en una tortilla.

Los ojos de la mujer denotaron verdadera alarma, pero se controló.

—¿Qué comes por la noche?

—Tortillas y judías.

La psicología abandonó a la visitante.

—¿Quieres decirme que no sales de ahí y que no comes más que tortillas y judías?

Alfredo estaba atónito.

—Jesús, ¿qué más quiere? —dijo.

En su momento el médico de la escuela fue informado por la horrorizada pedagoga. Un día fue en coche a casa de Teresina para tomar cartas en el asunto. Al cruzar el patio, las criaturas reptantes, los seres que gateaban y tropezaban, estaban componiendo una

terrible sinfonía de alaridos. El médico se paró ante la puerta abierta de la cocina. Con sus propios ojos vio que la vieja se acercaba a la cocina, hundía una gran cuchara en una olla y sembraba el suelo de judías cocidas. El ruido cesó al instante. Los niños que gateaban, reptaban y tropezaban pusieron manos a la obra con callada industria, yendo de una judía a otra y haciendo un alto únicamente para comerlas. La vieja volvió a su silla para gozar de un momento de paz. Los niños se arrastraban bajo la cama, las sillas, la cocina, con la determinación de pequeños chinches. El médico se quedó dos horas, porque sintió espoleado su interés científico. Se marchó moviendo la cabeza.

Seguía moviéndola incrédulamente al redactar su informe. «Les sometí a todas las pruebas que conozco», dijo, «dientes, piel, esqueleto, ojos, coordinación. Señores, se están nutriendo de un veneno lento que toman desde que nacieron. Señores, ¡les aseguro que no he visto niños más sanos en mi vida!». La emoción le superó. «Los muy animalillos», agregó. «No he visto dientes así en toda mi vida. ¡No he visto nunca dientes parecidos!».

Se preguntarán cómo Teresina procuraba el sustento a su familia. Una vez que han pasado las trilladoras pueden verse, en el lugar donde se han parado, grandes montones de vainas de judía. Si se extiende una manta en el suelo y, una tarde de viento, se agitan las vainas en el aire encima de la manta, se verá que las trilladoras no son infalibles. En una tarde de trabajo es posible recoger veinte o más libras de judías.

En otoño, la vieja y los niños que sabían andar iban a los campos y aventaban las vainas. A los terratenientes no les importaba, porque la anciana no hacía ningún daño. Tenía que ser un mal año para que no cosechase de trescientas a cuatrocientas libras de judías.

Con tal cantidad de legumbres en casa, no hay miedo a morirse de hambre. Otras cosas, los manjares como el azúcar, los tomates, pimientos, café, pescado o carne, pueden llegar a veces milagrosamente, por intercesión de la Virgen, o en ocasiones

gracias a la laboriosidad o la inteligencia; pero en casa hay judías y uno se halla a salvo. Las judías son como un techo encima del estómago; son un cálido abrigo contra la inclemencia económica.

Una sola cosa podía amenazar la vida y la dicha de la familia de Teresina Cortez: un desastre en la cosecha de judías.

Cuando están maduras, los pequeños arbustos se arrancan y se juntan en montones para que se sequen y se pongan crujientes a fin de que entre en acción la trilladora. Luego llega el momento de rezar para que no llueva. Cuando los montoncitos de judías ya forman hileras amarillas contra los oscuros campos, los granjeros miran al cielo, amenazando, temerosos, a cada nube que pasa; en efecto, si llueve hay que dar la vuelta a los montones para que se sequen de nuevo. Y si vuelve a llover antes de que estén secos, habrá que volver a voltearlos. Y si hay un tercer aguacero, el moho y la putrefacción se enraízan y se pierde la cosecha.

Cuando las judías estaban secándose, la vieja tenía la costumbre de encender una vela a la Virgen.

El año del que estoy hablando, las judías estaban ya en montones y la vela prendida. En casa de Teresina, los sacos de arpillera estaban extendidos para la recolección.

Las trilladoras estaban limpias y aceitadas.

Cayó un aguacero.

Más jornaleros que de costumbre se precipitaron al campo y dieron la vuelta a los montículos empapados. La vieja encendió otra vela.

Siguió lloviendo.

Entonces la vieja compró dos velas con una pequeña moneda de oro que había guardado durante muchos años. Los braceros pusieron de nuevo las judías vueltas hacia el cielo; y luego cayó un chaparrón frío e inclemente. Ni una sola judía se cosechó en el condado. El arado removió los terrones empapados.

Y la congoja invadió la casa de Teresina Cortez. El sostén de la vida se había roto; el pequeño tejado destruido. Aquella verdad eterna —las judías— se había desvanecido. De noche los niños

lloraban de terror ante la inminente inanición. No se lo dijeron, pero lo sabían. La vieja, como siempre, acudió a la iglesia, pero sus labios dibujaban una mueca de desprecio al mirar a la Virgen. «Aceptaste dos velas», pensó. «Ah, sí. Eres codiciosa con las velas. Oh, desconsiderada». Y hoscamente trasladó su devoción a Santa Clara. Le contó la injusticia de que había sido víctima. Se permitió un pensamiento un poco malicioso respecto al nacimiento de la Virgen. «Ya ves, a veces Teresina tampoco puede recordar», dijo a Santa Clara, malignamente.

Ya se ha dicho que Jesús María Corcoran era un hombre de gran corazón. Y al igual que algunas personas humanitarias, poseía ese don de verse inevitablemente atraído hacia aquellas esferas donde su instinto era necesario. ¡Cuántas veces había auxiliado a muchachas que precisaban consuelo! Se sentía irresistiblemente atraído por toda tristeza o pesadumbre. Hacía muchos meses que no había estado en casa de Teresina. Si no existiese una atracción mística entre el dolor y los humanitarios, ¿cómo se explicaría que fuese a visitarla el mismísimo día en que se coció la última judía del año anterior?

Se sentó en la cocina, apartando suavemente a los niños de sus pies. Y miró a Teresina con ojos amables y apesadumbrados mientras ella le contaba la calamidad. La miró fascinado cuando volvió el saco de revés para demostrar que no quedaba ni una sola judía. Asintió, compadecido, cuando ella le señaló a los niños, que pronto serían esqueletos, pronto morirían de inanición.

Entonces la vieja refirió amargamente el engaño de que le había hecho víctima la Virgen. Pero a este respecto Jesús María no fue tan comprensivo.

—¿Qué sabes tú, vieja? —dijo austeramente—. Quizá la Santa Virgen tenía cosas que hacer en otro sitio.

—Le puse cuatro velas —insistió la vieja, estridentemente.

Jesús María la miró con frialdad.

—¿Qué son cuatro velas para Ella? —dijo—. He visto iglesias donde tenía cientos. No está ávida de velas.

Pero mentalmente se angustiaba por el problema de Teresina. Esa noche habló inspirada y lastimeramente a los amigos en la casa de Danny. Del fondo de su corazón brotó una elocuente oratoria, un apasionado alegato por aquellos chiquillos sin judías. Y tan expresivo fue su parlamento que el fuego de su corazón incendió los de sus amigos. Se pusieron en pie de un brinco. Les brillaban los ojos.

—Esos niños no morirán de hambre —declararon—. ¡Nos ocuparemos de ellos!

—Vivimos en la opulencia —dijo Pilón.

—Compartiremos con ellos nuestros bienes —decidió Danny—. Y si necesitaran una casa, podrían vivir aquí.

—Empezaremos mañana —dijo Pablo—. ¡Se acabó la vagancia! ¡A trabajar! ¡Tenemos cosas que hacer!

Jesús María sintió la satisfacción que experimenta un jefe ante el apoyo de sus seguidores.

No era una vana jactancia. Recolectaron pescado. Saquearon el huerto de verduras del hotel Del Monte. Fue una gloriosa cosecha. ¿Hay algo más gratificante que el robo desprovisto del estigma de robo, el delito cometido en nombre del altruismo?

El Pirata subió a treinta centavos el precio de la leña y todas las mañanas recorrió tres nuevos restaurantes. Big Joe birló una y otra vez la cabra de la señora Palochico, y una vez tras otra el animal volvió a casa.

Los alimentos empezaban a llenar la casa de Teresina. Cajas de lechuga descansaban en el pórtico, el olor fuerte de la caballa estropeada inundaba el vecindario. Y la llama de la caridad aún no se había extinguido en el espíritu de los paisanos.

Si se consultaran los ficheros del departamento policial de Monterrey, podría comprobarse que por aquella época hubo una oleada de delitos menores en el municipio. El coche de policía iba a toda velocidad de un sitio a otro. Aquí habían hurtado una gallina, allí faltaba toda una parcela de calabazas. La empresa Paladini denunció la pérdida de dos cajas de cien libras de bistec.

La casa de Teresina estaba cada vez más atestada. La cocina rebosaba de comida. El porche trasero estaba saturado de verduras. El olor propio de una fábrica de envasados impregnó a Tortilla Flat. Los amigos no se concedían un respiro perpetrando sus latrocinios, y hablaban y planeaban largamente con Teresina.

Al principio estaba enloquecida de júbilo por la afluencia de tanta comida, y la atención le halagaba enormemente. Al cabo de una semana no parecía tan segura. El benjamín tuvo un cólico. Ernie contrajo una especie de trastorno intestinal. A Alfredo se le puso la cara colorada. Las criaturas reptantes y gateantes no paraban de llorar. A Teresina le daba vergüenza decir a los amigos lo que debía decirles. Necesitó varios días para armarse de valor; y en ese intervalo llegaron a su casa cincuenta libras de apio y un cajón de melones. Por fin tuvo que decírselo. Los vecinos empezaban a mirarla enarcando las cejas.

Convocó a los amigos de Danny en la cocina y les informó del problema con modestia y tacto para no herir sus sentimientos.

—Las verduras y la fruta no son buenas para los niños —explicó —. La leche produce diarrea a un bebé destetado. —Señaló a los niños hartos e irritados. Ya veían: estaban todos enfermos. Su dieta no era adecuada.

—¿Qué comida es la apropiada? —preguntó Pilón.

—Judías —dijo ella—. Es un alimento digno y de confianza, algo que no pasa todo derecho.

Los amigos se marcharon en silencio. Pretendían convencerse de que estaban descorazonados, pero sabían que desde hacía días les faltaba el fuego inicial de su entusiasmo.

En casa de Danny celebraron una conferencia.

No había que contarlo en ciertos círculos, porque las consecuencias podrían ser graves.

Mucho después de medianoche cuatro formas oscuras y anónimas cruzaron como sombras la ciudad. Cuatro siluetas indistintas treparon hasta la plataforma de la Western Warehouse Company. El guardián dijo más tarde que oyó ruidos, investigó y no

vio nada. No acertó a explicar cómo sucedió la cosa, cómo rompieron una cerradura y forzaron la puerta. Los cuatro hombres que sabían que el guardián estaba durmiendo como un tronco nunca le denunciarían.

Un ratito después, las cuatro sombras salieron del almacén dobladas por el enorme peso de su cargamento. Las anónimas formas emitían jadeos y resoplidos.

A las tres de la mañana Teresina se despertó al oír que la puerta de atrás se había abierto. «¿Quién anda ahí?», gritó.

No hubo respuesta, pero oyó los cuatro grandes porrazos que estremecieron la casa. Encendió una vela y fue a la cocina descalza. Allí, contra la pared, había cuatro sacos de cien libras de judías pintas.

Teresina corrió a despertar a la vieja.

—¡Un milagro! —exclamó—. Ven a ver a la cocina.

La vieja contempló avergonzada los rollizos sacos llenos.

—Soy una miserable y sucia pecadora —se lamentó—. Oh, Santa Madre, apiádate de esta vieja insensata. Todos los meses te pondré una vela, hasta que me muera.

En casa de Danny, cuatro amigos descansaban felices bajo las mantas. ¿Qué mejor almohada que una buena conciencia? Durmieron hasta bien avanzada la tarde, porque su trabajo ya estaba terminado.

Y Teresina supo, mediante un método que se había revelado infalible, que iba a tener un hijo. Mientras echaba en la olla una cuarta parte de las nuevas judías, se preguntaba distraídamente cuál de los amigos era el responsable.

14

De la buena vida en casa de Danny, del obsequio de un puerco, de la pesadumbre de Tall Bob, y del amor frustrado del viejo Ravanno.

Los paisanos de Tortilla Flat no usaban relojes de pared ni de pulsera. De vez en cuando, uno de los amigos adquiría un reloj por un azar ciertamente extraordinario, pero sólo lo guardaba el tiempo suficiente para trocarlo por algo que quisiera realmente. Los relojes gozaban de buena reputación en casa de Danny, pero únicamente como instrumento de cambio. Para fines prácticos ya existía el sol, gran reloj dorado. Era mejor que los otros y más seguro, pues no había manera de cambiarlo por vino en casa de Torrelli.

En verano es agradable levantarse cuando las manecillas de un reloj de pared marcan las siete, pero en invierno esa misma hora carece de utilidad. ¡Cuánto más grato es el sol! El momento preciso para levantarse es cuando el sol despeja la copa de los pinos y se aferra al porche delantero. Es la hora en que las manos no se estremecen ni retiembla el estómago vacío.

El Pirata y sus perros dormían en el salón, seguros y calientes en su esquina. Pilón, Pablo, Jesús María, Danny y Big Joe dormían en el dormitorio. A pesar de su gran deferencia y de toda su generosidad, Danny nunca consintió que nadie utilizara su cama. Big Joe lo intentó dos veces, pero fue golpeado en las plantas de los

pies con una vara, para que aprendiera que el lecho de Danny era una pertenencia inviolable.

Los amigos dormían en el suelo, y su ropa de cama era insólita. Pablo tenía tres pieles de oveja unidas. Jesús María reposaba con los brazos metidos en las mangas de un viejo abrigo y las piernas hundidas en las de otro. Pilón se envolvía en una gran tira de alfombra. Big Joe casi siempre se ovillaba como un perro y dormía vestido. A la par que carecía de aptitudes para conservar algo durante largo tiempo, poseía un gran talento para trocar cualquier cosa que cayese en sus manos por cierta cantidad de vino. Así pues, todos los paisanos, aunque algo ruidosos, dormían siempre cómodamente. Una noche fría, Big Joe trató de conquistar los servicios de un perro para calentarle los pies, pero recibió un buen mordisco, porque los perros del Pirata no aceptaban ser prestados.

Las ventanas carecían de cortinas, pero la Naturaleza generosa había oscurecido los cristales por medio de telarañas, polvo y las marcas claras de las gotas de lluvia.

—No estaría mal limpiar los cristales con agua y jabón —comentó una vez Danny.

La penetrante mente de Pilón abordó el problema con energía, pero le resultaba demasiado fácil. No exigía siquiera el empleo de una parte importante de sus poderes.

—Entraría más luz —dijo—. No pasaríamos tanto tiempo al aire libre si aquí hubiera luz. Y de noche, cuando la atmósfera está contaminada, no la necesitamos.

Danny retrocedió prudentemente, pues si una simple mención provocaba tan clara y rápida refutación de su proyecto, ¿qué aplastante lógica habría de desencadenar su insistencia? La ventana se quedó como estaba; y, a medida que pasaba el tiempo, mosca tras mosca servía de alimento a la familia de arañas, dejándoles la sangre y el robusto cuerpo en la tela adosada a la ventana, y a medida que el polvo se sumaba al polvo, el dormitorio fue quedando sumido en una agradable oscuridad que facilitaba el sueño lo mismo al mediodía que a la luz crepuscular.

Dormían apaciblemente; pero cuando el sol hería los cristales por la mañana y, al no poder penetrar, transformaba el polvo en plata y relucía en la iridiscencia de las moscas azules, los amigos se despertaban, se estiraban y empezaban a buscar los zapatos. Sabían que el porche delantero estaba caliente cuando el sol asomaba a la ventana.

No despertaban rápidamente, no agitaban ni sobresaltaban sus miembros con ningún movimiento repentino. No, emergían de su sopor tan suavemente como una pompa de jabón surge de un tubo. Bajaban con dificultad al fondo del barranco, todavía medio dormidos. Poco a poco renacía su voluntad. Hacían un fuego, ponían a hervir el té y lo bebían de los tarros de frutas, y por último se sentaban al sol en el porche delantero. Las llameantes moscas tejían una aureola en torno a sus cabezas. La vida cobraba forma alrededor, la vida de ayer y de mañana.

La conversación se iniciaba muy despacio, pues cada uno atesoraba aún un poco de sueño. Desde ese momento hasta después de mediodía, brotaba la camaradería intelectual. Luego alzaban los techos, espiaban las casas, escudriñaban motivos y recontaban aventuras. Por lo general sus pensamientos se centraban primero en Cornelia Ruiz, pues raro era el día y la noche en que Cornelia no hubiera vivido una curiosa e interesante aventura. Y solía tratarse de un episodio insólito del que no era posible extraer ninguna lección moral.

El sol relucía en las agujas de pino. La tierra irradiaba un olor seco y agradable. El rosal de Castilla perfumaba el mundo con sus flores. Era uno de los mejores momentos para los paisanos. La lucha por la existencia quedaba lejos. Se sentaban a enjuiciar a sus vecinos, juzgando según el interés y no en nombre de la moral. El que tuviera algo bueno que contar lo reservaba para esta ocasión. Las grandes mariposas pardas se acercaban al rosal, se posaban en sus flores y movían las alas lentamente, como si absorbieran miel por la fuerza de succión de sus alas.

—Vi a Albert Rasmussen —dijo Danny—. Vino de la casa de Cornelia. Vaya problema que tuvo la mujer. Todos los días los tiene.

—Es un modo de vivir —dijo Pablo—. Yo no soy quien para lanzar piedras, pero a veces pienso que Cornelia es un poco demasiado alegre. Sólo hace dos cosas, el amor y pelearse.

—Bueno, ¿y qué más quieres? —dijo Pilón.

—Nunca ha tenido paz —dijo Jesús María, tristemente.

—Tampoco la quiere —dijo Pilón—. Dale paz y Cornelia se muere. Amar y pelear. Es bueno eso que has dicho, Pablo. Amor, peleas y un poco de vino. Así uno siempre es joven, siempre está contento. ¿Qué le pasó ayer a Cornelia?

Danny miró triunfante a Pilón. No era frecuente que éste ignorase algo que había ocurrido. Y esta vez Danny leyó en los ojos heridos y rencorosos de Pilón que no conocía el suceso.

—Todos conocemos a Cornelia —empezó—. A veces los hombres le llevan regalos, una gallina, un conejo o una col. Pequeñas cosas que a ella le agradan. Bueno, pues ayer Emilio Murrieta le llevó un cerdito; un precioso cerdito rosa. Emilio lo encontró en el barranco. La cerda le persiguió, pero él corrió más rápido y llegó a casa de Cornelia con la cría.

—Ese Emilio es un gran hablador —prosiguió—. Le dijo a Cornelia: «No hay nada más bonito que tener un puerco. Come cualquier cosa. Es un hermoso animal. Se le coge cariño. Pero luego empieza a crecer y su carácter cambia. Se vuelve mezquino y malhumorado, y uno deja de quererle. Un día te muerde y te pones furioso. Entonces lo matas y te lo comes».

Los amigos asintieron gravemente, y Pilón dijo:

—En cierto sentido Emilio no es tonto. Hay que ver todas las satisfacciones que ha obtenido con el cerdo: afecto, amor, desquite y alimento. Tengo que ir un día a charlar con él.

Pero los paisanos pudieron advertir que estaba celoso de la lógica de su rival.

—Sigue con lo del cerdo —pidió Pablo.

—Bueno —dijo Danny—, Cornelia lo aceptó y estuvo cariñosa con Emilio. Dijo que cuando llegase el momento en que se enfadase con el puerco, Emilio podría comer algo del bicho. Emilio se marchó. Cornelia preparó junto al fuego una cajita para que durmiese el animal. Fueron a verlo varias mujeres, y ella les dejó que lo cogieran en brazos y lo acariciaran. Al cabo de un rato, Dulce Ramírez pisó la cola del cerdo. ¡Oh! Chilló como el silbido del vapor. La puerta de delante estaba abierta. La mamá cerda entró buscando a su cría. Rompió todas las mesas y los platos. Todas las sillas. Mordió a Dulce Ramírez y le arrancó la falda a Cornelia, y hasta que todas las mujeres no se metieron en la cocina y cerraron la puerta, la cerda y su cría no se marcharon. Cornelia está furiosa. Dice que Emilio se las va a pagar.

—Así pasa —dijo Pablo—. Así es la vida, nunca ocurre lo que uno ha planeado. Así mismo se mató Tall Bob Smoke.

Las caras de sus amigos se volvieron interrogantes hacia él.

—Ya sabéis quién es Bob Smoke —prosiguió Pablo—. Tiene facha de vaquero, piernas largas, cuerpo flaco; pero no monta muy bien. En el rodeo muchas veces muerde el polvo. El tal Bob quiere que todos le admiren. Cuando hay un desfile le gusta llevar la bandera. Si hay una pelea quiere ser el árbitro. En el cine es el primero que dice: «¡Que se agachen esos de delante!». Sí, es un hombre que quiere ser un gran hombre y que la gente le vea y le admire. Y algo que a lo mejor no sabéis es que también quiere que la gente le quiera. Pobre infeliz, ha nacido para ser el hazmerreír de todo el mundo. A algunos les da pena, pero la mayoría se ríe de él. Y la risa le sienta como una puñalada a Tall Bob Smoke.

»Quizás os acordáis de aquel desfile en que llevó la bandera. Iba sentado muy derecho en un gran caballo blanco. Justo enfrente del sitio en que estaban los jueces, aquel estúpido animal se desmayó por culpa del calor. Bob salió despedido por encima de la cabeza del caballo, y la bandera voló por el aire como una lanza y se clavó en el suelo al revés.

»Siempre le pasan ese tipo de cosas. Cuando intenta hacerse el gran hombre, algo le ocurre y todos se ríen. Os acordaréis de que cuando fue jefe de la perrera estuvo toda una tarde tratando de lazar a un perro. Toda la ciudad fue a verle. Lanzó la cuerda y el perro se agachó, la cuerda le pasó por encima y se escapó. La gente se moría de risa. Bob estaba tan corrido que pensaba: “Voy a matarme y entonces la gente se entristecerá. Se arrepentirán de haberse reído”. Y después pensó: “Pero yo estaré muerto. No sabré lo entristecidos que se quedarán”. Así que hizo este plan: “Voy a esperar a que alguien entre en mi habitación. Me apunto con la pistola a la cabeza. Entonces esa persona discutirá conmigo. Me hará prometerle que no voy a disparar. Y luego la gente se pondrá triste al enterarse de que me han obligado a intentar el suicidio”. De este modo razonaba.

»Así que se fue a su pequeña casa y todos aquellos con quienes se cruzaba le decían: “Eh, Bob, ¿cogiste al perro?”. Llegó muy triste a su casa. Cogió una pistola, la cargó y se sentó a esperar que viniera alguien.

»Ensayaba lo que iba a suceder, y se puso a practicar con la pistola. El amigo diría: “Eh, ¿qué estás haciendo? No te dispares, pobre amigo mío”. Entonces Bob le explicaría que ya no tenía ganas de vivir porque todo el mundo era malvado.

»Lo pensó y repensó, pero nadie fue a verle. Esperó también al día siguiente y tampoco fue nadie. Pero al otro día se presentó Charlie Meeler. Bob le oyó llegar al porche y se puso la pistola junto a la cabeza. Y la ladeó para que todo pareciese más auténtico. “Ahora discutirá conmigo y le dejaré que me convenza”, pensó.

»Charlie Meeler abrió la puerta. Vio que Bob se apuntaba con el arma a la cabeza. Pero no gritó, no; Charlie dio un salto, agarró la pistola y el arma se disparó y le voló a Bob la punta de la nariz. Y entonces la gente se rió aún más. La historia salió en el periódico. Toda la ciudad rió.

»Todos habéis visto que la nariz de Bob tiene la punta volada. La gente se reía, pero no era cosa de reírse y empezó a sentirse

avergonzado. Desde entonces le dejan que lleve la bandera en todos los desfiles. Y el ayuntamiento le ha comprado una red para que atrape a los perros.

»Pero no es feliz con una nariz así.

Pablo calló, recogió un palo en el porche y empezó a fustigarse suavemente una pierna.

—Yo me acuerdo de la nariz que tenía antes —dijo Danny—. Ese Bob no es mala persona. El Pirata puede decíroslo cuando vuelva. A veces el Pirata mete a todos sus perros en la furgoneta de Bob y entonces la gente cree que Bob los ha cogido, y dice: «Es un buen perrero. No es tan fácil atrapar a perros cuando tu oficio consiste en hacerlo».

Jesús María había estado meditando, con la cabeza reclinada en la pared.

—Que se rían de uno es peor que una paliza —observó—. Del viejo Tomás, aquel mamón andrajoso, se rieron hasta la misma tumba. Y luego la gente se arrepintió de haberlo hecho.

—Y hay otra clase de risa —declaró Jesús María—. Esa historia de Tall Bob es graciosa; pero cuando abres la boca para reírte, es como si una mano te oprimiera el corazón. Yo conozco la historia del viejo Ravanno, que se ahorcó el año pasado. También es gracioso, pero no da ganas de reír.

—He oído algo al respecto —dijo Pilón—, pero no conozco la historia.

—Bueno, yo la voy a contar y ya me diréis si es para reírse —dijo Jesús María—. De niño yo jugaba con Petey Ravanno. Aquel Petey, buen chico, era listo, pero siempre estaba metido en algún lío. Tenía dos hermanos y cuatro hermanas y luego estaba su padre, el viejo Pete. No queda nadie de la familia aquí. Un hermano está en San Quintín, al otro lo mató un jardinero japonés por robar un vagón de melones. Y las chicas, bueno, ya sabéis cómo son las chicas: todas se marcharon. Susy está ahora en Salinas en casa de la vieja Jenny.

»Así que sólo quedaron Petey y el viejo. El chico creció y siempre estaba en apuros. Estuvo un tiempo en el reformatorio y luego volvió. Se emborrachaba todos los sábados, y siempre le metían en la cárcel hasta el lunes. Su padre era bastante amistoso. Se emborrachaba con Petey todas las semanas. Casi siempre les encerraban juntos. El viejo Ravanno se sentía solo cuando su hijo no estaba con él. Le gustaba el muchacho. Hacía todo lo que Petey hacía, aunque tuviese ya sesenta años.

»¿Tal vez os acordáis de Gracie Montés?, preguntó Jesús María. No era una chica muy buena. Cuando tenía doce años, la flota llegó a Monterrey y Gracie tuvo a esa edad su primer hijo. Era bonita, ya sabéis, y espabilada, y tenía una lengua muy afilada. Siempre fingía que se apartaba de los hombres, y los hombres corrían detrás de ella. Y a veces la alcanzaban. Pero era imposible hacerse amigo suyo. Siempre parecía tener algo agradable que se guardaba para ella, algo detrás de los ojos que decía: “Si quisiera de verdad, yo sería para ti diferente a todas las mujeres que has conocido”.

»Yo sé algo de eso —prosiguió Jesús María—, porque yo también anduve detrás de ella. Y Petey también anduvo. Sólo que Petey era diferente.

Jesús María miró penetrantemente a los ojos de sus amigos para hacer hincapié en este detalle.

—Petey quería con tanto ahínco lo que Gracie ocultaba que adelgazó y se le pusieron los ojos abiertos y afligidos como los de alguien que fuma marihuana. No comía, estaba enfermo. El viejo Ravanno fue a ver a Gracie para hablar con ella. Le dijo: «Si no eres amable con Petey, se morirá». Pero ella se limitó a reírse. No era muy buena persona. Y entonces entró en la habitación su hermanita Tonia. Tenía catorce años. El viejo la miró y se le cortó la respiración. Tonia era como Gracie, con ese algo extraño que mantenía a los hombres a distancia. El viejo Ravanno no pudo evitarlo. Dijo: «Ven conmigo, chiquilla». Pero Tonia no era una chiquilla. Ella lo sabía. Así que se rió y salió de la habitación.

»El viejo volvió a casa. Petey le dijo: “A ti te ocurre algo, padre”.

»“No, Petey”, contestó el viejo, “lo único que me preocupa es que no puedas conseguir a esa Gracie para que te pongas bueno”.

»¡Todos aquellos Ravanno eran de sangre caliente!

»¿Y qué creéis que pasó luego? —continuó Jesús María—. Petey fue a cortar calamares para Chin Kee, e hizo regalos a Gracie, botellas grandes de Agua Florida, cintas y ligas. Pagó para que le hicieran un retrato, con colores y todo.

»Gracie aceptó todos los obsequios, pero se alejaba de él y se reía. Deberíais haber oído su forma de reírse. Daban ganas de estrangularla y de acariciarla al mismo tiempo. Daban ganas de rajarla entera y de sacarle aquella cosa que tenía dentro. Yo sé lo que era. Anduve detrás de ella y Petey también me lo dijo. Pero a él le enloqueció. No lograba dormir. Me dijo: “Si esa Gracie se casa conmigo en la iglesia, ya no se atreverá a alejarse de mí, porque estará casada y sería un gran pecado que lo hiciera”. De modo que se lo pidió. Se rió con aquella risa tan ruidosa que te daba ganas de estrangularla.

»¡Oh! Petey estaba loco. Fue a su casa y colgó una cuerda de una viga del techo, se subió a una caja, se ciñó la cuerda al cuello y dio un puntapié a la caja. Bueno, pues en ese momento entró su padre. Cortó la cuerda y llamó al médico. Pero Petey tardó dos días en abrir los ojos y cuatro días en poder hablar.

Jesús María hizo una pausa. Comprobó con orgullo que sus amigos estaban prendados de su narración. «Así sucedió todo», dijo.

—Pero Gracie Montés se casó con Petey Ravanno —exclamó Pilón, excitado—. Yo la conozco. Es una buena mujer. Nunca falta a misa y se confiesa una vez al mes.

—Así es ahora —concedió Jesús María—. El viejo Ravanno estaba enfurecido. Corrió a casa de Gracie y vociferó: «Ven a ver cómo asesinas a mi hijo con tu necedad. Trató de suicidarse por ti, montón de mierda de gallina».

»Gracie se asustó, pero también se sintió halagada, porque no hay muchas mujeres que puedan obligar a un hombre a llegar tan

lejos. Fue a ver a Petey mientras estaba en la cama con el cuello retorcido. Poco después se habían casado.

»Todo resultó como Petey había imaginado. Cuando la iglesia le dijo a Gracie que fuera una buena esposa, fue una buena esposa. Ya no volvió a reírse delante de los hombres. Y no se apartó de ellos para que la persiguieran. Petey siguió cortando calamares, y muy pronto Chin Kee le dejó vaciar las cajas del pescado. Y no mucho después era el mayordomo del vivero. Ya veis que es una buena historia. Sería apropiada para que la contase un cura si acabase ahí.

—Oh, sí —admitió Pilón seriamente—. En esa historia hay buenas enseñanzas.

Los amigos asintieron convencidos, porque les agradaban las historias con moraleja.

—En Texas conocí a una chica parecida —dijo Danny—. Pero ésta no cambió. Le llamaban la esposa del segundo pelotón: «Señora Segundo Pelotón», decían.

Pablo levantó la mano.

—Todavía no ha acabado —dijo—. Déjale a Jesús María que cuente lo que falta.

—Sí, todavía hay algo más. Y el final no es tan bueno. Quedaba el viejo, que tenía más de sesenta años. Y Petey y Gracie fueron a vivir a otra casa. El viejo Ravanno se sentía solo porque siempre había estado con su hijo. No sabía cómo ocupar el tiempo. Pasaba el día sentado con aspecto de hombre triste, hasta que un día volvió a ver a Tonia. Tenía quince años y era más bonita incluso que Gracie. La mitad de los soldados del Presidio la seguían como perritos.

»Lo mismo que le pasó a Petey le ocurrió al anciano. Su deseo no le trajo más que pesadumbres. No conseguía comer ni dormir. Se le hundieron las mejillas y sus ojos miraban fijamente como los ojos de los que fuman marihuana. Le llevaba bombones a Tonia y ella se los quitaba de las manos y se reía de él. Él decía: “Ven conmigo, queridita, que yo soy tu amigo”. Y ella se reía otra vez.

»El viejo se lo contó todo a Petey. Y Petey también se rió. “Viejo tonto”, le dijo su hijo. “Ya has tenido suficientes mujeres en tu vida. No persigas a niñas”. Pero no sirvió de nada. El anciano enfermó de deseo. Son de sangre caliente esos Ravanno. Se escondía en la hierba y la miraba pasar. El corazón le dolía en el pecho.

»Necesitaba dinero para hacerle regalos, así que consiguió un empleo en la estación de gasolina Standard. Rastrillaba la grava y regaba las flores de la gasolinera. Echaba agua en los radiadores y limpiaba los parabrisas. Guardaba cada centavo para regalar a Tonia bombones, cintas y vestidos. Encargó un retrato en color para ella.

»Ella se reía cada vez más, y el viejo estuvo a punto de enloquecer. Entonces pensó: “Si el matrimonio en la iglesia convirtió a Gracie en una buena mujer, lo mismo hará con Tonia”. Le pidió que se casara con él. Ella se rió más que nunca. Se levantó las faldas delante de él para atormentarle. Era un demonio esa Tonia».

—Él era un idiota —declaró Pilón con suficiencia—. Los viejos no deben correr detrás de las niñas. Deberían conformarse con sentarse al sol.

Jesús María contestó, irritado:

—Esos Ravanno son diferentes, gente de sangre muy caliente.

—Bueno, no es decente —dijo Pilón—. Era una vergüenza para Petey.

Pablo se volvió hacia él.

—Déjale que siga a Jesús María. La historia es suya, Pilón, no tuya. Luego escucharemos lo que cuentes.

Jesús María miró agradecido a Pablo.

—Iba diciendo que el viejo no podía aguantar más. Pero no era un hombre capaz de inventar algo. No era como Pilón. Era incapaz de pensar en algo nuevo. Pensaba de este modo: «Gracie se casó con Petey porque se ahorcó. Yo también me ahorcaré y a lo mejor Tonia se casa conmigo». Y luego pensó: «Si nadie me encuentra a tiempo me mataré. Alguien tiene que encontrarme».

»Hay que decir —explicó Jesús María—, que en esa gasolinera hay un taller. Temprano, por la mañana, el viejo llegaba, abría el taller, barría la grava y regaba las flores antes de que abriera la gasolinera. Los otros hombres entraban a las ocho en punto. Una mañana, el viejo entró en el taller y colocó una cuerda. Luego esperó hasta las ocho. Vio a los hombres que llegaban. Se pasó la cuerda alrededor del cuello y apartó con el pie un banco de trabajo. Y justo cuando lo hizo, la puerta del taller se cerró de golpe.

Amplias sonrisas brotaron de la cara de los amigos. Pensaron que a veces la vida es muy, pero que muy cómica.

—Los hombres no le echaron de menos enseguida —prosiguió Jesús María—. Dijeron: «Seguramente el viejo está borracho». Hasta una hora después no abrieron la puerta del taller.

Miró en derredor. El rostro de los amigos conservaba la sonrisa, pero esta vez era algo diferente.

—Ya veis —dijo Jesús María—, es gracioso.

»Pero también encoge el corazón.

—¿Qué dijo Tonia? —pregunto. Pilón—. ¿Aprendió la lección y cambió de vida?

—No. No lo hizo. Petey se lo contó y ella se rió. Petey también rió. Pero estaba avergonzado. Tonia dijo: «Qué viejo más idiota», y miró a Petey de aquella forma que ella sabía. Entonces el otro le dijo: «Es bueno tener una cuñada como tú. Alguna noche iré al bosque contigo». Tonia volvió a reír y se distanció un poco. Y preguntó: «¿Tú crees que soy tan bonita como Gracie?». Entonces Petey siguió a Tonia hasta su casa.

—No es una buena historia —protestó Pilón—. Hay demasiados sentidos y demasiadas lecciones. Algunas son opuestas. No se puede conservar en la memoria. No demuestra nada.

—A mí me gusta —dijo Pablo—. Me gusta porque no tiene un significado claro y sin embargo parece que quiere decir algo, aunque no sé qué.

El sol había sobrepasado el mediodía y el aire era caluroso.

—Me pregunto qué traerá de comer el Pirata —dijo Danny.

—Hay gran demanda de caballa en la bahía —observó Pablo.

A Pilón se le iluminaron los ojos.

—Tengo un plan que he estado pensando —dijo—. Cuando yo era pequeño vivíamos junto a las vías. Todos los días, cuando pasaba el tren, mis hermanos y yo tirábamos piedras a la locomotora, y el maquinista nos tiraba carbón. A veces se me ocurre que quizá pudiéramos coger rocas en el rompeolas. Cuando los barcos se acerquen, les insultaremos y lanzaremos rocas. ¿Cómo pueden contestar los marineros? ¿Pueden tirarnos remos o redes? No. Sólo pueden arrojarnos caballas.

Danny se levantó alegremente.

—¡Eso sí que es un plan! —exclamó—. ¡Qué gran amigo nuestro es este buen Pilón! ¿Qué haríamos sin él? Vamos, yo sé dónde hay cantidad de rocas.

—El pescado que más me gusta es la caballa —dijo Pablo.

15

De cómo Danny se volvió loco de tanto pensar y de cómo el diablo, que cobró la forma de Torrelli, asaltó la casa de Danny.

Hay una característica invariable en Monterrey. Casi todas las mañanas el sol brilla en las ventanas del lado oeste de las calles; y por las tardes en las del lado este. Todos los días el autobús rojo va y viene con su ruido metálico entre Monterrey y Pacific Grove. Todos los días el hedor de pescado de las fábricas de conservas inunda el aire. Todas las tardes el viento sopla desde la bahía y mece los pinos de las colinas. Los pescadores se sientan en las rocas sujetando sus cañas, y en su rostro se graban la paciencia y el cinismo.

En Tortilla Flat, encima de Monterrey, la rutina es asimismo inalterable, porque es limitado el número de aventuras de Cornelia Ruiz con su lentamente cambiante procesión de novios. Se sabe que alguna vez ha aceptado a un hombre rechazado hacía mucho tiempo.

En la casa de Danny incluso hay menos cambios. Los amigos se han sumido en una rutina que sería monótona para todo el mundo menos para un paisano: levantarse, sentarse al sol en el porche y preguntarse qué traerá el Pirata. Este sigue cortando leña y vendiéndola en las calles de Monterrey, pero ahora compra comida con el cuarto de dólar cotidiano. De vez en cuando, los amigos se procuran algún vino y en ese caso cantan y pelean.

El tiempo es más complejo cerca del mar que en cualquier otro sitio, pues además de la rotación del sol y la sucesión de las estaciones, las olas marcan el paso del tiempo en las rocas y las mareas suben y bajan como una magna clepsidra.

Danny empezó a sentir el transcurso del tiempo. Miró a sus amigos y advirtió que a su lado todos los días eran iguales. Cuando de noche se levantaba de la cama y tenía que pasar por encima de los paisanos dormidos, le enfurecía su presencia en la casa. Poco a poco, al sentarse al sol en el porche delantero, Danny comenzó a soñar con sus días de libertad. Había dormido en los bosques en verano y en el cálido heno de los cobertizos cuando llegaba el frío del invierno. El peso de la propiedad no le abrumaba aún. Recordó que su nombre —Danny— iba asociado a una tempestad. Ah, ¡qué peleas! ¡Las huidas por el bosque con una gallina atropellada bajo el brazo! ¡Los escondrijos en el barranco cuando un marido ultrajado clamaba por su feudo! ¡Tormenta y violencia, dulce violencia! Cuando Danny se ponía a pensar en los buenos tiempos, lograba saborear lo rica que sabía la comida robada y anhelaba de nuevo aquella antigua época. Desde que su herencia le encumbró, no había peleado con frecuencia. Se había emborrachado, pero no tan audazmente. Pesaba siempre sobre él la sombra de la casa, la responsabilidad de sus amigos.

Danny empezó a mostrarse melancólico cuando estaban en el porche para que sus amigos creyeran que se había puesto enfermo.

—Té hecho con hierbabuena te sentará bien —indicó Pilón—. Si te metes en la cama, te pondremos en los pies piedras calientes.

Pero Danny no quería mimos, quería libertad. Estuvo un mes rumiando estas ideas, clavando la mirada en el suelo, mirando con ojos taciturnos a sus omnipresentes compañeros y quitando de en medio a los perros.

Al final se rindió a su añoranza. Una noche se escapó. Fue al bosque de pinos y desapareció. Por la mañana, cuando sus amigos notaron su ausencia. Pilón dijo:

—Alguna mujer. Está enamorado.

Dejaron las cosas como estaban, porque todo hombre tiene derecho al amor. Siguieron viviendo como de costumbre. Pero la preocupación les invadió al cabo de una semana sin tener nuevas de Danny. Como un solo hombre fueron al bosque a buscarle.

—El amor es bonito —dijo Pilón—. No podemos censurar a un hombre por seguir a una chica, pero una semana es una semana. Tiene que ser muy atractiva para retener a Danny tanto tiempo.

—Un poco de amor es como un poco de vino —dijo Pablo—. Ambas cosas en exceso enferman a un hombre. Quizá Danny esté ya enfermo. O quizá esa chica sea demasiado atractiva.

Jesús María también estaba preocupado.

—No es normal que desaparezca tanto tiempo el Danny que conocemos. Algo malo ha ocurrido.

El Pirata llevó a sus perros al bosque. Los amigos les dieron instrucciones:

—Encontrad a Danny. Puede estar enfermo. Puede que esté muerto en algún sitio ese buen Danny que os presta su casa para que paséis la noche.

El Pirata les susurró:

—Oh, malvados, desagradecidos perros, buscad a nuestro amigo.

Pero los perros movieron el rabo jubilosamente, hallaron un conejo y le persiguieron zigzagueando.

Los paisanos registraron el bosque todo el día, gritando el nombre de Danny, mirando en los sitios que ellos mismos habrían escogido para dormir: los acogedores hoyos entre raíces de árboles y los espesos lechos de agujas cercados de matorrales. Sabían donde dormiría un hombre, pero no hallaron señal de Danny.

—Tal vez se ha vuelto loco —sugirió Pilón—. Una inquietud secreta puede haberle trastornado el juicio.

Esa noche volvieron a la casa de Danny, abrieron la puerta y entraron. Un ladrón había sido diligente. Las mantas de Danny habían desaparecido. Faltaba toda la comida. Dos ollas se habían esfumado.

Pilón miró rápidamente a Big Joe Portagee, y enseguida movió la cabeza.

—No, tú estabas con nosotros. Tú no has sido.

—Danny lo hizo —dijo Pablo, excitado—. Está verdaderamente loco. Va corriendo por los bosques como un animal.

Gran inquietud y preocupación se aposentaron en casa de los paisanos.

—Tenemos que encontrarle —decía un amigo a otro—. En su locura puede ocurrirle algo malo. Tenemos que buscar por el mundo entero hasta dar con él.

Vencieron la pereza. Le buscaron día tras día y empezaron a oír extraños rumores.

—Sí, Danny estuvo aquí ayer por la noche. ¡El muy borracho! ¡Qué ladrón! Fijaos, dejó fuera de combate al viejo con la estaca de una cerca y le robó una botella de grappa. ¿Qué clase de amigos dejan hacer esas cosas a un amigo?

—Sí, vimos a Danny. Con los ojos cerrados y cantando. «Venid al bosque y bailamos, chiquillas», nos dijo, pero no fuimos. Nos dio miedo. Ese Danny no parecía muy tranquilo.

En el muelle descubrieron más pistas.

—Estuvo aquí —dijeron los marineros—. Quería pelear con todo el mundo. Benito le rompió un remo en la cabeza. Luego Danny rompió varias ventanas y un policía se lo llevó a la cárcel.

Tras el rastro seguro que su díscolo amigo, prosiguieron la búsqueda.

—McNear lo trajo ayer por la noche. —Les dijo el sargento—. Se ha fugado de algún modo antes del alba. Cuando le echemos el guante tiene para seis meses.

La persecución fatigó a los paisanos. Regresaron a casa y con horror descubrieron que había desaparecido el nuevo saco de patatas que Pilón se había procurado esa mañana.

—Esto es demasiado —declaró Pilón—. Danny está loco y corre peligro. Le va a ocurrir algo terrible si no le salvamos.

—Le buscaremos —dijo Jesús María.

—Miraremos detrás de cada árbol y cada refugio —garantizó Pablo.

—Debajo de los botes de la playa —sugirió Big Joe.

—Nos ayudarán los perros —dijo el Pirata.

Pilón movió la cabeza.

—Todo eso no sirve. Siempre llegamos a un sitio cuando Danny ya se ha ido. Tenemos que esperarle en un lugar adonde vaya. Tenemos que actuar como hombres prudentes, no como idiotas.

—Pero ¿adónde irá?

La luz se hizo de pronto en la mente de todos.

—¡A casa de Torrelli! Tarde o temprano irá a casa de Torrelli. Tenemos que esperarle allí para frenar la locura que le ha nublado el juicio.

—Sí. —Convinieron—. Debemos salvar a Danny. —Todos juntos fueron a casa de Torrelli, y Torrelli no les dejó entrar.

—Preguntadme —gritó a través de la puerta—: ¿he visto a Danny? Trajo tres mantas y dos ollas y le di un galón de vino. ¿Qué hizo entonces ese diablo? Insultó a mi mujer y me llamó cosas feas. ¡Zurró a mi niño y dio una patada al perro! Robó la hamaca del porche. —Jadeó de emoción—. Le busqué para que me la devolviese, ¡y cuando volví estaba con mi mujer! ¡Seductor, ladrón, borracho! ¡Eso es lo que es vuestro amigo Danny! Yo mismo voy a encargarme de que lo encierren en el penal.

Centellearon los ojos de los paisanos.

—¡Cerdo corso! —dijo Pilón, imparcial—. Estás hablando de nuestro amigo. Danny no está bien.

Torrelli cerró la puerta. Oyeron cómo echaba el cerrojo, pero Pilón siguió hablando.

—Judío —dijo—. Si fueras un poco más caritativo con tu vino, no sucederían estas cosas. Más te vale contener esa rana fría que tienes por lengua y no ensuciar a nuestro amigo. Más te vale tratarle amablemente, porque tiene muchos amigos. Te vamos a rajar la tripa si no te comportas con él.

Torrelli no hizo el menor ruido al otro lado de la puerta cerrada, pero temblaba de rabia y de miedo ante la ferocidad del tono. Sintió alivio al oír que los pasos de los amigos se alejaban por el camino.

Esa noche, cuando ya estaban acostados, oyeron pisadas cautelosas en la cocina. Sabían que era Danny, pero se escabulló antes de que pudieran atraparle. Vagaron por la oscuridad, gritando desconsolados:

—Ven, Danny, dulce amigo, te necesitamos.

No hubo respuesta, pero una piedra alcanzó a Big Joe en el estómago y le dejó doblado en el suelo. Ah, ¡qué desaliento sintieron los amigos, y qué pesaroso estaba su corazón!

—Danny va derecho a la muerte —dijeron tristemente—. Nuestro buen amigo está en un apuro y no podemos ayudarle.

Era difícil conservar la casa, porque Danny había hurtado casi todo lo que había dentro. Una silla apareció en casa de un contrabandista de licor. Toda la comida había desaparecido, y una vez en que le buscaban por el bosque, robó la estufa; como pesaba mucho, la abandonó en el barranco. Dinero no quedaba, porque había birlado la carretilla del Pirata y se la había trocado por una botella de *whisky* a Joe Ortiz. La paz ya no reinaba en la casa de Danny, y en su lugar sólo había aflicción y tristeza.

—¿Adónde ha ido a parar nuestra dicha? —Se lamentaba Pablo —. Hemos debido de cometer algún pecado. Esto es un castigo. Debemos confesarnos.

No volvieron a comentar los alardes conyugales de Cornelia Ruiz. Lejana quedaba la discusión moral, perdida la conversación humanitaria. Verdaderamente sólo restaban escombros de la buena vida. Y en medio de la desolación surgieron los rumores.

—Danny perpetró violación parcial la pasada noche.

—Danny ha estado ordeñando a la cabra de la señora Palochico.

—Danny se peleó anteayer con unos soldados.

Tristes como estaban ante aquella decadencia moral, los amigos no envidiaban los buenos momentos que Danny estaba viviendo.

—Si no está loco, recibirá su castigo —dijo Pilón—. Estad bien seguros. Danny está pecando de tal manera que, falta tras falta, está superando los límites que conozco. ¡Veréis qué penitencias cuando decida enmendarse! En pocas semanas Danny está acumulando más pecados que el viejo Ruiz en toda su vida.

Esa noche, inadvertido por los perros del Pirata, Danny se deslizó en la casa tan silenciosamente como la móvil sombra de una rama a la luz de una farola, y birló por juego los zapatos de Pilón. A la mañana siguiente Pilón no tardó mucho en comprender lo que había sucedido. Salió resueltamente al porche, se sentó al sol y se contempló los pies.

—Ha llegado demasiado lejos —dijo—. Ha hecho muchas bromas y hemos sido pacientes. Pero ahora se ha convertido en delincuente. Ése no es el Danny que nosotros conocemos. Es otra persona, un mal hombre. Tenemos que capturar a ese malvado.

Pablo miró satisfecho sus propios zapatos.

—Quizá sólo fue una travesura —sugirió.

—No —dijo Pilón severamente—. Esto es un delito. No eran zapatos muy buenos, pero es un crimen contra la amistad robarlos. Y es la peor clase de crimen. Si Danny es capaz de robar el calzado de sus propios amigos, no se detendrá ante nada.

Los amigos asintieron con la cabeza.

—Sí, tenemos que atraparle —dijo Jesús María, el humanitario —. Sabemos que está enfermo. Le ataremos a la cama e intentaremos curarle. Tenemos que disipar las tinieblas de su cerebro.

—Pero ahora —dijo Pablo—, antes de cogerle, hay que acordarse de poner los zapatos debajo de la almohada al acostarnos.

La casa vivía un estado de sitio. Sobre ella se cernía la furia de Danny, que se lo estaba pasando maravillosamente.

Rara vez la cara de Torrelli mostraba otras expresiones que la sospecha y la cólera. En su oficio de contrabandista y en sus tratos con la gente de Tortilla Flat, ambas emociones embargaban su espíritu a menudo, y su reflejo se le pintaba en el rostro. Más aún, Torrelli jamás había visitado a nadie. Se limitaba a aguardar en casa a que otros fueran a visitarle. Así pues, cuando Torrelli subió una mañana la carretera hacia la casa de Danny, con la cara bañada por una feroz sonrisa de placer y anticipación, los niños corrieron a sus patios y le observaron a través de las estacas de la valla, los perros se rozaron la panza con el rabo y huyeron con mirada torva y temerosa, y los hombres con quienes se cruzó se apartaban del camino y apretaban los puños como repeliendo a un loco.

La niebla cubría esa mañana el cielo. El sol, tras una serie de escaramuzas fracasadas, desistió y se ocultó tras los pliegues grises. De los pinos caía a la tierra un polvoriento rocío; y en las caras de las pocas personas que había por la calle, el día se reflejaba en sus sombrías miradas y pieles grisáceas. No se oían saludos cordiales. No había ni rastro de ese idealismo humano que afablemente confía en que la nueva jornada sea mejor que la anterior.

El viejo Roca, al ver a Torrelli sonriendo, fue a su casa y dijo a su mujer:

—Ese hombre acaba de matar a sus hijos y de devorarlos. ¡Ya verás!

Torrelli estaba contento porque en su bolsillo llevaba un precioso documento plegado. Sus dedos tanteaban el abrigo una y otra vez, y presionaban hasta que un leve crujido le decía que el documento seguía estando en su sitio. Mientras caminaba en la mañana cenicienta, iba hablando a solas.

«Nido de serpientes», se decía. «Voy a barrer esa pestilencia de los amigos de Danny. No volveré a darles vino por mercancías ni volverán a robarme lo que me entregan a cambio. Uno a uno, por separado no son mala gente, ¡pero sí toda la cáfila! *Madonna*, fíjate cómo voy a echarles a todos a la calle. ¡Los muy sapos, piojos,

picajosas moscas! No estarán tan orgullosos cuando tengan que dormir otra vez en los bosques».

«Se van a enterar de que Torrelli ha vencido. ¡Creían poder engañarme, despojar a mi casa de muebles y a mi mujer de virtud! Van a ver que Torrelli, el gran sufrido, sabe devolver el golpe. Ah, sí, ¡van a verlo!».

Así iba hablando mientras caminaba, y sus dedos estrujaban el papel en su bolsillo. De los árboles llovían tristes gotas sobre el polvo. Las gaviotas dibujaban círculos aéreos, gritando trágicamente. Torrelli avanzaba como un gris destino hacia la casa de Danny.

En aquella casa reinaba la melancolía. Los amigos no podían sentarse en el porche a la luz del sol, porque no había sol. No es posible concebir razón mejor para la melancolía. Habían rescatado la estufa del barranco y la habían encendido. Se habían agrupado en torno a ella, y Johnny Pom-pom, que traía nuevas, llamó a la puerta.

—Tito Ralph ya no es el carcelero de la prisión municipal —anunció—. Esta mañana el juez lo ha destituido.

—Me gustaba Tito Ralph —dijo Pilón—. Cuando un hombre está en la cárcel, Tito le lleva un poco de vino. Y sabe más historias que cien hombres juntos. ¿Por qué perdió el puesto, Johnny Pom-pom?

—Eso he venido a contaros. Ya sabéis que Tito Ralph estaba muchas veces encerrado, y era un buen prisionero. Sabía cómo hay que llevar una prisión y al cabo de un tiempo llegó a saber más que nadie sobre cárceles. Entonces Daddy Marks, el viejo carcelero, murió y Tito ocupó su puesto. Nunca ha habido mejor guardián que Tito. Todo lo hacía bien. Pero tiene un pequeño defecto. Cuando bebe vino, se olvida de que es el carcelero. Se fuga y tienen que engancharle.

Los amigos asintieron.

—Ya lo sé —dijo Pablo—. He oído que no es fácil apresarle. Se esconde.

—Sí —prosiguió Johnny Pom-pom—. Aparte de eso, es el mejor guardián que han tenido nunca. Bueno, lo que he venido a deciros es que ayer por la noche Danny tenía vino suficiente para diez hombres, y se lo bebió todo. Luego hizo dibujos en las ventanas. Debía de tener mucho dinero, porque compró huevos para tirar a un chino. Y uno de los huevos falló el blanco y le dio a un policía. Así que ahora está en la cárcel. Pero mandó a Tito Ralph a comprar algo de vino y después un poco más. Había cuatro presos en la cárcel. Todos bebieron. Y al final salió a relucir el pequeño defecto de Tito. Entonces se escapó y todos se escaparon. Atraparon a Tito esta mañana y le han dicho que está despedido. Se puso tan triste que rompió una ventana y ahora está otra vez entre rejas.

—Pero Danny —dijo Pilón—, ¿qué ha sido de Danny?

—Oh, Danny se escapó también. No lo han cogido.

Los amigos lanzaron un suspiro de desánimo.

—Danny se está volviendo malo —dijo Pilón—. No acabará bien. Me gustaría saber de dónde sacó el dinero.

En ese mismo momento el triunfante Torrelli abrió la cerca de fuera y avanzó por el sendero. Los perros del Pirata se levantaron nerviosamente de su esquina y se encaminaron gruñendo hacia la puerta. Los amigos alzaron la mirada y se interrogaron mutuamente con los ojos. Big Joe empuñó el mango de pico que hacía tan poco tiempo se había utilizado contra él. El firme y confiado paso de Torrelli resonó en el porche. La puerta se abrió y allí estaba el contrabandista sonriendo. No lanzó bravatas. No, se aproximó con tanta delicadeza como un gato doméstico. Les dio amables palmaditas, como un gato hogareño que juega con una cucaracha.

—Ay, amigos míos —dijo suavemente, ante sus miradas alarmadas—. Mis queridos amigos y buenos clientes. Mi corazón sangra de dolor al ser mensajero de malas noticias para aquellos que amo.

Pilón se puso en pie de un brinco.

—Danny —dijo—. Está enfermo, está herido. Cuéntanos.

Torrelli negó con la cabeza, delicadamente.

—No, pequeños, no se trata de Danny. Mi corazón sangra, pero debo anunciaros que no podéis seguir viviendo aquí.

Sus ojos se recrearon en el asombro que sus palabras despertaban. Todas las bocas se abrieron de par en par, todos los ojos se quedaron blancos de estupor.

—No digas tonterías —dijo Pilón—. ¿Por qué no podemos seguir viviendo aquí?

La mano de Torrelli se deslizó, acariciadora, hacia el bolsillo del pecho, sus dedos sacaron el preciado documento y lo agitaron en el aire.

—Imaginad mi dolor —prosiguió—. Danny ya no es el propietario de esta casa.

—¿Qué? —exclamaron todos—. ¿Qué quieres decir? ¿Cómo que Danny ya no es dueño de esta casa? Habla, cerdo corso.

Torrelli lanzó una risita, señal tan terrible que los paisanos retrocedieron.

—Porque la casa me pertenece a mí —dijo—. Danny vino a verme ayer por la noche y me vendió esta casa por veinticinco dólares.

Observó diabólicamente los pensamientos que se reflejaban agolpados en la cara de los paisanos.

«Es mentira», se leía en sus rostros. «Danny no es capaz de hacer tal cosa».

—Es mentira —dijo Pilón en voz alta—. Una sucia mentira.

—Torrelli sonrió y agitó el papel.

—Aquí tengo la prueba —dijo—. Aquí está el documento que firmó Danny. Es lo que los negociantes llamamos una escritura de venta.

Pablo se le acercó, furioso.

—Le emborrachaste. No sabía lo que hacía.

Torrelli abrió el documento un poco.

—A la ley eso no le importa —dijo—. Y por lo tanto, mis queridos y buenos amigos, tengo el terrible deber de comunicaros que debéis abandonar mi casa. Tengo planes al respecto. —Su cara perdió

entonces la sonrisa y la crueldad volvió a aflorar en ella—. Si no habéis desalojado al mediodía, enviaré a un policía.

Pilón avanzó lentamente hacia él. Ay, ¡ten cuidado, Torrelli, cuando Pilón avanza sonriente hacia ti! Corre, escóndete en alguna habitación de hierro y asegura el cerrojo.

—No entiendo de esas cosas —dijo suavemente—. Por supuesto que me entristece que Danny haya hecho algo así.

Torrelli lanzó de nuevo su risita tonta.

—Nunca he tenido una casa para vender —prosiguió Pilón—. Danny firmó ese papel, ¿no es eso?

—Sí —le remedó Torrelli—, Danny firmó este papel. Eso es.

Pilón dejó escapar, estúpidamente:

—¿Esa es la cosa que prueba que eres dueño de esta casa?

—Sí, pobre tonto. Este es el documento que lo prueba.

Pilón fingió perplejidad.

—Yo creía que había que apuntarlo y llevarlo a un registro.

Torrelli rió despectivamente. ¡Cuidado, Torrelli! ¿No ves con qué calma se mueven esas serpientes? Jesús María está delante de la puerta. Pablo se ha colocado junto a la de la cocina. Mira los nudillos de Big Joe que se ponen blancos de tanto apretar el mango del pico.

—No sabéis ni una palabra de negocios, vagabundos, mendigos —dijo Torrelli—. Cuando salga de aquí llevaré este papel y…

Todo sucedió tan rápidamente que las últimas palabras brotaron explosivamente. Sus pies se alzaron en el aire. Aterrizó con gran estrépito en el suelo y asió aire con sus gruesas manos. Oyó que la tapadera de la estufa hacía un ruido metálico.

—Ladrones —aulló. La sangre le ascendía por el cuello hasta llegar a la cara—. ¡Ladrones! ¡Rayos y truenos, devolvedme ese papel!

Pilón, plantado delante de él, parecía pasmado.

—¿Papel? —preguntó cortésmente—. ¿De qué papel hablas tan apasionadamente?

—La escritura de venta, el documento de propiedad. ¡Voy a decírselo a la policía!

—No me acuerdo de ningún papel —dijo Pilón—. Pablo, ¿tú sabes de qué papel está hablando?

—¿Papel? —Dijo Pablo—. ¿Se refiere a un periódico? ¿O quizá a un papel de fumar?

Pilón siguió consultando:

—¿Johnny Pom-pom?

—A lo mejor este tipo está soñando —dijo Johnny.

—¿Jesús María? ¿Sabes algo de un papel?

—Creo que está borracho —dijo Jesús María con voz escandalizada—. Es demasiado temprano para emborracharse.

—¿Joe Portagee?

—Yo no estaba aquí —insistió Joe—. Acabo de llegar.

—¿Pirata?

—No tenía ningún papel. —Se volvió hacia los perros—. ¿Lo tenía?

Pilón se dirigió al apoplético Torrelli.

—Te has confundido, amigo mío. Es posible que yo me haya equivocado respecto a ese papel, pero ya ves por ti mismo que nadie lo ha visto. ¿Por qué me reprochas cuando pienso que quizá no había ninguno? Tal vez deberías acostarte y descansar un poquito.

Torrelli estaba demasiado aturdido para seguir gritando. Le dieron media vuelta, le ayudaron a salir por la puerta y le pusieron velozmente en camino, sumido en el espanto de su derrota.

Y luego los amigos miraron al cielo y se alegraron, porque el sol había librado su batalla y conquistado un sendero a través de la niebla. Se sentaron dichosos en el porche delantero.

—Veinticinco dólares —dijo Pilón—. Me pregunto qué habrá hecho con ese dinero.

Habiendo vencido en la primera escaramuza, el sol desplazó a la niebla a lo largo del cielo. Las tablas del porche se calentaron y las

moscas cantaban a la luz. Un extremo cansancio se adueñó de los paisanos.

—Era un trato cerrado —dijo Pablo, cansado—. Danny no debería hacer esas cosas.

—Compraremos a Torrelli todo nuestro vino para compensarle —dijo Jesús María.

Un pájaro saltó al rosal y agitó la cola. Las nuevas gallinas de la señora Morales cantaron un himno fortuito en torno del sol. En el patio delantero, los perros escarbaban aplicadamente y se mordían el rabo.

Al oír pasos que ascendían por la carretera, los amigos levantaron la vista y se pusieron en pie con sonrisas de bienvenida. Danny y Tito Ralph se acercaban a la valla, portando cada uno dos pesadas bolsas. Jesús María salió disparado hacia la casa y salió con dos tarros de frutas. Los paisanos notaron que Danny parecía algo cansado cuando colocó en el porche sus jarras de vino.

—Hace calor subiendo la cuesta —dijo.

—Tito Ralph —dijo Johnny Pom-pom—. Me dijeron que estabas en la cárcel.

—Me fugué otra vez —dijo Tito, pálido—. Todavía tengo las llaves.

Los tarros de frutas borbotearon, llenos. Los hombres exhalaron un gran suspiro, un suspiro de alivio porque todo había terminado.

Pilón dio un gran trago.

—Danny —dijo—, el grandullón de Torrelli vino esta mañana contando mentiras. Tenía un papel que habías firmado.

Danny pareció sobresaltarse.

—¿Dónde está ese papel? —preguntó.

—Verás —prosiguió Pilón—, sabíamos que era una mentira, así que quemamos el papel. No lo firmaste, ¿verdad?

—No —dijo Danny, y vació su jarra.

—Sería agradable poder comer algo —observó Jesús María.

Danny sonrió dulcemente.

—Me había olvidado. En una de esas bolsas hay tres pollos y un poco de pan.

Tan grande fue el placer y el alivio de Pilón que se levantó e improvisó un breve discurso.

—¿Dónde hay un amigo como nuestro amigo? —dijo—. Nos alberga en su casa protegiéndonos del frío. Comparte con nosotros su buena comida y también su vino. ¡Oh, qué buen hombre, qué querido amigo!

Danny se sentía violento. Miraba al suelo.

—No es nada —dijo—. No tiene mérito.

Pero el gozo de Pilón era tan grande que abarcaba el mundo e incluso la maldad del mundo.

—Algún día tenemos que hacer algo hermoso por Torrelli —dijo.

16

De la tristeza de Danny, de cómo sus amigos se sacrificaron para dar una fiesta, y de cómo Danny fue arrebatado al cielo.

Cuando Danny, después de su locura, volvió a su casa y se reunió con sus amigos, no tenía remordimiento de conciencia, pero estaba muy cansado. Los ásperos dedos de la experiencia violenta habían arañado el arpa de su alma. Inició una vida apática; se levantaba de la cama únicamente para sentarse en el porche, bajo el rosal de Castilla; se levantaba del porche sólo para ir a comer; se levantaba de la mesa sólo para ir a acostarse. La charla fluía en derredor y él escuchaba, pero sin interés. Cornelia Ruiz tuvo una rápida y soberbia sucesión de maridos, y el hecho no suscitó en Danny la menor emoción. Una vez que Big Joe se metió una noche en su cama, Danny estaba tan apático que Pilón y Pablo tuvieron que pegar al intruso en su lugar. Cuando Sammy Rasper, festejando tardíamente el Año Nuevo con un tiroteo y un galón de *whisky*, mató a una vaca y fue encarcelado, Danny ni siquiera se dejó arrastrar a la discusión de la ética del incidente, a pesar de que los argumentos fueron acalorados y de que solicitaron con vehemencia su opinión.

Al cabo de un tiempo, los amigos empezaron a preocuparse por Danny.

—Ha cambiado —dijo Pilón—. Ha envejecido.

—Danny ha condensado los buenos momentos de toda una vida en tres cortas semanas —teorizó Jesús María—. Ha enfermado de

tanta diversión.

En vano los paisanos trataron de sacarle de la caverna de su apatía. Por la mañana, en el porche, contaban sus historias más graciosas. Revelaban los detalles de la vida amorosa de Tortilla Flat con tal penetración que hubieran sido útiles para una clase de disección. Pilón espigaba noticias en el barrio y llevaba a casa cada hallazgo interesante para contárselo a Danny; pero en los ojos de éste había vejez y cansancio.

—Tú no estás bien —insistía en vano Jesús María—. Guardas dentro algún amargo secreto.

—No —respondía Danny.

Los amigos observaron que permitía a las moscas pasearse largo tiempo por sus pies, y que cuando por fin las espantaba no había maña en su golpe. Poco a poco la moral alta y la risa fácil abandonaron la casa y fueron a caer en el oscuro pozo del sosiego de su dueño.

Oh, daba lástima ver a aquel hombre que se había batido por causas perdidas o de cualquier otra clase; aquel Danny que podía beber vaso tras vaso con cualquier hombre del mundo; aquel muchacho que respondía a la mirada de amor como un tigre al acecho. Ahora se sentaba al sol en el porche, con las rodillas de sus pantalones tejanos contra el pecho, con los brazos colgando y las manos columpiando las muñecas fláccidas, y la cabeza inclinada hacia delante como vencida por un pesado y negro pensamiento. Sus ojos carecían del brillo del deseo, el displacer, el gozo y el dolor.

¡Pobre Danny, cómo te ha dejado la vida! Aquí te sentabas como el primer hombre antes de que el universo se alzase en derredor; y como el último mortal después de que el mundo se hubiese desgastado. Pero ¡fíjate, Danny! No estás solo. Los amigos se preocupan por tu estado de ánimo. Te miran con el rabillo del ojo. Como perritos a la expectativa aguardan el primer indicio del despertar de su amo. Una sola mirada alegre por tu parte, Danny, una sola palabra de contento, y ladrarán y moverán el rabo. No eres quien gobierna tu propia vida, Danny, porque de ella depende la de

otros. ¡Mira cómo sufren tus amigos! ¡Despierta a la vida, Danny, para que tus amigos puedan vivir de nuevo!

Esto era, de hecho, aunque no con palabras tan hermosas, lo que Pilón dijo. Le tendió a Danny una jarra de vino.

—Vamos —dijo—. Apura tu vaso.

Danny cogió la jarra y la vació. Luego se echó hacia atrás y trató de sumirse nuevamente en su nirvana emocional.

—¿Te duele algo? —preguntó Pilón.

—No —respondió Danny.

Pilón le llenó otra jarra y observó el rostro de su amigo mientras trasegaba el vino. Los ojos de Danny perdieron su aspecto mustio. En algún lugar de las profundidades, el Danny de antaño volvió a la vida durante un momento. Mató una mosca de un golpe digno de un maestro.

Una sonrisa se extendió lentamente por la cara de Pilón. Más tarde reunió a todos los amigos: a Pablo, Jesús María, Big Joe, el Pirata, Johnny Pom-pom y Tito Ralph.

Los condujo al barranco de detrás de la casa.

—Le he dado a Danny el vino que quedaba y no le ha hecho efecto. Necesita mucho más alcohol y quizás una fiesta. ¿Dónde podemos conseguir vino?

Sus mentes rastrearon las posibilidades que ofrecía Monterrey como perros ratoneros en un cobertizo, pero no había ratas. Les movía el altruismo más puro que pueda concebirse. Amaban a Danny.

Por último, Jesús María dijo:

—Chin Kee está envasando calamares.

Sus cerebros se lanzaron sobre la idea, la aquilataron con curiosidad, retrocedieron cautelosamente y la olfatearon. Su sobresaltada imaginación tardó varios minutos en acostumbrarse a ella.

—Después de todo, ¿por qué no? —Razonaron, en silencio—. Un día de trabajo no puede ser tan malo, un solo día.

Sus rostros reflejaban que hacían progresos en la batalla y que el interés por el bienestar de Danny estaba triunfando sobre sus temores.

—Lo haremos —dijo Pilón—. Mañana bajaremos todos a cortar calamares, y por la noche daremos una fiesta para Danny.

La casa estaba vacía cuando Danny despertó a la mañana siguiente. Se levantó e inspeccionó las habitaciones silenciosas. Pero no era un hombre que diera muchas vueltas a las cosas. El hecho dejó enseguida de ser un problema, y luego lo apartó de la cabeza. Fue al porche delantero y se sentó apáticamente.

¿Es una premonición, Danny? ¿Temes el destino que se cierne sobre ti? ¿No queda nada placentero? No. Danny está tan ensimismado como hace una semana.

No ocurre lo mismo en Tortilla Flat. El rumor se ha extendido enseguida. «Los amigos de Danny están cortando calamares para Chin Kee». Era algo portentoso, como el derrocamiento de un gobierno o un vuelco del sistema solar. Se hablaba de ello en la calle; las mujeres se asomaban a las cercas y rápidamente se iban a propagar la noticia. «Todos los amigos de Danny están cortando calamares».

La noticia cargó de tensión la mañana. Debía de haber alguna razón, algún secreto. Las madres daban instrucciones a sus hijos y los enviaban corriendo al vivero de Chin Kee. Jóvenes esposas esperaban ansiosamente detrás de las cortinas las últimas noticias. Y las nuevas llegaron.

—Pablo se ha cortado la mano con un cuchillo.

—Chin Kee ha echado a los perros del Pirata. Tumulto.

—Los perros han vuelto a entrar.

—Pilón tiene aspecto ceñudo.

Se concertaron unas cuantas apuestas. Hacía meses que no había ocurrido nada tan excitante. A lo largo de toda la mañana una sola persona habló de Cornelia Ruiz. Hasta mediodía no se filtró la auténtica gran noticia, pero se esparció como una centella.

—Van a organizar una gran fiesta para Danny.

—Va a ir todo el mundo.

De la casa de Chin Kee empezaron a impartirse consignas. La señora Morales desempolvó su fonógrafo y sacó sus discos más ruidosos. Saltó alguna chispa y Tortilla Flat hizo de mecha. ¡Nada menos que siete amigos dando a Danny una fiesta! ¡Era como decir que Danny sólo tenía siete amigos! La señora Soto bajó al gallinero con un afilado cuchillo. La señora Palochico vertió un paquete de azúcar en la olla más grande de su casa para hacer dulces. Una delegación de chicas fue a los almacenes Woolworth de Monterrey y compró todas las existencias de papel fino de colores. Guitarras y acordeones ensayaban por doquier.

¡Noticias! Llegaban más noticias de casa de Chin Kee. Van a hacer lo que pensaban. Están decididos. Van a ganar por lo menos catorce dólares. O sea que ya están preparados catorce galones de vino.

Torrelli no daba abasto. Todo el mundo quería comprar un galón para llevarlo a casa de Danny. Desbordado por toda aquella agitación, Torrelli mismo dijo a su mujer:

—A lo mejor también nosotros vamos a casa de Danny. Llevaré a mis amigos unos cuantos galones.

Conforme la tarde iba transcurriendo, un gran ajetreo imperó en el barrio. Se exhumaron y se pusieron a ventilar vestidos que no se habían usado nunca. Chales codiciados por las polillas durante doscientos años colgaban de las barandillas de los porches y despedían olor a naftalina.

¿Y Danny? Seguía sentado como un hombre medio consumido. Sólo se movía cuando se movía el sol. No dio señales de haberse enterado de que todos los vecinos de Tortilla Flat habían desfilado por su cancela aquella tarde. ¡Pobre Danny! Por lo menos doce pares de ojos fisgaban por la puerta del patio. A eso de las cuatro se levantó, se estiró y salió del patio rumbo a Monterrey.

Caramba, apenas esperaron a que se perdiera de vista. ¡Qué rumor de papeles rojos, verdes y amarillos ensamblados, retorcidos! ¡Qué cantidad de velas raspadas, y cuántas tiras de cera por el

suelo! ¡Cómo se divirtieron los chiquillos patinando con suavidad sobre la cera!

Apareció la comida. ¡Cuencos de arroz, cazuelas humeantes de pollo, pudines rellenos que son una delicia para la vista! Y llegó la bebida, galones y galones de vino. Martínez desenterró del montón de estiércol un barrilito de *whisky* de patata y lo llevó a casa de Danny.

A las cinco y media los amigos subieron en comitiva la colina, cansados y ensangrentados pero victoriosos. Ese mismo aspecto tuvo que tener la Vieja Guardia cuando regresó a París después de Austerlitz. Divisaron la casa nimbada de colores. Todos se rieron, y su fatiga se desvaneció. Se sentían tan dichosos que las lágrimas asomaron a sus ojos.

Mamá Chipo entró en el patio seguida de sus dos hijos, que transportaban una gamella de salsa pura. Paulito, el bribón acaudalado, avivaba la llama bajo una gran olla de judías y chiles. Estallaron los gritos, las canciones, los chillidos de mujeres, el general alboroto de los niños excitados.

Un coche lleno de recelosos policías vino desde Monterrey.

—Oh, no es nada más que una fiesta. Beberemos un traguito, claro. No vamos a matar a nadie. ¿Dónde está Danny?

Solitario como el humo en una clara noche fría, vagabundea por la ciudad de Monterrey. Va a correos, a la estación, a la sala de apuestas de Alvarado Street, al embarcadero, donde el agua negra gime entre los pilotes. ¿Qué pasa, Danny? ¿Por qué te sientes así? Danny no lo sabía. En su corazón ocultaba una pesadumbre como la que se siente al despedir a una mujer querida; moraba en él una vaga tristeza, como la desesperación del otoño. Pasó por delante de los restaurantes donde antaño solía olfatear con interés y que ahora no despiertan su apetito. Pasó por delante del gran establecimiento de Madam Zuca, y no intercambió chanzas groseras con las chicas de las ventanas. Volvió al embarcadero. Se inclinó sobre la barandilla y miró a las aguas profundas, profundas. ¿Te das cuenta, Danny, del modo en que el vino de tu vida se vierte en los tarros de

frutas de los dioses? ¿Ves la sucesión de tus días en el agua aceitosa que fluye entre los pilotes? Permaneció inmóvil, mirando fijamente la corriente.

En su casa se preocuparon por él en cuanto atardeció. Los amigos dejaron la fiesta y bajaron a saltos la colina rumbo a Monterrey. Preguntaban: «¿Habéis visto a Danny?».

«Sí, pasó por aquí hace una hora. Iba muy despacio».

Pilón y Pablo buscaban juntos. Rastrearon la pista de su amigo a lo largo de la ruta que había seguido, y por fin le divisaron al final del oscuro rompeolas. Le iluminaba la tenue luz eléctrica del muelle. Fueron corriendo hacia él.

Pablo no lo mencionó entonces, pero más tarde adquirió la costumbre, cuando se hablaba de Danny, de relatar lo que vio en el momento en que él y Pilón fueron al encuentro de su amigo.

—Allí estaba —decía siempre—. Le vi a lo lejos apoyado en la baranda. Le miré y luego vi otra cosa. Al principio parecía como una nube negra en el aire, encima de su cabeza. Y luego vi que era un pájaro negro tan grande como un hombre. Se cernía en el aire como un halcón sobre una madriguera de conejo. Me persigné y recé dos avemarías. El pájaro se había ido cuando llegamos a donde estaba Danny.

Pilón no lo había visto. Más aún, Pilón ni siquiera recordaba que Pablo se hubiera santiguado y rezado dos avemarías. Pero nunca se inmiscuyó en el asunto, porque la historia pertenecía a Pablo.

Caminaron rápidamente hacia Danny; las tablas del muelle retumbaban bajo sus pies con un sonido hueco. Danny no se volvió. Lo cogieron por los brazos y le hicieron dar la vuelta.

—Danny, ¿qué te ocurre?

—Nada. Estoy bien.

—¿Estás enfermo?

—No.

—Entonces ¿por qué estás tan triste?

—No lo sé —dijo Danny—. Lo estoy, simplemente. No tengo ganas de nada.

—Quizá un médico pudiera hacer algo por ti, Danny.

—Os digo que no estoy enfermo.

—Entonces escucha —dijo Pilón—. Hemos organizado una fiesta para ti en tu casa. Todo Tortilla Flat está allí, ¡y hay vino, música y pollos! Debe de haber como veinte o treinta galones de vino. Y papel brillante de colores colgando. ¿No quieres venir?

Danny respiró profundamente. Miró por un momento las hondas aguas negras. Acaso musitaba a los dioses una promesa o un desafío. Se volvió de nuevo hacia sus amigos. Su mirada era febril.

—Tenéis toda la razón: claro que quiero ir. Y aprisa. Estoy sediento. ¿Hay chicas?

—Cantidad. Todas las chicas.

—Pues bien, vámonos aprisa.

Él les precedió subiendo por la colina. Mucho antes de llegar captaron la dulzura de la música a través de los pinos y las notas chillonas de voces felices y excitadas. Los tres retrasados llegaron a la carrera. Danny alzó la cabeza y aulló como un coyote. Le tendieron jarras de vino. Dio un trago de cada una.

¡Esa sí que era una fiesta, Danny! Más tarde, siempre que se hablaba con entusiasmo de ella, era seguro que alguien decía reverentemente: «¿Fuiste a aquella fiesta en casa de Danny?». Y a menos que el primero fuese un recién llegado, había asistido al acontecimiento. ¡Esa sí que era una fiesta para ti, Danny! Nadie intentó nunca dar otra mejor. Tal cosa era impensable, porque al cabo de dos días el suceso fue elevado a un rango que no admitía comparación con ninguna otra fiesta celebrada. ¿Cuántos hombres salieron esa noche de la casa sin cortes ni contusiones? Nunca había habido tantas peleas; y no una pendencia entre dos hombres, sino estruendosas batallas libradas por grupos enteros, cada uno por su cuenta.

¡Y cómo se reían las mujeres! Con una risa alta, tenue y frágil como un vaso que rueda. ¡Qué delicados gritos de protesta emergían del barranco! El Padre Ramón escuchó las confesiones de la semana siguiente con absoluta estupefacción e incredulidad. El

entero espíritu dichoso de Tortilla Flat prescindió de todo freno y se manifestó como una sola unidad en éxtasis. Bailaron con tanto ímpetu que el suelo cedió en una esquina. Los acordeones tocaron tan ruidosamente que se quedaron sin aliento para siempre, como caballos despeados.

Y del mismo modo que la fiesta no admitió comparación con ninguna otra, Danny no tuvo rival como invitado. En el futuro, si algún mequetrefe decía, emocionado, «¿Me viste?, ¿me viste pedir baile a aquellas putas negras? ¿Nos viste dar vueltas y vueltas como gatos?», alguien le dedicaría una mirada madura, sabia y maligna. Alguna voz, harta de haber oído contar todas las versiones concebibles, preguntaría sosegadamente: «¿Viste a Danny la noche de la fiesta?».

Es posible que algún día un historiador escriba el frío, seco, enmohecido relato de La Fiesta. Tal vez hable del momento en que Danny retó y atacó a toda la concurrencia, hombres, mujeres y niños, con la pata de una mesa. Y quizá concluya: «A menudo se observa que un organismo agonizante es capaz de extraordinaria resistencia y fortaleza». Y al mencionar la sobrehumana actividad amorosa de Danny aquella noche, el mismo historiador podría escribir sin que le temblara la mano: «Cuando un organismo vivo se ve amenazado, todas sus funciones parecen apuntar hacia la reproducción».

Pero yo, al igual que la gente de Tortilla Flat, diría: «Al diablo con todo eso. ¡Danny era demasiado hombre para ti!». Nadie llevó la cuenta real, y más tarde, naturalmente, ninguna mujer sería capaz de reconocer voluntariamente que había sido ignorada; de suerte que en cierta medida es posible que las proezas de Danny hayan sido exageradas. Una décima parte de lo que se le atribuye sería ya una exageración para cualquier ser humano.

Allí donde Danny estuvo, provocó una espléndida locura. En Tortilla Flat se aseguraba apasionadamente que se bebió solo tres galones de vino. Sin embargo, es preciso recordar que Danny es ahora un dios. Al cabo de veinte años se diría con la mayor

tranquilidad que las nubes llamearon y trazaron en el cielo la palabra *DANNY* con letras gigantescas; que la luna vertió sangre; que el lobo del invierno aulló proféticamente desde las montañas de la Vía Láctea.

Poco a poco, unos cuantos de constitución menos recia que la de Danny empezaron a amansarse, a aflojar y a gatear por el suelo. Los que quedaban en pie, advirtiendo su deserción, gritaron más alto, pelearon con mayor ímpetu y bailaron más que antes. Los motores de los coches de bomberos de Monterrey estuvieron todo el tiempo en marcha, y los bomberos, con sus impermeables y sus cascos rojos de estaño, permanecieron sentados en silencio, aguardando.

La noche transcurrió rápidamente y Danny seguía alborotando en la fiesta.

Numerosos testigos, tanto hombres como mujeres, dan fe de lo que sucedió. Y aunque a veces se cuestiona su valor como testigos, porque habían bebido treinta galones de vino y un barril de *whisky* de patata, esa gente afirma con hosco empeño que está segura de los detalles más importantes. Llevó varias semanas ordenar la historia entera; alguien decía una cosa, otros referían otra. Pero gradualmente el informe se clarificó hasta adquirir la forma razonable que ahora posee y siempre poseerá.

Dice la gente de Tortilla Flat que Danny empezó a cambiar rápidamente de aspecto. Se había vuelto enorme y terrible. Sus ojos llameaban como faros de automóvil. Había en su apariencia algo espantoso. Estaba de pie en la sala de su propia casa. Sujetaba la pata de la mesa, de madera de pino, en la mano derecha, e incluso el arma había crecido. Danny desafiaba al universo.

—¿Quién quiere pelea? —clamaba—. ¿No hay nadie en el mundo que no tenga miedo?

La gente tenía miedo; aquella estaca temible y tan amenazadora había llegado a aterrorizar a todos. Danny la movía de atrás a adelante. Los acordeones resollaron hasta silenciarse. El baile se

paralizó. Un escalofrío recorrió la habitación, y un silencio pareció bramar en el aire como un océano.

—¿Nadie? —Danny gritó de nuevo—. ¿Estoy solo en el mundo? ¿Nadie va a pelear conmigo?

Los hombres se estremecían ante sus ojos terribles, y contemplaban fascinados el sendero de aire que trazaba la estaca. Nadie respondió al reto.

Danny se elevó. Se dijo que faltó poco para que su cabeza tocase el techo.

—Entonces saldré fuera a buscar a *Ese* que quiere pelear. ¡Encontraré al *Enemigo* digno de pelearse con Danny! Avanzó majestuosamente hacia la puerta, tambaleándose un poco al caminar. La gente, aterrada, le abrió paso. Se inclinó para cruzar la puerta. Todo el mundo se quedó inmóvil, escuchando.

Fuera, en el patio, oyeron su rugiente desafío. Oyeron a la estaca silbar en el aire como un meteoro. Oyeron sus pisadas recorriendo a zancadas el patio. Y entonces, detrás de la casa, en el barranco, oyeron una respuesta al reto, una réplica tan imponente y estremecedora que la espina dorsal se les heló como tallos de berro bajo la escarcha. Incluso ahora, cuando se habla del *Adversario de Danny*, la gente baja la voz y lanza miradas furtivas en derredor. Oyeron a Danny acometer contra su rival. Oyeron su último grito desafiante y después un golpe estrepitoso. Y luego el silencio.

La gente esperó un buen momento, conteniendo la respiración para que la áspera ráfaga de aire que expulsaban los pulmones no eclipsara ningún ruido. Pero en vano aguzaron el oído. La noche era silenciosa y se aproximaba la grisácea alborada.

Pilón rompió el silencio.

—Algo anda mal —dijo.

Y fue el primero en salir precipitadamente por la puerta. Hombre valeroso, ningún temor podía frenarle. La gente le siguió. Fueron a la parte trasera de la casa, donde habían sonado los pasos de

Danny, pero éste no estaba. Llegaron al borde del barranco, donde un abrupto zigzagueo descendía al fondo de aquella antigua vaguada por la que no transitaba ningún cauce desde hacía muchas generaciones. La gente que le seguía vio a Pilón bajar como una flecha por el sendero. Fueron tras él, lentamente. Y encontraron a Pilón en el fondo del barranco, inclinado sobre un Danny maltrecho y retorcido. Había caído de unos quince metros. Pilón encendió una cerilla.

—Creo que está vivo —chilló—. Id corriendo a buscar a un médico. Y al Padre Ramón.

La gente se dispersó. Quince minutos después, cuatro médicos fueron despertados y sacados de la cama por frenéticos paisanos. No les consintieron esa parsimoniosa deliberación con la cual a los médicos les gusta demostrar que no son esclavos de las emociones. ¡No! Hombres totalmente incapaces de expresar lo que querían zarandearon, apresuraron, empujaron a los doctores y les pusieron en las manos el maletín de su oficio. El Padre Ramón, expulsado de la cama, subió jadeando la colina, sin saber si había que exorcizar a un demonio, bautizar a un recién nacido en peligro de muerte o asistir a un linchamiento. Entretanto Pilón, Pablo y Jesús María transportaron a Danny colina arriba y le acostaron en su lecho. En torno a él encendieron velas. Danny respiraba con dificultad.

Primero llegaron los médicos. Se miraban suspicazmente unos a otros, pensando en quién gozaba de prioridad; pero su demora provocó miradas amenazadoras por parte de los paisanos. No llevó mucho tiempo examinar a Danny. Todos los médicos habían concluido su examen cuando llegó el Padre Ramón.

No entraré en el dormitorio con el cura, porque Pilón, Pablo, Jesús María, Big Joe, Johnny Pom-pom, Tito Ralph y el Pirata y sus perros estaban allí, y todos ellos eran la familia de Danny. La puerta estaba —y está— cerrada. Después de todo, hay orgullo en los hombres, y hay cosas que más vale no espiar.

En el gran dormitorio rebosante hasta el sofoco de gente de Tortilla Flat, había tensión y un silencio expectante. Los curas y los

médicos han perfeccionado un sutil medio de comunicación. Cuando el Padre Ramón salió del cuarto, su expresión no se había alterado, pero bastó un suspiro suyo para que las mujeres prorrumpieran en un estridente y terrible lloriqueo. Los hombres movieron los pies como caballos en compartimentos de un establo, y luego salieron fuera a la luz del amanecer. Y la puerta del dormitorio continuó cerrada.

17

De cómo los entristecidos amigos de Danny desafiaron las convenciones, de cómo se quemó el talismánico vínculo, y de cómo cada amigo marchó por su lado.

La muerte es un asunto personal que suscita tristeza, desesperación, fervor y una filosofía reacia a las lágrimas. Por otra parte, los funerales son actos sociales. Imaginemos el hecho de ir a un funeral sin antes abrillantar el automóvil. Figurémonos que estamos ante una sepultura sin lucir nuestro mejor traje oscuro y nuestros mejores zapatos negros, lustrados con fruición. Imaginemos que mandamos flores a un sepelio sin la tarjeta correspondiente que demuestra que uno ha hecho lo apropiado. No hay institución social en que el ritual codificado de conducta sea más rígido que en los funerales. Concibamos la indignación que despertaría un oficiante que alterase el sermón o hiciese experimentos con las expresiones faciales. Pensemos en la conmoción que supondría usar en la capilla bancos distintos a esas sillas de tortura plegables, amarillas y de asiento duro. No; se puede amar, odiar, llorar o añorar ya a un hombre moribundo; pero una vez muerto se convierte en el ornamento principal de una celebración social complicada y formal.

Danny estaba muerto, llevaba dos días muerto; y ya había dejado de ser Danny. Aunque la tristeza ya velase decente y lastimeramente la cara de sus conocidos, había agitación en sus

corazones. El gobierno había prometido un entierro militar a todos los súbditos ex soldados que lo deseasen. Danny era el primero que moría en Tortilla Flat, y el vecindario estaba críticamente dispuesto a poner a prueba las promesas gubernamentales. Ya se habían enviado noticias al Presidio y el cuerpo del difunto había sido embalsamado por cuenta del estado. Recientemente habían pintado un furgón que aguardaba en el hangar de artillería envuelto en una bandera nueva y limpia. Ya se había cursado la orden del día para el viernes:

> *De diez a once de la mañana, escolta del funeral, Escuadrón A, el 11 de caballería, banda del 11 de caballería y piquete de salvas*.

¿No eran tales cosas un motivo suficiente para que todas las mujeres de Tortilla Flat se plantasen ante los escaparates del almacén National Dollar de Monterrey? A lo largo del día, niños anónimos recorrieron las calles de la ciudad mendigando flores de los jardines para el funeral. Y de noche los mismos niños volvieron a pasar por los mismos jardines para acrecentar sus ramilletes.

En la fiesta se habían lucido las mejores galas. En la tregua de los dos días que siguieron, hubo que limpiar, lavar, almidonar, remendar y planchar las mismas prendas. La actividad fue frenética. La agitación era decorosamente intensa.

La noche del segundo día, los amigos de Danny se reunieron en su casa. La conmoción y el vino se habían esfumado; y ahora sucumbían al terror, porque de todo Tortilla Flat ellos, los que más habían querido a Danny, los que más habían recibido de sus manos, ellos, los paisanos, eran los únicos que no podían asistir al entierro de su amigo. En la nebulosa de los dolores de cabeza habían sido conscientes de aquella tragedia sobrecogedora, pero hasta aquella noche la situación no se había vuelto tan concreta que exigiese afrontarla. Por lo general su ropa era indescriptible. La fiesta había envejecido enormemente sus pantalones tejanos y camisas azules.

¿Había una rodillera que no estuviese quemada? ¿En qué punto no estaban sus camisas desgarradas? Si el muerto hubiera sido otro, podrían haber pedido ropa prestada; pero en Tortilla Flat no había una sola persona que no fuese a lucir sus mejores galas en el funeral. El único ausente iba a ser Cocky Riordan, pero Cocky estaba en cuarentena por viruela, lo mismo que su ropa. Se podía pedir o robar dinero para comprar un buen traje, pero era totalmente imposible conseguir la suma para comprar seis.

Podríamos preguntarnos: ¿es que acaso no amaban a Danny lo bastante como para ir al sepelio vestidos con andrajos? ¿Alguien iría con un traje harapiento cuando todo el vecindario vestiría sus prendas más elegantes? ¿No sería mayor ofensa para Danny si iban con harapos que si decidían no asistir a sus exequias?

La congoja que pesaba sobre sus corazones era insondable. Maldecían su destino. Por la puerta delantera vieron pasar a Gálvez. Gálvez se había comprado un traje nuevo para la ocasión, y se lo había puesto con veinticuatro horas de adelanto. Los amigos estaban sentados con la barbilla apoyada en las manos, afligidos por su mala suerte. Habían discutido todas las posibilidades.

Por una vez en su vida, Pilón se rebajó al absurdo.

—Podríamos ir esta noche a robar un traje para cada uno —sugirió.

Sabía que era una idea estúpida, porque esa noche todos los trajes descansarían en una silla junto a la cama de sus dueños. Sería suicida intentar robarlos.

—El Ejército de Salvación regala a veces trajes —dijo Jesús María.

—Ya he estado allí —dijo Pablo—. Esta vez tenían catorce vestidos, pero ningún traje.

Lo mirasen como lo mirasen, la Fortuna les era adversa. Tito Ralph se presentó con su nuevo pañuelo verde asomando por el bolsillo de la chaqueta, pero la hostilidad con que fue recibido le obligó a marcharse pidiendo disculpas.

—Si tuviéramos una semana, podríamos cortar calamares —dijo Pilón heroicamente—. El funeral es mañana. Hay que mirar el problema de frente. Claro que también podríamos ir como estamos.

—¿Cómo? —preguntaron los amigos.

—Podemos ir por la acera mientras la banda y la gente desfilan por la calle. Alrededor de la valla del cementerio está lleno de hierba. Podemos tumbarnos allí y verlo todo.

Los amigos le miraron con agradecimiento. Sabían que su agudo ingenio había explorado arduamente todas las posibilidades. Pero sólo la mitad —menos que la mitad— estaban a su favor. La mitad más importante era que les viesen en el funeral. Era lo mejor que podían hacer.

—Hemos aprendido una lección —dijo Pilón—. Tenemos que tomar en serio lo de tener siempre un buen traje a nuestra disposición. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Ahí abandonaron el tema, pero tenían la sensación de haber fracasado. Erraron por la ciudad toda la noche. ¿Qué patio no estaba entonces despojado de sus más bellas flores? ¿Qué árbol florecido había quedado intacto? A la mañana siguiente, el hoyo que recibiría el cuerpo de Danny en el cementerio estaba casi cubierto por un cúmulo de las más hermosas flores de los mejores jardines de Monterrey.

No siempre ocurre que la Naturaleza dispone de sus poderes con buen gusto. Es verdad que llovió antes de Waterloo; quince metros de nieve cayeron sobre la ruta que siguió el Donner Party. Pero el viernes hizo un hermoso día. El sol salió como si se tratase de una jornada para ir de excursión. Las gaviotas cruzaron la risueña bahía rumbo a las fábricas de conservas de pescado. Los pescadores de caña ocuparon sus sitios en las rocas a la espera de la marea baja. La Droguería Palace bajó sus toldos para proteger de la acción química del sol las botellas de agua caliente del escaparate. El señor Machado, el sastre, puso un letrero en la ventana: «Vuelvo dentro de diez minutos», y se fue a casa a vestirse para el funeral. Tres redes barrederas emergieron cargadas de

sardinas. Louie Duarte pintó su barco y le cambió el nombre de «Lolita» por el de «Los tres primos». Jake Lane, el policía, detuvo a un automóvil que venía de Del Monte, lo dejó marchar y a cambio recibió un puro.

Es enigmático: ¿Cómo puede la vida seguir su estúpido curso un día semejante? ¿Cómo Mamie Jackson es capaz de regar la acera que hay delante de su casa? ¿Cómo es posible que George W. Merk escriba a la compañía de aguas su cuarta carta, la más iracunda? ¿Es posible que Charlie Marsh esté tan pestilentemente borracho como de costumbre? Es un sacrilegio. Un ultraje.

Los amigos de Danny despertaron tristemente y se levantaron del suelo. La cama de Danny estaba vacía. Era como el corcel de un oficial que al perder a su amo le sigue hasta la tumba. Ni siquiera Big Joe echó una mirada codiciosa al lecho de Danny. El sol filtraba sus radiantes rayos por la ventana y dibujaba las delicadas sombras de las telarañas sobre el suelo.

—Danny estaba alegre las mañanas como esta —dijo Pilón.

Después de haber bajado al barranco, los amigos se sentaron un rato en el porche delantero y festejaron la memoria de su amigo. Rememoraron y proclamaron lealmente las virtudes de Danny. Olvidaron fielmente sus defectos.

—Y fuerte —dijo Pilón—, ¡era fuerte como una mula! Era capaz de levantar un fardo de heno.

Contaron anécdotas de Danny, hablaron de su bondad, su arrojo, su piedad.

Llegó demasiado pronto la hora de ir a la iglesia, de atravesar la calle con sus ropas harapientas. Se sonrojaron interiormente al ver que gente más afortunada entraba en la capilla con hermosa ropa y la pródiga fragancia del Agua Florida. Los amigos alcanzaban a oír la música y el estridente zumbido del oficio divino. Desde su ventajoso observatorio vieron llegar a la caballería, a la banda con sus tambores amortiguados, al piquete de salvas y al furgón funerario con sus tres pares de caballos y a un jinete militar a grupas del corcel más próximo de cada pareja. El lastimero clap-clap de los

caballos herrados sobre el asfalto acongojó el corazón de los amigos. Miraron impotentes cómo sacaban el féretro, lo introducían en el furgón y envolvían a éste con una bandera. El oficial tocó el silbato, alzó la mano y la movió hacia adelante. El escuadrón avanzó, el piquete de salvas bajó los fusiles. Los tambores entonaron su compás lento, desgarrador. La banda ejecutó su melancólica marcha. El furgón arrancó. La gente caminaba detrás, majestuosamente, los hombres erguidos y severos, las mujeres levantando sus faldas delicadamente para que no las manchara el indeleble rastro de la caballería. Todo el mundo estaba allí: Cornelia Ruiz, la señora Morales, Gálvez, Torrelli y su rolliza esposa, la señora Palochico, el traidor Tito Ralph, Dulce Ramírez, el señor Machado, todos aquellos que contaban en Tortilla Flat y también todos los demás.

¿Es extraño, pues, que los amigos no lograran soportar la vergüenza y la miseria del acontecimiento? Durante un rato siguieron furtivamente al cortejo a lo largo de la acera, dando pruebas de heroísmo.

Jesús María fue el primero en desertar. Sollozó de vergüenza, porque su padre había sido un rico y respetado boxeador profesional. Agachó la cabeza y desistió; los otros cinco amigos le siguieron y los cinco perros brincaron en pos de ellos.

Antes de que la procesión llegara al cementerio, los amigos se habían tumbado en la alta hierba que bordeaba el camposanto. La ceremonia fue breve y marcial. Bajaron el ataúd; crujieron los fusiles; las trompetas emitieron su clarín de despedida, y al oírlo Enrique y Fluff, Pajarito y Rudolph y Señor Alec Thompson echaron hacia atrás la cabeza y aullaron. ¡En ese momento el Pirata se enorgulleció de ellos!

Todo terminó demasiado pronto; los amigos se escabulleron rápidamente para que la gente no pudiera verlos.

De todas formas tenían que pasar por la casa vacía de Torrelli en el camino de regreso a casa. Pilón entró por una ventana y volvió con dos galones de vino. Y luego prosiguieron lentamente hacia la

silenciosa casa de Danny. Llenaron ceremoniosamente los tarros de frutas y bebieron.

—A Danny le gustaba el vino —dijeron—. Estaba contento cuando tenía un poco.

Transcurrió la tarde, llegó la noche. Entre trago y trago, todos ellos evocaban el pasado. A las siete en punto, un Tito Ralph avergonzado entró con una caja de puros que había ganado en las salas de juego. Los amigos encendieron los habanos y escupieron, y abrieron el segundo galón. Pablo ensayó unas notas de la canción «Tuli Pan» para comprobar si había perdido la voz definitivamente.

—Cornelia Ruiz estaba sola hoy —dijo Pilón, pensativamente.

—A lo mejor estaría bien cantar unas cuantas canciones tristes —propuso Jesús María.

—Pero a Danny no le gustaban las canciones tristes —insistió Pablo—. Le gustaban las movidas, las que hablasen de mujeres vivarachas.

Todos asintieron gravemente.

—Sí, Danny era buena pieza con las mujeres.

Pablo intentó el segundo verso de «Tuli Pan», Pilón le acompañó un poco y todos los demás se les unieron hacia el final de la canción.

Una vez terminada, Pilón dio una chupada a su puro, pero se había apagado.

—Tito Ralph —dijo—, ¿por qué no traes tu guitarra para que podamos cantar algo mejor?

Prendió el puro y agitó en el aire la cerilla.

La cerilla ardiendo aterrizó sobre un periódico que había junto a la pared. Todos se levantaron a pisotearla; todos se vieron tocados por un pensamiento celestial y retrocedieron. Toparon con las miradas de los otros y sonrieron con la sabia sonrisa de los inmortales y los desahuciados. Contemplaron ensoñados cómo la llamita lanzaba destellos y casi se extinguía, para luego cobrar vida nuevamente. Vieron cómo renacía sobre el papel de periódico. Así se expresan los dioses, por mediación de cosas diminutas. Y los

hombres sonrieron mientras el papel ardía y el fuego prendía en la madera seca.

Así tiene que ser, oh sabios amigos de Danny. El lazo que os unía se ha roto. El imán que os atrajo ha perdido su fuerza. Algún desconocido heredará la casa, algún adusto pariente de Danny. Más vale que este símbolo de la sagrada amistad, ese buen domicilio de fiestas y pendencias, de amor y bienestar muera como Danny, víctima del último, glorioso e irreparable asalto de los dioses.

Se sentaron, sonrieron. Las llamas trepaban hasta el techo como una serpiente, se abrieron camino por el tejado y dejaron oír su chasquido. Sólo entonces se levantaron de sus asientos los amigos y salieron por la puerta como hombres que sueñan despiertos.

Pilón, que sacaba provecho de toda enseñanza, cogió esta vez el vino que quedaba en la casa.

En Monterrey ulularon las sirenas. Los camiones ascendieron estruendosamente la colina en segunda velocidad. Los faros jugueteaban entre los árboles. Cuando llegaron los bomberos, la casa era una gran lanza roma de llamas. Las mangueras regaron los árboles y arbustos para impedir que el fuego se extendiera.

Entre la multitud de vecinos de Tortilla Flat, los amigos de Danny contemplaron la escena, embelesados, hasta que la casa no fue más que un cúmulo de cenizas negras y humeantes. Entonces los coches de bomberos dieron media vuelta y emprendieron el regreso cuesta abajo.

La gente del barrio se perdió en la oscuridad. Los amigos de Danny siguieron mirando las ruinas humeantes. Se miraron con extrañeza unos a otros y de nuevo contemplaron la vivienda incendiada. Poco después le volvieron la espalda y se alejaron despacio, y ni siquiera dos de ellos se marcharon juntos.

JOHN STEINBECK (Salinas, 1902 - Nueva York, 1968). Narrador y dramaturgo estadounidense, famoso por sus novelas que lo ubican en la primera línea de la corriente naturalista o del realismo social americano, junto a nombres como E. Caldwell y otros. Obtuvo el premio Nobel en 1962.

Estudió en la Universidad de Stanford, pero desde muy temprano tuvo que trabajar duramente como albañil, jornalero rural, agrimensor o empleado de tienda. En la década de 1930 describió la pobreza que acompañó a la Depresión económica y tuvo su primer reconocimiento crítico con la novela *Tortilla Flat*, en 1935.

Su estilo, heredero del naturalismo y próximo al periodismo, se sustenta sin embargo en una gran carga de emotividad en los argumentos y en el simbolismo que trasuntan las situaciones y personajes que crea, como ocurre en sus obras mayores: *De ratones y hombres* (1937), *Las uvas de la ira* (1939) y *Al este del Edén* (1952). *De ratones y hombres*, llevada posteriormente al cine,

trata sobre un retrasado que inocentemente provoca una serie de catástrofes en un rancho.

Las uvas de la ira surgió de los artículos periodísticos que Steinbeck había escrito sobre las nuevas oleadas de trabajadores que llegaban a California, y desató polémicas encendidas en el plano político y en la crítica, ya que fue acusado de socialista y perturbador. El argumento de esta novela narra la migración de familias de Texas y Oklahoma que huían de la sequía y la miseria, en busca de la californiana Tierra Prometida.

La prosa de Steinbeck tiene un fuerte componente alegórico y espiritual, y se sustenta en la piedad e interés del autor por los desfavorecidos de todo tipo, por lo que una parte de la crítica lo ha acusado de sentimentalismo e incluso de cierto ejercicio didáctico más o menos velado en algunos de sus personajes, sobre todo en las mujeres. Pese a ello, se lo ha clasificado dentro del realismo naturalista marcado por las novelas de T. Dreiser, como *Una tragedia americana*, naturalismo basado en la idea filosófica del determinismo histórico.

Otros le han adjudicado el mote de «novelista proletario» por su interés en las experiencias de las poblaciones de inmigrantes y los problemas de la clase obrera, añadido a su postura socialista o redentora. Por ejemplo, *Las uvas de la ira* ha sido catalogada como la novela más revulsiva de la década de 1930, pues provocó la reacción fervorosa y humanista de un amplio público opuesto a las clases conservadoras. Las ideas socialistas de Steinbeck estaban no obstante más relacionadas con la emancipación reformista evangélica del siglo XIX que con la literatura marxista; de ahí que su prosa, a pesar de sus mensajes humanistas, no pueda ser identificada con el realismo socialista que ya asomaba en esa época.

Document Outline

- 1. DE CÓMO DANNY, AL REGRESO DE LA GUERRA, SE VIO...
- 2. DE CÓMO PILÓN, CEGADO POR LA CODICIA, RENUNCIÓ...
- 3. DE CÓMO EL VENENO DE LA POSESIÓN EMPONZOÑÓ A...
- 4. DE COMO JESÚS MARÍA CORCORAN, UN BUEN HOMBRE,...
- 5. DE CÓMO SAN FRANCISCO ALTERÓ LAS COSAS E...
- 6. DE COMO LA CONTRICIÓN DE TRES PECADORES LES...
- 7. DE CÓMO LOS AMIGOS DE DANNY SE CONVIRTIERON EN...
- 8. DE COMO LOS AMIGOS DE DANNY BUSCARON UN TESORO...
- ESTADOS UNIDOS
- 9. DE CÓMO DANNY FUE ATRAPADO POR UNA ASPIRADORA,...
- 10. DE CÓMO LOS AMIGOS CONSOLARON A UN CABO, Y DE...
- 11. DE CÓMO BIG JOE PORTAGEE, EN LAS MÁS ADVERSAS...
- 12. DE COMO LOS AMIGOS DE DANNY AYUDARON AL...
- 13. DE CÓMO LOS AMIGOS DE DANNY ACUDIERON...
- 14. DE LA BUENA VIDA EN CASA DE DANNY, DEL...
- 15. DE CÓMO DANNY SE VOLVIÓ LOCO DE TANTO PENSAR...
- 16. DE LA TRISTEZA DE DANNY, DE CÓMO SUS AMIGOS...
- 17. DE COMO LOS ENTRISTECIDOS AMIGOS DE DANNY...